



Dfcl

A

C. 1118392

L. 95656

DES-

TROZOS LITERARIOS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez.)

- RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (sexta edición, aumentada): un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- RIPIOS ACADÉMICOS (tercera edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- RIPIOS VULGARES (segunda edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- RIPIOS ULTRAMARINOS (primero, segundo y tercer montón): tres tomos en 8.º, 9 pesetas. El primero, agotado, está reimprimiéndose. Se venden separados.
- FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición): cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas. Se venden separados.
- CAPULLOS DE NOVELAS (segunda edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- NOVELAS MENORES: un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- AGUA TURBIA (novela): un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- AGRIDULCES (políticos y literarios): dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
- HISTORIA DEL CORAZÓN (idilio): Agotada.
- D. JOSÉ ZORRILLA, estudio crítico-biográfico (tercera edición), 1 peseta. Agotada.
- PEDRO BLAT. Traducción de Paúl Feval (segunda edición), 7 pesetas.
- LA IGLESIA Y EL ESTADO, traducción del P. Liberatore. Agotada.

EN PRENSA

RIPIOS ULTRAMARINOS, montón cuarto.

EN PREPARACIÓN

- EL BEATO JUAN DE PRADO.
- IMITACIÓN DE CRISTO, de Kempis, traducción directa del latín.
- RATONCITO NOSEMÁS.
- FE DE ERRATAS, tomo 5.º
- DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

DES-
TROZOS LITERARIOS

POR

DON ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)



MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 43.

1899

Es propiedad del editor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

07136

Madrid.—Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús,
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

DES-

TROZOS LITERARIOS

I

Música rãtonerã.

El año pasado por ahora se publicó en esta Corte un libro de versos titulado *La caja de música*.

Muy bien ha podido suceder que, á pesar de lo raro y presuntuoso del título, no hubiera yo leído el libro á estas fechas, figurándome que no sería mucho peor ni mucho mejor que otros innumerables libros de versos que se publican y se me pasan sin leer todos los años.

No tiene uno tanto tiempo de sobra para emplearle en leer de esos libros, ni todo el tiempo, aunque todo se empleara en tan mala tarea, bastaría para leerlos todos; pues, al revés de lo que se suele decir de los días con

relación á las longanizas, hay menos días que libros inútiles.

Pero hizo la casualidad, ó más bien hizo D. Federico Balart, que un periódico de gran circulación publicara una carta suya referente á la consabida *caja* ó al mencionado libro, y tales cosas y tan extravagantes decía de él, que ya no pude resistir á la tentación de leerle.

Dirigía D. Federico su carta al editor de la obrilla y le espetaba de buenas á primeras lo siguiente:

«Con la publicación de *La caja de música* estamos de enhorabuena usted, yo, el público y la poesía.»

¡Caracoles!—hube de exclamar.—¡Pues no es nada!... ¡Las enhorabuenas que el hombre amontona en un instante!... Aquí no hay más remedio que rebajar mucho.

Pase que esté de enhorabuena el Sr. Balart: él lo dice, y en este punto bien podremos creerle. Tanto más, cuanto que la cosa es creíble de suyo, porque á cualquiera le agrada encontrarse con que le ha salido un discípulo.

Lo de que esté de enhorabuena el editor, ya hay para dudarlo. ¡Vaya! ¡Como que regularmente no habrá vendido la edición, ni la venderá nunca! Y esto, no porque el libro

sea más ó menos malo, sino porque no suelen venderse los libros de versos. Ni siquiera se han vendido los últimos sonetos de D. Gaspar; y eso que, si bien como malos, dicho sea sin lisonja, dejan que desear muy poco, parecía que el nombre del autor del *Idilio* había de servirles de envoltura redentora...

Y, vamos, lo que es de la enhorabuena del público, protesto desde luego como parte de él que soy; lo mismo que protesto de la enhorabuena de la poesía, como tutor y curador acreditado de tan noble, hermosa y malaventurada doncella.

¡Pobre poesía! ¡Ya no la faltaba más sino que sus enemigos los versistas cursis la infirieran la calumniosa suposición de que se complace en ser maltratada, y la felicitaran por los malos tratamientos.

Vendría á ser algo así como lo que hacen los camareros de algunos hoteles, que tras de servir muy mal, piden propina.

Después habla D. Federico de «las cuchufletas con que algunos escritores festivos (¡pido la palabra para una alusión personal!) suelen festejar la aparición de los versos *bien sentidos y bien pensados...*»

«Como los míos,» le faltó añadir; pero se sobreentiende.

Y añade:

«Por ambos conceptos se distinguen los de Ricardo...»

¿Sí?... Pues no diga Ud. más... Es decir... diga Ud. todo lo que quiera; pero para mí ya ha dicho Ud. bastante.

Porque ya sé que los versos que ustedes llaman bien *pensados* y bien *sentidos* son versos muertos, sin inspiración, sin espontaneidad, claveteados en frío, y aparentemente animados luego con inyecciones acá y allá de un sentimiento endeble, enfermizo, falso del todo.

De manera que, siendo los versos de Ricardo, como dice familiarmente el Sr. Balart, de esa clase de los *bien pensados* y *bien sentidos*... vamos, de la misma clase de los del Sr. Balart... *Malorum*, con eme grande.

Luego nos revela D. Federico que él y el autor de *La caja de música* son paisanos, sin prever el mal efecto que ha de producir su revelación entre los lectores que recuerden los piropos mutuos de aquellos otros dos paisanos en la fábula de Iriarte, titulada *El avestruz y el dromedario*; y como que no hace nada, compara á su protegido con todos los poetas menores y mayores de la humanidad, desde Grilo hasta Homero ¡buen salto! en esta que él creará *bien sentida* y *bien pensada* forma:

«No se dirán de nuestro paisano más atrocidades que se han dicho de Grilo, y de Núñez de Arce, y de Campoamor y de Zorrilla.

Y de Víctor Hugo, y de Lamartine, y de Byron.

Y de Corneille, y de Shakespeare, y de Lope.

Y de Cervantes.

Y de Dante.

Y de Homero.»

Conservo al argumento la extravagante forma tipográfica en que le ha puesto D. Federico, porque en ella debe de consistir el intríngulis y la gracia de la cosa, y porque hay agudezas de estas que si se las quita la colocación material, se quedan en nada como quien dice.

Tras del golpe anterior de ingenio tipográfico, ó si se quiere de mal gusto, suelta D. Federico esta bomba:

«La estolidez suele andar del brazo con la crítica.»

Bueno. Conste que el autor de esta sentencia ha estado ejerciendo de crítico treinta y tantos años. De manera que... ¡cuando él lo dice!...

Y vamos al libro.

Los tres quintetos de la dedicatoria podrían pasar, si no fuera que el segundo dice:

«El condor de las cimas soberano
 Desdeña los rastreros voladores;
 Pero ellos á la altura de las flores
 Sin envidia lo ven...»

Lo que suena aquí es que los voladores rastreros ven al condor á la altura de las flores.

Mientras lo que se pretende dar á entender es lo contrario; que á la altura de las flores están ellos, que le ven en las cimas desde la altura de las flores.

Esto es lo que el *poeta* ha querido decir y no ha sabido.

Lo de que «lo ven» al condor, será una construcción murciana, ó anaranjada, como si dijéramos.

Viene luego el preludeo en un metro bastante raro é inarmónico, y dice hablando de la *caja*.

«Como mueble inútil yace arrinconada,
 Pero, si os agrada,
 El resorte dócil bastará oprimir:
 Rodará el cilindro, y á su impulso *blando*,
 irán despertando...»

¿Blando el impulso de un cilindro metálico erizado de puntas?...

«Vibrarán las notas de antigua sonata
 cual mazos de plata
 que el *templado* vidrio baten á compás...»

Hombre, los mazos de plata no vibran apenas: hacen vibrar el vidrio *templado*, como usted dice.

Otra estrofa empieza:

«Pero poco importa, si logra un instante...»

Lo cual no es poesía, ni aquí, ni en Murcia, ni en ninguna parte.

Y después de sobar y resobar mucho en el preludio la alegoría de la caja de música, la primera composición que sigue se titula *agua fuerte*.

¿En qué quedamos?... ¿Es música lo que usted nos va á dar, ó pintura, ó grabado?...

La manía de los decadentistas á la francesa: cambiar los nombres de las cosas y los oficios de los sentidos: hablar de colores acres y de aromas azules: llamar *agua fuerte* á una poesía y *endecha* á un cuadro...

Pero aun dentro de esa manía hay que ser consecuente.

El *agua fuerte* empieza:

«*Cálido y oscilante*

Se destaca el semblante

Del fraile *gris* enflaquecido y viejo...»

¡Hombre!... ¿Semblante *cálido*?... ¿Precisamente *cálido*... y *oscilante* por añadidura?...

Lo mismo podía ser *equitativo*...

Vamos, que eso no es *agua fuerte*, sino *agua-chirle*...

«Diriase que duerme, pues sus *flojos*
Miembros con indolencia se *desplomán*
En ancho sitial, pero á sus ojos...»

Cojito es el verso.

Si se quiere que no lo sea, hay que estirarle hasta descoyuntar alguna palabra, *sitial* por ejemplo, para que llegue á tener tres sílabas. Cosa difícil, porque la *i* sin acento con la *á* acentuada forman diptongo, sin que haya fuerzas humanas que puedan impedirlo. Se necesita construir un paredón en medio de las dos vocales, en esta forma: *siti-al* ó *siti...j...al*, lo cual es muy feo.

Y además, las cosas *flojas* no se *desplomán*. Desplomarse es perder el plomo y caer por haberle perdido. Se desploma una torre, un árbol y un hombre que se ha quedado rígido y sin sentido.

Pero una cosa lacia, floja, una bedija de lana, por ejemplo, no puede desplomarse, porque no estuvo en plomo nunca.

«En el cráneo desnudo
Del fraile *barrenado* por la idea...»

¿*Barrenado* el fraile, ó *barrenado* el cráneo?...

Porque no es lo mismo, y todo se debe saber...

«En el cráneo desnudo
Del fraile *barrenado* por la idea,
El vivo incendio arroja
Horrible mancha roja
Como sudor de sangre *que gotea...*»

Y aconsonanta.

«Quizás en su memoria *adormecido*
Repasando el *hermético* tesoro...»

¡Atiza! Tesoro hermético...

Herméticamente cerrado ó *tapado*, sí se dice con frecuencia; pero no por eso se puede llamar *herméticos* á los tesoros... aunque estén bien guardados.

Ni á la inspiración, aunque tenga tapiadas sus puertas.

La rueca es una composición bonita. Buen asunto, y bastante bien desarrollado, salvo algún mal verso como este, que quiere el autor que sea endecasílabo y que no lo es ni puede serlo:

«La venerable rueca los *reunía.*»

Reunía tiene cuatro sílabas y no puede ser encerrado en tres; por consiguiente, el verso resulta de doce, de esos modernos de dos

emistiquios desiguales, uno de siete y otro de cinco, imitando á la seguidilla:

«La venerable rueda—los reunía...»

También tiene alguna que otra contradicción originada por el abuso de los epítetos y la falta de memoria al aplicarlos; verbi gracia:

«La venerable rueda los *reunía*
Junto al *tranquilo* fuego...
En torno de la rueda, iluminado
Por las llamas *ruidosas*...»

Que no pueden serlo las de un fuego tranquilo...

La composición más mala del libro es, naturalmente, una que lleva por título *Al maestro Balart*.

Así:

AL MAESTRO BALART.

No «al Sr. D. Federico Balart, académico, etc.,» sino «al *maestro* Barlat», sin que el autor nos diga de qué es maestro D. Federico, si de crítica, ó de poesía, ó de atar escobas... y dejarlas sueltas.

Y digo que esta composición es *naturalmente* la más mala, porque es natural que en ella se haya propuesto el autor, con más empeño que en las demás, imitar al *maestro* á

quien la dedica; y como las imitaciones siempre suelen ser peores que los modelos, por malos que éstos sean..., á la fuerza tenía que ser muy mala la imitación de los malos versos de D. Federico.

«AL MAESTRO BALART...»

Bueno... pase el maestro.

Ahora vamos á entendérnoslas con el discípulo.

Que empieza diciendo al maestro lo que sigue:

«Del bronce fundido

Las *cálidas* gotas

Van cayendo en el molde...»

Malo, malo, malo... Eso va malo, Sr. Gil, pero muy malo... Se conoce que en cuestión de fundiciones anda Ud. tan mal de noticias como en cuestión de magisterios.

¿Usted cree que el metal derretido cae en el molde gota á gota? Pues no, señor... Así no habría fundición posible, porque cuando cayera la gota segunda ya estaría solidificada la primera y no podrían unirse para formar un todo.

El bronce fundido entra en el molde de repente, á caño lleno, y no goteando. Es cosa que sabe todo el mundo.

¡Vamos, hombre! Parece que no ha oído usted campanas... O si las ha oído, á lo menos no las ha visto hacer.

Y es necesario saber también algo de estas cosas para escribir versos. O si no, no meterse en imágenes.

Porque si se da en poner imágenes de lo que no se entiende, las imágenes resultan cualquier cosa y se parecen á todo menos á lo que el poeta ha querido dar á entender con ellas...

Aparte de que *cálidas* es muy poco para las gotas de bronce hirviendo. *Cálido* se llama á cualquier país que esté en invierno á veinte grados.

Está de Dios que en la aplicación de ese adjetivo no ha de acertar Ud. nunca...

Vamos adelante.

«Del bronce fundido
Las cálidas gotas
Van cayendo en el molde y la estatua
Tomando va forma...»

(¡Dios mío! ¡qué feo
Es el verso final de la estrofa!)

Muy feo de veras con ese hipérbaton y esa tomadura de... forma.

¡Tomando va forma!

Aparte de la falsedad de la afirmación.

Porque ¿qué ha de ir tomando forma la estatua, si el bronce derretido cae en el molde por un cuenta-gotas?... Tomará el metal forma de perdigones, pero no forma de estatua...

Van cayendo... Se está viendo gotear.

Pues ahora vamos á ver la aplicación que hace el poeta de la falsedad metalúrgica sentada al principio:

«Del llanto que el Genio...»

Con G grande, ¿eh?

«Del llanto que el Genio...»

A solas derrama,

Van cayendo las gotas hirvientes

Al fondo del alma...»

Otra falsedad. Porque el llanto que se derrama, ya sea por el Genio «á solas», ya sea por un arrebató de mal genio, no cae en el fondo del alma; cae en el suelo, ó en el pañuelo...

El llanto que se suele decir que cae en el fondo del alma metafóricamente, es el que no se derrama por los ojos...

Lo está diciendo ello mismo... Si se derrama el llanto afuera, ¿cómo ha de caer adentro?

Si derrama Ud. una vasija por la ventana, ¿quedaré el líquido que contenía y que usted ha derramado, quedará dentro, en el fondo de la vasija?

¡Vaya, hombre!
Siga Ud.

«Y allí como dentro
Del molde humeante,
En silencio sus *formas eternas*
Tomando va el ángel...»

¡Ave María, qué despropósito!

¿Conque el llanto derramado á solas por el Genio cae en el fondo del alma y allí se convierte en un ángel... lo mismo que el bronce fundido cayendo á gotas en el molde se convierte en una estatua?...

En mi vida he visto versos con menos poesía, ni con menos *sindéresis*, ni con más disparates.

Claro es que no se puede juzgar por estos versos al autor de *La caja de música*, porque en el mismo libro los tiene mejores. Lo que hay es que aquí escogió un mal asunto y se propuso además imitar un modelo malo; comenzó á poner imágenes falsas, á imitación del modelo; y como también tiene que ser falso el entusiasmo por el maestro, porque... no hay de qué entusiasmarse con D. Federico como poeta, todo resulta falso y desatinado.

Incluso la estrofa siguiente:

«Aquel que al abismo
Del Genio se asoma,
Con terror ve la lluvia de fuego
Filtrarse en las sombras...»

No entiendo una palabra, ni sé lo que el *poeta* ha querido decir con eso de asomarse al abismo del genio, ni sé qué abismo es ese, ni qué lluvia de fuego es la que se filtra en las sombras, ni creo que el autor sepa nada de eso tampoco...

¡Y á estos rengloncitos sin sentido llama el Sr. Balart versos bien pensados!..

Adelante...

«Y aparta sus ojos
Que el vértigo ciega
De aquel cráter rojizo en que funde
Su estatua el poeta...»

Seguimos lo mismo...

No sabemos de quién es la estatua, si del poeta ó del ángel, ni sabemos qué cráter rojizo es ese en que la funde.

Antes nos había dicho que era en el fondo del alma donde el ángel *tomando iba* sus formas eternas, como la estatua *tomando iba forma* en el molde donde caían las *gotas* de metal...

Ahora nos dice que es en el cráter rojizo del abismo del Genio...

Y continúa:

«Mas luego bendice
La llama *insaciable*
Que á *Batriz* ha fundido en el molde
Divino del Dante...»

¿Pero que tendrá que ver el Dante con D. Federico Balart?...

Y luego, ¿por qué ha de ser *insaciable* la llama?...

Por supuesto que tampoco se puede encerrar á *Beatriz* en dos sílabas, como quiere el autor de la *Caja*. Por eso yo he puesto *Batriz*, que es la única manera de que haya verso.

Y sigue el juego de los despropósitos.

«El molde *humeante*
Tu mano, *al fin*, quiebra...»

Si le quiebra al fin, ya no es *humeante*. Cuando es *humeante* es sólo al principio, cuando entra el bronce caliente evaporando las humedades de la tierra...

No les quiero decir á ustedes lo que pasa al quebrarse el molde, porque es lo mismo que viene pasando desde que empezamos la lectura...

II

Engaño manifiesto.

Es el mismo caso de la fábula.

El cuervo había cogido un queso de la ventana, en donde le había puesto á escurrir una vecina, y con él en el pico, se había posado muy satisfecho en la copa de un árbol.

La zorra, que había visto la operación desde un escobal, entró en ganas del queso y trató de apoderarse de él buenamente.

Para ello fué á colocarse debajo del árbol donde se había posado el cuervo, y comenzó á decirle:

—¡Qué hermoso eres!... ¡Cómo relucen las plumas de tus alas!... Y luego ¡vuelas con un garbo y una gallardía!...

Además creo que tienes buena voz; y si te dedicaras á cantar, el ruiseñor tendría que retirarse á la vida privada; porque lo que es en cuanto á presencia, no es á tu lado más que un pajaruco de mala muerte... Me parece

haber oído que efectivamente cantas muy bien... ¿A ver cómo cantas?...

El cuervo, no pudiendo resistir á la tentación, abrió su pico para guarrear y dejó caer el queso.

—¡Lo que yo me había figurado!— dijo la zorra.—Cantas divinamente.

Con lo cual el cuervo siguió dando guarridos á toda prisa mientras la zorra se merendaba el queso á la sombra del árbol.

El Sr. Balart se hallaba posado en la cima del periodismo en pacífica posesión del queso de la crítica.

Hubo quien le dijo desde abajo:

Tú debes de cantar muy bien... ¿A ver cómo cantas?... ¡Ya lo decía yo!... Cantas maravillosamente... Si te dedicas á cantar, puedes llegar á oscurecer al ilustre cantor de las *Doloras*, ó, cuando menos, al de los *Gritos del combate*...

Y, en efecto, D. Federico rompió á cantar, dejó caer el queso y sigue cantando.

¡Ah!... y para hacer del todo inevitable el recuerdo de aquel monótono *guá, guá* del personaje de la fábula, D. Federico no canta bien tampoco.

Empezó cantándonos aquello de *Dolores*, donde, por hacerse el interesante asegurando que aquellos versos no estaban destinados á

la publicidad, remilgo hace ya muchos años mandado recoger; para poder decir que aquel libro no se había escrito *para nadie*, frase que debió de parecerle muy bonita, no tuvo inconveniente en decir á cada uno de los lectores:

«Este libro... etcétera,
Por más que hoy tu mirada sobre él irradie...»

¡Vamos, que irradiar la mirada!... ¡Si es al revés, señor!... Para leer un libro, este es el que irradia sobre los ojos la luz que refleja...

Estos poetas de última hora no dejan óptica sana...

Y todo para concertar con *nadie*.

Veran ustedes...

«Este libro que al mundo lanzado veo,
 Lector, contra el *torrente* de mi deseo...»

¿Torrente y todo?...

No sería muy torrente el deseo de D. Federico cuando tan por entero se le pudo torcer.

Bastárale ser un arroyuelo de tres al cuarto.

O un deseo de mentirijillas.

«Este libro que al mundo lanzado veo,
 Lector, contra el torrente de mi deseo,
Por más que hoy tu mirada sobre él irradie,
 Para ti no se ha escrito, *ni para nadie...»*

Pues bueno, desde la publicación de aquel libro que, al decir de su autor, no se había escrito para nadie, pero que en realidad se había escrito para todos los que le leyeron y para muchísimos más que no han querido leerle; desde la publicación de aquel tomo que cayó de repente como una nube sobre el campo literario, siempre ha estado el Sr. Ballart goteando ripios, ó, si se quiere, versos, en los periódicos.

Pero últimamente ha descargado otro chaparrón, es decir, otro tomo con el título de *Horizontes...*

El preludeo comienza así:

«*Cuando desde...*»

¡Dios mío! ¿Vendrá todavía detrás de estos dos algún otro adverbio?

¡Vaya un principio poético y... tal!

«*Cuando desde...*»

Si es excusado... si lo dice el refrán... Al hierro con barbas y á las letras con babas...

Vamos, que no se puede nadie dedicar á poeta ya en el otoño de la vida, sin haberlo sido desde pequeño.

Es decir, poder se puede, pero sale mal.

Sale, al primer tapón... eso de *cuando des-*

de... verdaderas zurrapas poéticas... ó prosai-
cas, mejor dicho.

¡Mire Ud. que imprimir un tomo de *poe-
sías*, que así las llaman, y empezarle con un
verso que á su vez empieza. *¡Cuando desde!*...

«*Cuando desde* la senda que triste huella
Miro al cielo tendido de monte á monte...»

¿Tendido Ud., ó tendido el cielo?... Para
ser este último el tendido, como lo será regu-
larmente en la intención de Ud., era mejor
que hubiera Ud. dicho: «miro *el* cielo ten-
dido...»

Pero hay que ver qué es lo que le pasa al
Sr. Balart *cuando desde...*, etcétera, mira *al*
cielo tendido... etcétera.

«Dándome, *ya* su sombra, *ya* su destello,
Nubes y astros *alternan* en mi horizonte.»

No es muy poético eso de *alternar*; pero
menos lo son aquellos *yas* del otro verso.

Después de dar D. Federico á las nubes y
á los astros la alternativa (que yo nunca le
hubiera dado á él como poeta), sigue di-
ciendo:

«*Y ora* en el cielo el astro *descuelle* altivo.»

Pero señor... ¿*Descollar* un astro?... ¡Si para
descollar es preciso tener cuello, ó por lo
menos talla ó algo así!...

«Y ora en el cielo el astro *descuelle altivo,*
Ora la nube al suelo dé obscura *alfombra...*»

¿*Alfombra*, D. Federico?... Sombra querría usted decir...

Mas no; ya veo que no ha querido usted decir *sombra*... no porque no fuera más natural, puesto que *sombra* es lo que da la nube al suelo, y no *alfombra*, sino porque la *sombra* la guarda Ud. para después, para consonante de *alfombra* precisamente.

Por eso ha dicho Ud. que la nube da al suelo... *alfombra*.

«Y ora en el cielo el astro *descuelle altivo,*
Ora la nube...»

Ora... ora... Da gana de decir *ora pro nobis*, pidiendo á la Santísima Virgen y á todos los santos del cielo que con su poderosa intercesión nos libren de los prosaísmos del Sr. Balart, y le dirijan por caminos mejores...

¿Quién le ha dicho que es poético eso de *ora, ora*, ni el *ya, ya* de antes?

Como el *cuando desde...*

«Y ora en el cielo el astro *descuelle altivo,*
Ora la nube al suelo dé obscura *alfombra,*
Ni el astro ni la nube jamás *esquivo*
(*No se sabe si es verbo, si es adjetivo*)
Y según el influjo que *así* recibo,
Van mis versos *vestidos* de luz ó *sombra.*»

Ahora vino la *sombra* que antes echábamos de menos y que hubiera estado mejor allá arriba.

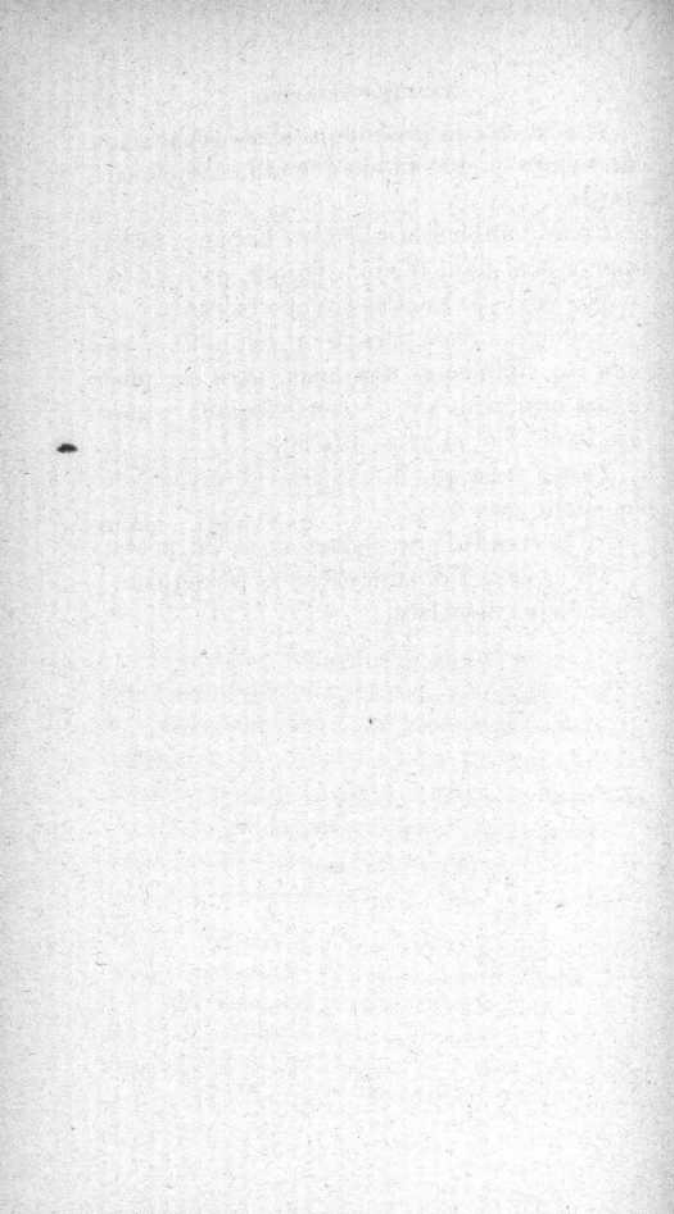
Como también la *alfombra* hubiera estado menos mal aquí abajo... porque para *vestir*, menos mala es la *alfombra* que la *sombra*.

Y luego... ¿sólo para decir «*así recibo,*» *así*, con un ripio como una loma, para eso puso usted más atrás aquel dudoso *esquivo*, y para eso llamó Ud. al astro *altivo*?...

Tanto daba que le hubiera Ud. promovido un juicio *ejecutivo*...

No lo crea Ud., Sr. Balart; no es Ud. poeta.

No lo crea Ud. aunque se lo prediquen... periodistas descalzos.



III

Erre que erre...

Cada vez se va conociendo más el perjuicio que hicieron á las letras los que, de buena ó de mala fe, proclamaron poeta á D. Federico Balart hace media docena de años.

El buen D. Federico se lo creyó; porque ya se sabe que los viejos son como los niños para eso de creer cualquier paparrucha.

Y de haber creído ésta el señor Balart, se han seguido inmediatamente dos males.

Primero: que el señor Balart abandonara la crítica, en la cual no le iba mal del todo.

Segundo: que D. Federico se dedicara desde entonces á componer versos con una asiduidad lamentable.

Porque después de habernos dado la lata aquella del libro que tituló *Dolores*, con un gusto sinceramente depravado, no pierde ocasión de salir por ahí con nuevos versos, que

siguen siendo verdaderos dolores para la poesía.

Recientemente, en uno de los números de lujo que suele publicar los domingos *El Liberal*, ha salido el Sr. Balart con tres estrofitas, tituladas *Consejo*, que...

Verán ustedes:

«No ahuyentes al mendigo sin socorro.»

Desde luego llama la atención lo impropio del verbo ahuyentar, lo impropio del *no ahuyentes*, ahí donde estaría mucho mejor *no despidas, no dejes ir...*

Pero todavía recarga D. Federico el disparate en el segundo verso:

«No ahuyentes al mendigo sin socorro
Con viles amenazas...»

¿Para quién escribirá este hombre?... O ¿á quién dirigirá sus consejos?...

Porque los lectores de *El Liberal* han de ser gente culta... aunque de gusto algo estragado por la lectura de los números de lujo; pero gente culta necesariamente.

Y entre gente culta, lo más malo que se puede hacer con un mendigo es no darle limosna, despedirle sin nada, pero con buenas maneras; dejarle ir *sin socorro*, pero no sin decirle caritativamente ¡Dios te ampare!

Lo que es eso de *ahuyentar* al mendigo, y *ahuyentarle* además con *viles amenazas*, no puede suceder no siendo entre salvajes.

De modo que el *consejo* de D. Federico Balart no ha debido publicarse en España, sino allá entre aquellas tribus con quienes tropezaron los *Sobrinos del Capitán Grant* en la remota Oceanía, según lo canta la zarzuela bufa.

Mas dejemos al Sr. Balart que desarrolle su mal pensamiento:

«No *ahuyentes* al mendigo sin socorro
Con *viles amenazas*.

Cuando á un pobre rechazas *de tu corro...*»

Para lo cual es necesario que los lectores de los números de lujo de *El Liberal* se pongan á jugar *al corro*, como las niñas en el Prado, y que cuando los lectores se hallen jugando *al corro* se acerque el mendigo pretendiendo jugar también...

O pidiendo limosna.

Pero de todos modos y maneras es indispensable que no se acerque á pedirla sino cuando los aconsejados por el Sr. Balart tengan el *corro* formado.

De otra manera no puede darse el caso de que el lector de D. Federico rechace al pobre *de su corro*.

Verdad es que hacía falta un consonante para *socorro*; pero esto no justifica por entero la formación del *corro*.

Porque menos malo era, y menos violento, que el *poeta*, al notar la falta susodicha, hubiera gritado ¡*socorro!*

Ó que hubiera supuesto que el lector estaba en la guerra de Cuba defendiendo el *Cascorro*.

A ver si podemos concluir la estrofa:

«No *ahuyentes* al mendigo sin *socorro*
Con *viles amenazas*.

Cuando á un pobre rechazas *de tu corro*
¿Sabes á quién rechazas?...

No, señor, no lo sabemos, ni lo podemos saber, porque... le negamos á usted el supuesto.

Es decir, que nunca se nos ha ocurrido rechazar á ningún pobre *de nuestro corro*, ni hemos *ahuyentado* á ningún mendigo *con viles amenazas*.

Pero siga usted, á ver lo que da de sí.

Segunda estrofa:

«¡Ah!...»

(Sin extrañeza ¿eh?)

¡Ah! ¿Tan seguro estás de tu linaje
Que no abrigas, siquiera,
Ni lejano temor...»

Sí, sí... No siga Ud. Yo por mi parte le confieso á Ud. desde luego que abrigo el temor, no *lejano*, sino próximo, actual... y, mejor dicho, no es ya temor, sino seguridad completa, de que maltrata usted ahí á la pobre sintaxis.

«¿Que *no* abrigas, *siquiera*, *ni* lejano temor?...»

No se puede decir así, D. Federico.

Ni aun siendo académico de la lengua, calidad que entre nosotros parece como que autoriza para construir mal, se puede construir de ese modo.

Podía Ud. haber dicho dentro de la buena sintaxis, aunque no dentro de la buena poesía; podía Ud. haber dicho:

«¿Tan seguro estás de tu linaje, que no abrigas siquiera el lejano temor?...»

O bien:

«¿Tan seguro estás de tu linaje, que no abrigas ni lejano temor?»

Es decir, que podía Ud. haber optado por el *siquiera* ó por el *ni*; pero no podía Ud. poner las dos cosas de la manera como las ha puesto, porque no pueden estar así juntas en ese orden.

En cuanto aparece el *ni* del tercer verso, el *siquiera* del segundo se quiere escapar. Por más que haya tenido Ud. la precaución de

aprisionarle entre dos comas, se está marchando.

También podía Ud. haber puesto el *siquiera* y el *ni*; pero anteponiendo el *ni*, de modo que afectara al *siquiera*.

En fin, que podía Ud. haberlo construido de varias maneras, pero no como Ud. lo ha construído.

Y volvamos á la estrofa:

«¡Ah! ¿Tan seguro estás de tu linaje
Que no abrigas siquiera
Ni lejano temor de que ese ultraje
De rechazo te hiriera?»

No se sabe por lo cierto lo que el autor quiere decir.

No se comprende fácilmente cómo aquel *ultraje*, el de *ahuyentar* al mendigo *sin socorro* y *con viles amenazas* por añadidura, ó el de *rechazar* del corro al pobre, pueda herir *de rechazo* al que lo ejecuta.

Pero afortunadamente la composición tiene otra estrofa, y malo será que en ella no se descubra algo más el oscuro pensamiento del poeta.

Allá va:

«Ese, que *en Dios al menos*, es tu hermano...»

Advierto á ustedes que *ese* es el pobre. Y

no les advierto que el verso es muy prosaico, porque está á la vista y no es menester advertirlo.

«Ese, que, en Dios al menos, es tu hermano...»

¿Cómo habrá podido creer D. Federico que eso es poesía?

«Ese, que, en Dios al menos, es tu hermano,
¿Sabes quién es de fijo?...»

No; ni nos hace falta saberlo. Para no *ahuyentarle con viles amenazas*, ni rechazarle *del corro*, nos basta con saber eso que Ud. nos ha dicho ya; que es hermano nuestro en Jesucristo.

Pero vamos á ver quién es *de fijo*, si es que el vate nos quiere por fin acabar de revelar su secreto.

«¡Ay! Teme hallar un padre en cada anciano...»

¡Caracoles! ¡Qué atrocidad!...

¡Don Federico, D. Federico!...

¿Y ese es el consejo?...

¿Y así, con esa serenidad y con esa sangre fría, aconseja Ud. á sus lectores que piensen mal de sus madres?...

Bueno, pues no nos da la gana... ¿sabe usted? no nos da la gana de pensar mal ni de temer eso que Ud. dice.

Y que podría Ud. decirlo dirigiéndose á los

niños de la Inclusa, pero no dirigiéndose á personas bien nacidas.

«¡Ay! Teme hallar un padre en cada anciano.»

Lo está uno viendo y no lo acaba de creer...
No vuelve uno de su *apoteosis*...

Además, tampoco está bien expresado el pensamiento. Porque ¿cuántos padres cree el Sr. Balart que puede tener una persona?... «Teme hallar á tu padre en cada anciano» sería expresión más conforme con el pensamiento del autor, aunque en el fondo contenga el mismo disparate.

«¡Ay! Teme hallar un padre en cada anciano...»

¡Qué atrocidad! vuelvo á decir.

Claro es que al Sr. Balart, persona fina y educada, ni por las mientes le habrá pasado nunca, hablando ó escribiendo en prosa, dirigirse á un lector de *El Liberal* y decirle: «Su madre de Ud. pudo ser una...»

Pero en verso se lo dice á todos tan cam-pante.

Porque le pasa á D. Federico lo que á los demás *poetas* que no son poetas, y es que en cuanto empuñan la lira, ó hablando sin figuras, en cuanto se ponen á escribir versos, ya se creen autorizados para decir los mayores desatinos del mundo.

Y todavía no ha concluído.

Verán ustedes:

«¡Ay! Teme hallar un padre en cada anciano
Y en cada mozo un hijo.»

Otra ferocidad...

¡Y pensar que para preparar esta *salida* in-moral y ridícula estaría el Sr. Balart, sabe Dios cuánto tiempo, recortando, aviniendo y claveteando sus tres estrofas!

¡Y pensar que hay gentes que dicen que el Sr. Balart es poeta!...

¿Qué idea tendrán de la poesía y de sus nobles fines?

IV

El baile del oso.

¿Han visto ustedes cosa más desairada que un oso bailando?

Pues la hay; si no más, tanto, por lo menos: y es un escritor soso queriendo hacer gracia.

Dos ejemplares tenemos en España bien definidos á la hora presente, dos escritores genuinamente sosos, de sosura neta é indisimulable, que son D.^a Emilia y D. Benito, y los dos se mueren por cultivar el chiste.

¡Ay, y los dos le cultivan con tan mala fortuna!...

Á la Sra. Pardo, una vez que quiso remedar el lenguaje gracioso de los niños, no se la ocurrió sino hacer que una niña llamara á una ermita *casa papa selo*.

Otra vez se la antojó un diminutivo y... ya se sabe que D.^a Emilia, cuando se la an-

toja una cosa literaria, la coge sin escrúpulos de donde la ve, como si no existiera el sétimo mandamiento de la ley de Dios. Pero hasta para plagiar se necesita discreción; y si no, que lo diga el otro cuervo de la otra fábula.

El caso es que el P. Coloma nos había presentado con admirable naturalidad unas niñas sevillanas que, habiendo comenzado por llamar á su tía «*tiita Rosa*», habían concluído por llamarla «*titi Rosa*» y «*titi*».

Y... ¿qué hace D.^a Emilia?... Pues va y trasplanta la monada andaluza nada menos que á la *pruvincia* de *Puntevedra*, y hace que un gallegote basto y cursi, estudiante de Caminos, al hablar de la mujer de un tío suyo, diga «mi *titi*».

¡Vamos!... que hay para pegar un tiro al estudiante, y otro á su tía, y... no digo que otro á la autora, porque sería darla un castigo demasiado trágico. Bastante es dejarla que sea objeto de la pública hilaridad, como fué ludibrio de los pastores el cuervo aquel enredado en la lana del carnero que quiso levantar en el aire, por haber visto al águila hacer la misma operación con un corderillo.

Pues D. Benito Pérez Galdós, que también es de lo más soso y desgarbado que se conoce, anda también metido en el empeño de ser

gracioso y... creo que se va á salir con la suya; porque la verdad es que en la última tentativa ya resulta, de puro desgraciado, graciosísimo.

El hombre se debe de haber ya desengañado de que para el teatro no le llama Dios, ni el diablo siquiera, y repitiendo aquello de «zapateros solíamos ser, volvámonos á coser», ha vuelto á escribir novelas latas.

Verán ustedes cómo empieza la última:

«Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián...»

¡Olé la gracia!...

«Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián... mejor será decir la iglesia...»

Pues dígalo usted, ó hubiéralo usted dicho. ¿Quién se lo quitaba?...

Aparte de que la iglesia referida no tiene dos caras, sino tres, la de la calle de Atocha, la de la calle de las Huertas y la de la calle de San Sebastián, ó sean la del Mediodía, la del Norte y la del Poniente, donde también tiene puerta, aunque está cerrada.

Siga D. Benito diciendo agudezas:

«...dos caras que seguramente son más graciosas que bonitas.»

Bonitas no serán, pero graciosas... tampoco. ¿De dónde saca D. Benito que tienen gra-

cia aquellas fachadas?... La misma gracia tienen que D. Benito aproximadamente...

Vamos, siga D. Benito derramando sal... ó lo que sea:

«Habréis notado en ambos rostros (hemos quedado en que son tres) una fealdad risueña del más puro Madrid...»

No, señor; no hemos notado semejante cosa...

¿De dónde sacará este hombre que la fealdad exterior de la iglesia de San Sebastián es risueña? Como no llame risueño á lo triste, acaso para que también á él le llamen risueño...

«En la cara del Sur campea sobre una puerta *chabacana* (D. Benito la confunde seguramente con alguna descripción) la imagen *barroca* del santo martir en actitud más bien danzante que religiosa...»

¿De veras?..

En primer lugar, D. Benito no sabe ni puede saber lo que es actitud religiosa, porque no conoce la Religión.

Y luego... ya se explica bien que D. Benito no dé pie con bola describiendo iglesias é imágenes.

Porque ni la puerta á que se refiere D. Benito es *chabacana*, sino sencilla, ni la imagen tiene nada de barroco. Representa al santo

en el momento de ser asaeteado, amarrado al tronco de un árbol y mirando al cielo, de donde baja un grupo de ángeles á ponerle la corona del martirio.

¿Qué tiene esta actitud de *danzante*?...

Y sigue diciendo D. Benito:

«...en la (cara) del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre...»

No es verdad. La torre se alza en la cara del Poniente, que D. Benito ha suprimido para hacer el chiste aquel de «*dos caras, como algunas personas*», ó lo que por lo menos él buenamente creará chiste. Entre la torre y la fachada del Norte están la capilla de la Novena y unas habitaciones con luces á la calle de San Sebastián, al Poniente, que es adonde da el único muro visible del tercio inferior de la torre.

Quedemos, pues, en que ni en lo material de la descripción sabe D. Benito por dónde anda, y repitamos:

«...en la (cara) del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre, de la cual *podría creerse que se pone en jarras soltándole cuatro frescas á la plaza del Angel*...»

No, señor. Eso no se podría creer nunca... ¿Por qué había de poderse creer ese disparate? Usted lo podría creer acaso, porque es propio de los que no creen lo que nuestra

Santa Madre la Iglesia Católica nos enseña, creer luego en agüeros y en tonterías; pero los demás nunca podríamos creer eso de las *jarras* y las *frescas* de la torre.

Porque no hay motivo ninguno para creerlo, pues la torre es sencilla, cuadrangular, está cubierta por una montera de pizarra, como tantas otras, sin tener nada de raro absolutamente.

Otro párrafo:

«Por una y otra banda *las caras ó fachadas* tienen *anchuras*, quiere decirse, patios...»

Pues repito lo de antes. Si quería usted decirlo, ¿por qué no lo dijo usted? La mejor manera de querer decir las cosas crea Ud. que es decir las.

Verdad es que de todos modos estaba mal, porque los patios no los tienen las *caras*, sino el edificio por una y otra banda.

Y diciendo que las *caras tienen anchuras*, parece como que las caras son anchas.

Otro golpe:

«Feo y pedestre como un pliego de aleluyas ó como los romances de ciego (ó como una novela de quien yo me sé, aunque no tan pesado ni con mucho) el edificio bifronte (no, señor, trifronte) con su torre *barbiana*...»

Lo mismo podía haber dicho *climatérica* ó *recalcitrante*...

Por este estilo sigue D. Benito describiendo la iglesia, y habla de los pobres que están á la puerta pidiendo limosna, y llama *feroces alimañas* á las pulgas, con otros golpes de gracia al símil.

Pero cuando D. Benito se pone sandunguero de verdad y llega al *disloque* en materia de gracia y de chiste, es cuando nos presenta «un ciego entrado en años, *de nombre Pulido*» (lo cual no debe de ser verdad, porque Pulido sería el *apellido*, si acaso, no el nombre), y le hace hablar á su manera, largo y tendido.

¡Qué fecundidad la de D. Benito, y qué inventiva y qué gracia!...

Y es que las logias le han hecho á D. Benito la reputación, pero no han podido hacerle el numen.

¡Con qué propiedad y con qué ingenio inventa D. Benito las pláticas del pobre ciego entrado en años!...

Verán ustedes lo que ha discurrido Don Benito, él solo:

«Y todo es por tanto pillo como hay en la política *pulpitante*...»

¿Les parece á ustedes?... *Pulpitante*...

No, hombre, no; así no dice ningún pobre... ni ningún rico, por zafio y arrimado á la cola que sea.

Dirá *parpitante* un zafio, en vez de decir *palpitante*; pero *pulpitante* á nadie se le ha ocurrido hasta ahora.

Este D. Benito cree que la gente del pueblo desfigura las palabras á capricho y sin tendencia alguna... No lo entiende usted, D. Benito. Los pobres tienen mucho más discurso y más filosofía que muchos que no lo son.

Y continúa D. Benito hablando como el pobre, ó como él se figura que habla el pobre:

«Pero liberales por un lado, el *Congrioso* dichoso, y por otro las *congrigaciones*, los *metingos*...»

¡Por Dios, D. Benito!... ¿Qué *metingos* ni qué niño muerto?... Un pobre zafio, si ha visto escrito *meeting*, al decirlo en plural, dirá *metinges* cuando mucho; y si ha oído pronunciar *mitin*, tampoco podrá llegar de ahí á *metingos*...

Ni menos dirá *congrigaciones*, por *congrigaciones*. De decir mal, dirá *congrigaciones*. Pero... ¿*congrigaciones*?

Para escribir en palurdo, lo mejor es observar y copiar; y de inventar algo se ha de inventar con sentido común, haciendo palabras de pronunciación más fácil que las legítimas, que es lo que hace el vulgo.

Pero inventar *congrigaciones*, que es más

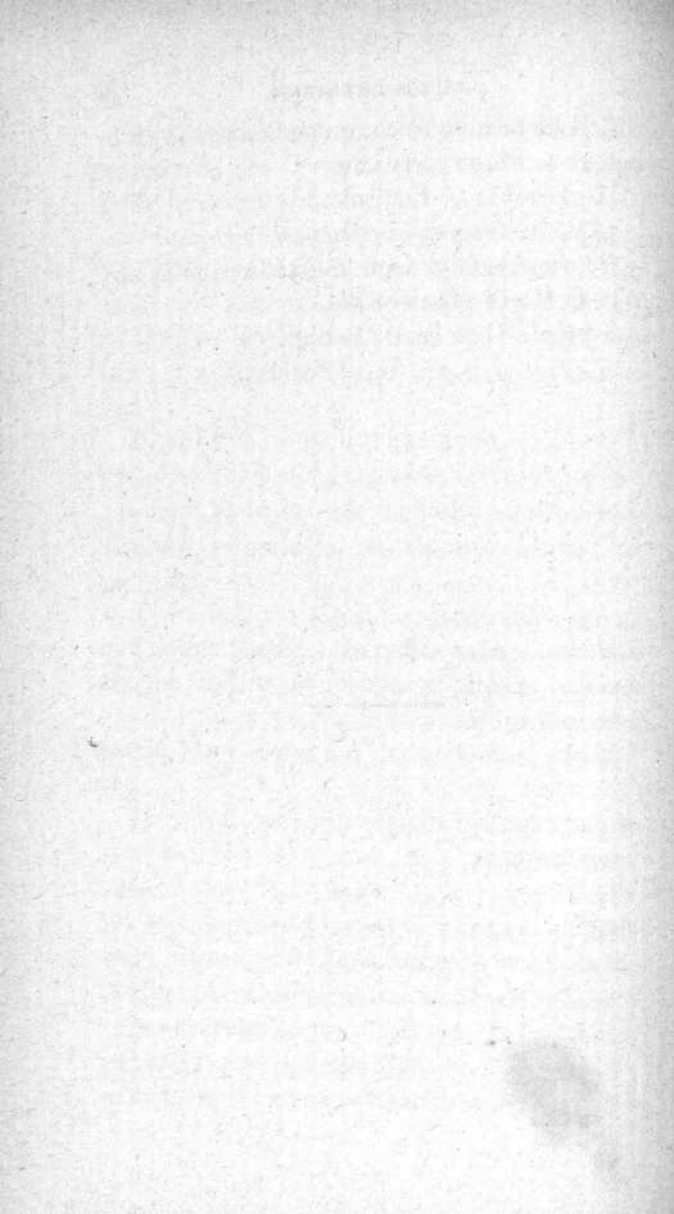
difícil de decir que congregaciones, no se le ocurre á ningún cristiano.

¡D. Benito, D. Benito!...

¡Ay, qué *congrío... gaciones!*

Se me olvidaba decir á ustedes que la novela se titula *Misericordia*.

Téngala Dios de D. Benito.



V

Academiquerías.

Ya saben ustedes que quien peor escribe en España es la Academia, la Real Academia Española, encargada, según ella dice, de limpiar, fijar y dar lustre al idioma patrio.

Pero aunque lo saben ustedes hace ya mucho tiempo, no será malo recordárselo, para que no se les olvide.

Y tampoco será malo advertir á ustedes, para evitarles algún susto, que el escrito que vamos á examinar ahora pertenece á la Academia referida.

Como que es la reseña de un acto académico solemne, y es cosa bien averiguada que la Academia no fía á nadie el encargo de cantar sus glorias, sino que lo hace por sí misma.

Y hace bien, porque si no las cantara ella, no las cantarían nadie.

Que es el caso de aquel Benito que escribió su vida á los siglos por venir é hizo exclamar al autor del epigrama:

Bien hizo el autor maldito.
Pues si él no la hubiera escrito,
¿Quién la había de escribir?

Así lo entiende la Academia, y por eso, ya se sabe, al concluirse cualquiera sesión, uno de los Académicos asistentes á ella escribe el suelto laudatorio para enviarle á *La Correspondencia* y demás periódicos de gran circulación, le lee en voz alta, se aprueba después de alguna enmienda que le empeore algo si es posible, y se remite á las redacciones con el sello de la casa.

Bueno: pues ahora, teniendo ustedes presente que la Academia escribe peor que nadie, y estando advertidos de que el escrito que se va á leer es de la Academia, ya podemos empezar la lectura sin peligro de que ninguno de ustedes se caiga de espaldas.

Porque ya están sobre la suerte.

El suelto, ó más bien el articulejo de referencia, porque es casi un artículo, salió con dos rótulos. El primero dice: *En la Academia Española*, y el que está debajo: *Premios á la virtud*.

Y empieza:

«Ayer celebró la Academia Española sesión solemne y pública para repartir los premios de la Fundación denominada de San Gaspar, que está regida por aquella *docta corporación...*»

Aquí está el sello de la casa, de que hablé hace poco.

Porque nadie llama ya *docta corporación* á la Academia, más que la Academia misma, ó algún aspirante.

De modo que no cabe dudar de la autenticidad del escrito.

Sigamos:

«...aquella *docta corporación*, encargada de *determinar* las personas necesitadas ó las de acrisolada virtud y merecedoras de las donaciones y recompensas de la Fundación.»

El estilo es... la Academia. Parece que las personas necesitadas han de ser *determinadas* aun cuando no sean *merecedoras*, y en cambio las de acrisolada virtud necesitan además ser *merecedoras* por algún otro capítulo, pues dice: «ó las de acrisolada virtud y merecedoras de las donaciones...»

También parece que las personas *necesitadas* no pueden ser de *acrisolada virtud*, pues dice: «las personas necesitadas ó las de acrisolada virtud...» Clase distinta.

Un poco más abajo se lee:

«El Sr. D. Santiago Liniers (el académico, que atribuyó á Ciceron este desatino: *¡Quosque tandem!...*) leyó una relación de los trabajos practicados para cumplir los fines de la fundación de San Gaspar.»

Relación que tendría bastantes *quosques*, particularmente si su autor se metió á echar latines.

Pero sigamos leyendo la reseña académica que dice:

«Ocho han sido los premios acordados, todos los cuales son dignos de ser expuestos individualmente.»

¿Los premios son los dignos, ó los premiados? ¿Qué dignidad podrán tener los premios? En fin, téngase en cuenta que es la Academia quien escribe y sigamos leyendo:

«Tres personas han sido premiadas con mil pesetas.»

—De manera que habrán tocado á cada una trescientas treinta y tres pesetas con treinta y tres céntimos. ¿No es verdad?

—No, no es verdad, lector amable, se equivoca Ud. si así lo cree.

También me equivoqué yo creyendo lo mismo que ha creído Ud., hasta que supe por otro lado que á esas tres personas las correspondieron á cada una mil pesetas.

Porque en realidad no fueron premiadas

las tres personas con mil pesetas, sino con tres mil, ó sea con mil pesetas cada una. Que es lo que quiso decir, y no supo, el académico redactor de la reseña.

Adelante con ella.

«Tres personas fueron premiadas con mil pesetas y cinco con quinientas.»

Cada una. Conste que hacía falta decirlo.

Y sigue el Comelerán de tanda:

«Los agraciados fueron:

Lucía Robledo y su esposo...»

Otra vez el sello de la casa.

Porque esto de *esposo* en lugar de marido, también es muy académico, ó muy cursi, que viene á ser lo mismo.

«Lucía Robledo y su *esposo* Tomás Rubio, por asistir, siendo *pobres verdaderos*, doce años á la madre de la primera, anciana, ciega y paralítica.»

¡Qué construcción!... ¡Qué laberinto de entrecomados!... Si por casualidad se olvida una coma, ¡cualquiera entiende quién es esa madre de la primera anciana!... ¡Cualquiera deja de entender que Lucía y su *esposo* fueron *pobres verdaderos* doce años, y pobres falsos... alguna otra temporada!...

Otro *agraciado*... con la mala sintaxis de la Academia:

«Isabel Ayuso, dedicada con extrema es-

casez de bienes, á cuidar á una hermana paralítica más de *treinta años*.»

Tampoco se sabe si estos *treinta años* largos corresponden á la parálisis de la hermana de Isabel, ó á la extrema escasez de bienes con que ésta se dedicó á cuidar á la otra.

Y luego ¡vaya un elemento para cuidar con él á una paralítica, la extrema escasez de bienes!... Dedicada *con* extrema... á cuidar...

Cualquiera que no fuera académico hubiera expresado el pensamiento en muy distinta y mucho más clara y más natural y más sencilla forma.

Vamos adelante:

«Rosalía García, de Caldas de Reyes, *después* de cuidar, siendo pobre, de sus hijos, ha pedido para atender á los pobres.»

Nada, no mejoramos nada... ¡Después de cuidar, siendo pobre, de sus hijos!...

¡La Academia sí que es pobre de entendimiento!...

Y continúa:

«Felipe Rodríguez reparte las escasas monedas de su trabajo...»

¿Las monedas de su trabajo?...

¡Si, repartiendo premios á la virtud, hubieran premiado estos académicos á algún monedero falso!...

Lo digo porque parece que se trata de un particular que trabaja en hacer monedas y las reparte. Y como la fabricación de moneda legitima corresponde al Estado...

Pero lo mejor es esto que sigue:

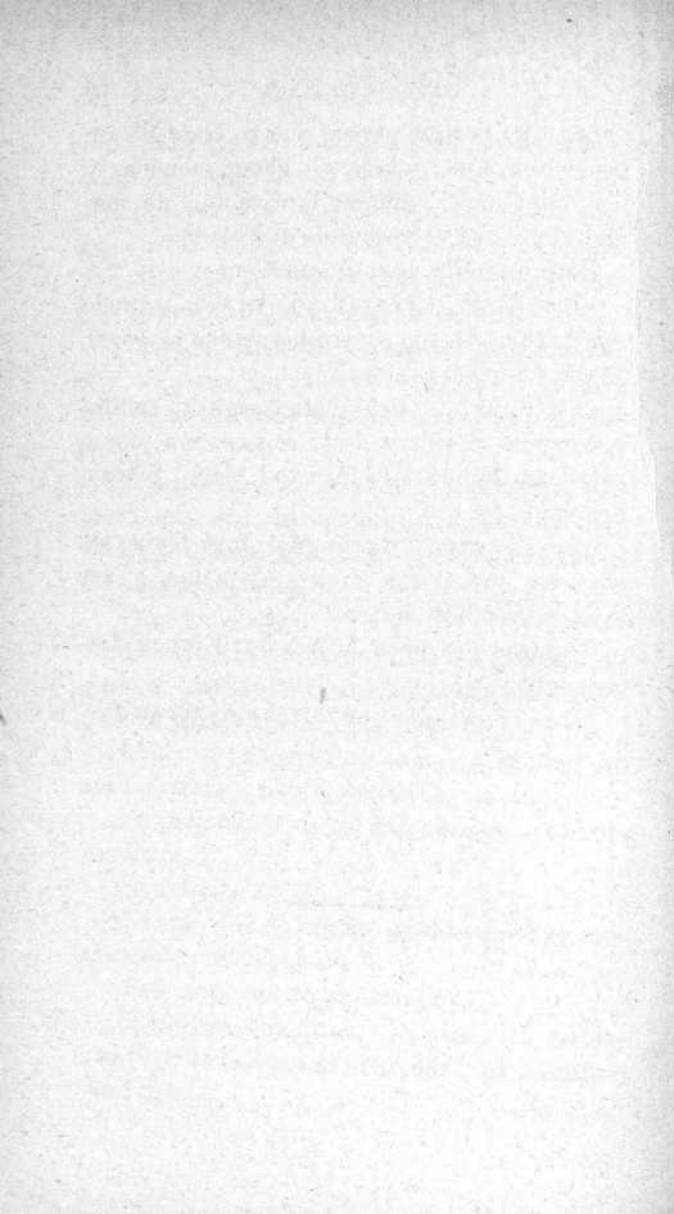
«José Ruiz, tipógrafo, de *setenta y nueve años*, atiende á sus cuatro hermanos *mayores*, *los cuatro sexagenarios*.»

¿De veras?... ¿Está usted segura, señora Academia, ó *señora docta corporación*, como usted se llama? Mírelo usted bien... Si casi no puede ser eso...

Tener *setenta y nueve años* José Ruiz, ser *mayores* que él sus cuatro hermanos y ser *sexagenarios* los cuatro...

¡Vamos, que hace la Academia unos descubrimientos!...

¿Qué creerá ella que es ser sexagenario?



VI

El álbum de Mondariz.

No sé por qué los enfermos que acuden á un establecimiento de aguas minerales en busca de alivio, han de desahogar el mal humor con la literatura, que no les tiene la culpa de sus dolores.

Pero ello es así.

En todo balneario cuyo dueño conozca un poco la aguja de marear, es decir, que esté al tanto de lo que es la vanidad humana y de las varias maneras de explotarla, suele haber un álbum donde los bañistas tentados á escribir consignan lo primero que se les ocurre, ó lo último, para delicia y admiración de sus sucesores en el uso de las aguas, para prosperidad del establecimiento y para ruina del buen gusto.

Verán ustedes qué cosas se han escrito en el álbum de Mondariz estrenado hace una docena de años.

Tras de una modesta introducción suscrita por el médico director del establecimiento, en la que, naturalmente, ensalza con fervor las virtudes medicinales de las aguas, vienen unas reflexiones de D. Nicolás Salmerón, que no he tratado de leer porque están escritas con mala letra, y además porque no sé traducir el sanscrito, digo, el krausista.

Lo que sigue son unas expansiones del señor Alonso de Beraza, que es inteligente en hacienda y en música, pero que en poesía descriptiva resulta flojillo.

Empieza así:

«Escondida entre peñas encuentra el caminante la fuente que apaga su sed, le da nuevo vigor y nuevo aliento.

»Escondida entre montañas encuentra la humanidad doliente...» la fuente...

Bueno; el autor dice «las aguas medicinales», por no repetir el encuentro de la fuente en los dos párrafos; pero lo podemos llamar hache, porque al cabo las aguas medicinales de una fuente manan. Y de todos modos la comparación no puede ser más perfecta... ni más sosa.

¿Hay cosa más natural que el que el encuentro de una fuente se parezca al de otra?

El párrafo que sigue resulta inocente también.

«Hállalas en otras partes (las aguas medicinales) sobre altos picos (esto no puede ser verdad) brotando en las enriscadas crestas (nada, que no es cierto, en las crestas no brotan las aguas) de un monte que se corona de nieves perpetuas. Aquí, en Mondariz se hallan en las *llanuras del valle*, ocultas (¿las llanuras, ó las aguas?) entre frondosas arboledas.»

¿Creerá el autor que esto es filosofía?...

Aparte de que tampoco es verdad... ¡Buenas llanuras le dé Dios al señor Alonso!... ¡Pues si en todo el término municipal de Mondariz apenas hay otra llanura que el comedor del establecimiento!...

Sigamos.

«Cura ó alivia el agua mineral las dolencias del cuerpo, y recrea la vista (¿la vista no es el cuerpo?) y alegra el ánimo el fresco manto de verdor con que el valle se engalana (¡nuevecito!) y las grandes líneas de la montaña cubierta de *espesos pinares*.»

No son espesos, pero tampoco es feliz la unión de esas dos palabras. Espesos pi...

«Por eso (ahora vendrá lo interesante)... *Por eso*, cuando por virtud de estas aguas cede la dolencia y recobra su tranquilidad el espíritu, si al caer la tarde (muchas condiciones va poniendo) se *cruza* por las orillas

del río, *vagando* entre las masas de verdura...»

¿También es preciso que sea *vagando*?

Es de advertir que no se puede *cruzar* por las orillas del río sin cruzar por el río, y para esto es preciso mojarse, porque no hay puente. Se puede ir por la orilla del río; pero eso no es *cruzar*.

«...*vagando* entre las masas de verdura, creeríase que el viento entre los pinos y el río al deslizarse entre peñascos murmuran blandamente los *inspirados versos* de los *aires da minha terra*.»

¡Ahora sí que!...

Y esto *por eso*, es decir, por aquello, por aquellas paralelerías del principio; porque el caminante halla la fuente entre peñas y la humanidad doliente la halla entre montañas, y unas veces sobre los altos picos (¡cá!) y otras en las llanuras del valle ocultas... etc.

Todo para hacer un reclamo del impío y soso libro de Curros Enríquez, condenado por la Autoridad eclesiástica.

¿No es verdad que esto merecía pasar á la posteridad y no quedar oculto en el álbum, como las llanuras ó como las aguas entre las arboledas?

Por eso lo saco yo á luz ahora.

Viene un profesor *da escola medico-cirurgica* de Lisboa que se llama José Joaquín de Silva, etc., y dice:

«Este valle risonho onde brotan as agoas de Mondariz maravillosas pelos seus efeitos, recorda tanto as pittorescas paisagens da encantadora provincia do Minho do meu querido Portugal...»

Bueno: que Dios le dé á usted salud, si le conviene.

*
* *

«Llegué, bebí, me curé»; — dice luego un desconocido parodiando á César.

Esto tiene gracia.

Pero ¡cuándo volveremos á encontrar otra!

*
* *

No será esta:

«Después del país de Constantinopla y el Bósforo, no hay otro más hermoso y agradable en el globo que el de Galicia. La benignidad de su clima, sus puertos...»

Latoso, latoso...

«Anastasio Albarez.»

*
* *

«He venido á Mondariz, dice el siguiente: He venido á Mondariz (venga Ud. en hora

buena) sin esperanza de encontrar en él nada que me obligara á volver...»

«Pero... la variedad de panoramas...»

Otra lata: no siga Ud... Digo, Ud. puede seguir, pero yo no sigo.

*
* *

«Depois de usar d'agoas mineraes em diferentes paizes e de nao ter obtido notabes melhoras nos meus padecimentos...»

Lata técnica. Porque el autor es un médico clínico de Lisboa.

No quiero decir cómo se llama, porque no le sirva esto de anuncio.

*
* *

«A primera vez que veni á Mondariz foi em Agosto do anno pasado...»

Pues dele Ud. un recado.

*
* *

El que sigue:

«Mondariz no es solamente un valle encantador que acredita el extraordinario esfuerzo de la Naturaleza...»

Incrédulo ¿eh?... Bueno, pues quédese usted con Dios.

Digo, con la Naturaleza.

*
* *

Cinco portugueses vienen diciendo uno tras de otro las generales de la ley; vamos, las simplezas generales.

Y luego sobre la firma prosaica de uno de nuestros ex-ministros de tan triste recordación como todos, hay unos renglones en que el propio interesado dice que á las aguas de Mondariz debe «el haber podido servir segunda vez á la patria.»

¡Pobre patria!

Y vean ustedes por dónde las aguas de Mondariz resultan culpables de que aquel ex-ministro reincidiera.

*
* *

Y salta otro enfermo que dice:

«Crió Dios un paraíso para uso (para-iso, para uso, ¡qué monada!) exclusivo del gallego, y este ingrato se colocó los zapatos á la espalda y se *repartió* por el mundo.»

¡Hombre! ¡bien!

Examinaban de táctica á un sargento y le dijo uno de los examinadores:

«Figúrese Ud. que va Ud. *solo* por una carretera y ve Ud. venir una columna enemiga en dirección contraria; ¿qué haría usted?

—Pues... echarme fuera del camino y *desplegarme en guerrillas.*»

Del mismo sistema del sargento es este bañista.

Y no paran aquí las cosas, sino que dice que el gallego con los zapatos á la espalda «*se repartió* por el mundo, pregonando que en su paraíso la serpiente era el hombre!...»

¡Qué ingenio!

¡Cuánto siento que esté borrada la firma!

*
* *

Sigue un Capitán general que empieza diciendo:

«Si los gobiernos y las autoridades se fijasen más en las riquezas que encierra el país que gobiernan...»

Se echarían sobre ellas en seguida.

Que es lo que suelen hacer aquí todos los gobiernos y algunos Capitanes generales.

De modo que más vale que no se fijen.

*
* *

¿Quién es capaz de saber cuántas lágrimas petrificadas, cuántos pensamientos enquistados?...

--No siga usted—oigo que me dice un lector.—Esa es Doña Emilia indudablemente.

Y, en efecto, es Doña Emilia Pardo la ine-

vitable Emilia, como decía Zorrilla, la que petrifica las lágrimas y enquista los pensamientos con la misma facilidad con que hace volar á las garduñas.

«¿Quién es capaz de saber cuántas lágrimas *petrificadas*, cuántos pensamientos *enquistados*, cuántas noches de insomnio, cuántas horas de lectura disuelve la acción de estas aguas en las vísceras de la gente activa?...»

Pero, señora, ¿por qué descarrila usted así?

Ya, si hubiera usted seguido con la misma figura, petrificando las lágrimas y enquistando los pensamientos, para que sobre quistes y petrificaciones ejercieran las aguas su acción disolvente, si es que la tienen, mal y no tanto.

Pero eso de presentarnos á las aguas de Mondariz disolviendo noches de insomnio y horas de lectura, eso es ya una disolución espantosa.

¡Disolver noches de insomnio en las vísceras!...

¡Doña Emilia, Doña Emilia, Doña Emilia!

Omnis homo mendax. Esto ya no tiene enmienda. Como traducía aquella Abadesa que sabía muy poco más latín que usted, seguramente.

Y sigue:

«Fatigados del recio combate venimos á pedir á la naturaleza madre y reparadora que nos dé alivio...»

Y al llegar aquí se arranca con este apóstrofe:

«Doctor Pondal, ¿no es cierto que la mejor virtud *medicatrix* reside en la naturaleza misma?»

Esto puede ser una impiedad y puede ser una simpleza.

La mejor virtud *medicatrix*, como dice Doña Emilia, por no decir medicinal, como decimos los demás, reside en Dios, que la ha ejercido muchas veces personalmente y por medio de sus Santos y de ordinario la ejerce por los medicamentos. *A Deo est enim omnis mædella*, que dice la Sagrada Escritura: «De Dios viene toda medicina.»

Pero tomando la palabra naturaleza en buen sentido, ¿dónde quiere Doña Emilia que resida la mejor virtud *medicatrix* sino en la naturaleza, ó qué quiere decir con eso? ¿Acaso los medicamentos que se expenden en las farmacias no son también de la naturaleza? La ciencia no hace más que combinarlos, dosificarlos, como dosifica también las aguas minerales y las combina con la alimentación y con la higiene.

«Por eso yo quisiera—continúa Doña Emi-

lia—que aquí la gente, en vez de bailar, se acostase á las diez... Pero váyales usted con esto á los muchachos...»

¡Pero vaya unas consecuencias que saca Doña Emilia!

¿Conque... *por eso*? ¿Conque solamente por ser cierto que la mejor virtud medicatriz reside en la naturaleza misma, *por eso* quiere Doña Emilia que la gente se acueste á las diez? Pues no se ve la ilación.

Pero váyanla ustedes con ilaciones á Doña Emilia, que ni sin hache ni con hache supo nunca hilar, ni otras cosas que para escribir suelen hacer falta.

«Para ellos—sigue diciendo Doña Emilia,— para los muchachos, diversión; para nosotros, agua y más agua, sueño, ejercicio, leche y alguna discusión metafísica (¡dése Ud. tono!), que es muy difícil *quitarse* de los vicios arraigados.»

Lo verdaderamente difícil para Doña Emilia debe de ser el discutir de metafísica, pues no la ha estudiado ni la conoce más que de nombre.

VII

Sigue el álbum.

Tras de la mala prosa de la serigata de Doña Emilia, vienen unos versos muy fáciles y muy bonitos de Vital Aza.

Después unas pinturas.

Y después otros versos de D. Gaspar Núñez de Arce, no malos del todo, aunque tienen demasiados epítetos.

Véase la clase:

«¡Oh fresco y risueño valle
Donde Dios *clemente* puso
De estas aguas *prodigiosas*
El raudal *vivo y fecundo...*»

Y así sucesivamente.

* * *

Un dibujo á lápiz de Pradilla, que no tiene nada de particular, hecho por cumplir, lo mismo que unas notas de Monasterio, cinco

compases, y luego una disertación portuguesa del Conde *da Folgaza*, que estaba mejor *holgando* que escribiendo mal.

Un tal Varela Silvari escribe más prosa y más notas de música. Y luego, bajo el epigrafe *¡Mondariz!* así, con admiraciones, otro *discursi* hablando de «la virtud maravillosa de *tus aguas*» y de «la hermosura de *tus risueños valles*», etc., firmado por un director general sagastino.

*
* *

Pasando á otro tomo, hay un Sr. Figueras, secretario de nuestra legación en Montevideo, que escribe casi en verso:

«Llegué enfermo; bebí con fe;
Parto satisfecho; volveré con placer.»

Y otro señor, cuyo nombre y apellido no he podido leer, dedica «al insigne marino Peral» un versículo del salmo 103 en nueve idiomas.

También el mismo Peral firmó diciendo:

«Nace el hombre en la tierra y *para la tierra* (¡¡ !!) y hay, sin embargo, algo *indefinible* que le arrastra hacia las aguas.»

No, señor; ni el hombre nace para la tierra, sino para el cielo, ni es cosa indefinible

lo que arrastra á algunos hombres hacia las aguas, sino muy definida.

*
*
*

Tras del difunto marino, á quien Dios haya perdonado, viene un general, también difunto. Dios le haya perdonado también... Estos no digamos que acreditan demasiado la virtud *medicatriz* de las aguas.

*
*
*

Más versos... ¿De quién serán?... ¡Dios mio!.. De Grilo, de Antonio Grilo...

En el título de la composición dice: *A Enrique Peinador*.

Pero luego se le olvida esta dedicatoria y comienza hablando con la fuente de esta manera:

«Fuente benéfica y ripio...»

Digo, no; él no dice así.

No habla con tanta franqueza.

Lo que él dice es esto:

«Fuente benéfica y pura,
Manantial de Mondariz,
Yo no sé qué hay en tus aguas
De sagrado para mí.
Reinaban nuestras dos madres...»

¿Cómo? ¿Pero la fuente tiene madre?... Por-

que está claro... lo cual tratándose de cosas de *poetas* no suele suceder muy á menudo. Pero esto está claro... Va hablando Grilo con la fuente, y dice: *Reinaban nuestras dos madres...* Parece que deben de ser la madre del Grilo y la de la fuente...

¡Bah!...

Es que al poeta se le olvidó que hablaba con la fuente y se ha pasado á hablar con Enrique.

«Reinaban nuestras dos madres
En el corazón feliz...»

¿Dos madres reinando en un corazón?
También es difícil.

«Reinaban nuestras dos madres
En el corazón feliz,
Y Fuensanta y Abelina
¡Marcaban el porvenir!»

¿Qué será esto de *marcar* el porvenir?...
¿Cómo se *marcará*?

Bueno...

Pase lo de la marca, y adelante:

«Fuensanta ya está enterrada,
Tu hogar está en su ceniz...»

¿Qué será esto otro?... ¡Un hogar que está en el ceniz!...

Como no haya querido decir ceniza... que es lo que suele haber en el hogar...

«Fuensanta ya está enterrada

(*Y lo dice usted así,
con esa serenidad!*)

Tu hogar está en su ceniz,

Ella... (¿pero quién es ella?

¿Nos lo quiere usted decir?)

Ella y tu madre defienden

El manantial desde allí.

(*¿Desde dónde?... ¿Desde dónde?...*

Usted nos va á confundir.)

La salud está en tu casa:

No hay enfermo que al salir

No rece á la Providencia

Por tus hijos y por ti.

(*Y por Grilo, por que sane*

Y se abstenga de escribir.)

*
* *

Leo el título de *Palique*.

Bueno; vamos á leer á *Clarín*. Después de Grilo... no es mal contraste.

«Dicen que el hombre es una sociedad de células regidas por eso que llamó Sthal la conservación del cuerpo en su mezcla corruptible, la existencia ó actual verificación de esa corrupción...»

«Sea como fuere...»

Sea como fuere... Esto no puede ser de

Clarín... ¡qué ha de ser!... Voy á ver la firma y dice: J. Espuñe ó España Lledó.

El hombre se conoce que no sabía bien la significación de la palabra *palique* y creía que era lo mismo que *lata*.

¡Ca, hombre! no es lo mismo.

*
* *

Más versos.

«A MONDARIZ

«Fastuosas son tus montañas
Que dora radiante el sol.

*(¡Sí... no ha salido ni un día
Desde que he venido yo!)*

Y tus campos de esmeraldas
Pomona misma bordó...»

*(Este es algún académico
Que no se entera el simplón
De que ya no hay tal Pomona
Ni Cheste que lo fundó.)*

*
* *

Y sigue la tormenta de los versos.

«Á ENRIQUE PEINADOR

SONETO

Es del *Espuñe* ó *España* de antes, que no acabó de *españar*, y dice:

«Ya Brusais no maneja la lanceta
Emulo de Sangredo en los rigores,
Ni sirve de magnesia la receta
Para alivio de flatos y de ardores...»

No, para alivio de estos flatos poéticos no sirve la magnesia.

Pero hay otra receta que, si se aplicara, daría excelentes resultados.

Veinticinco palos por cada ripio... y la poesía sería más respetada que una reina constitucional.

Sigue el Sr. Espuñe Lledó:

»Pero la ciencia encuentra fácil veta
Con que aliviar los males y dolores,
En el agua que brota *pura y neta*
Entre las espadañas y las flores.

Y los peces de colores.

¡Vaya con el agua *pura y neta!*

Y sigue:

»Por eso, Peinador, has conquistado
Fama inmortal y merecido *lauro*
Desde Galicia al polo *inexplorado*.
Aplaudid ninfas del *Genil* y el *Dauro*

(Que no están en Galicia, ¿eh?)

Al que jamás rendido y fatigado
La fuente halló, do mi salud *restauro*.»

Pues casi es lástima, mire usted...

Para escribir así, mejor era que no se restaurara Ud. la salud y se muriera pronto.

Es un decir; pero, vaya, que lo hace usted muy mal.

*
* *

El Sr. Arzobispo de Valladolid dice, imitando una frase del Divino Maestro, que no fué hecha para Mondariz, ciertamente:

«Venid todos los que padecéis, que aquí encontraréis dos amigos: un doctor tan sabio como amable y un propietario cariñoso y bueno que os colmarán de atenciones, procurando adivinar vuestros deseos.»

¡Ah! es que no crea S. E. que á todos tratan como á los Arzobispos...

*
* *

«¡Oh! Dios mío. ¡Qué bueno sois!...»

¿Y hasta ahora no se había Ud. enterado?

¡Vamos, hombre!

Este atrasado de noticias es el secretario ó acompañante del Sr. Arzobispo de Valladolid.

Después de escribir cuatro cosas sin naturalidad, pone fecha y firma de esta hinchada manera:

«Paraíso de Galicia ó Mondariz.—R. Mar-

tínez Díez, presbítero capellán del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valladolid.»

Pues no le alabo la elección á S. E. el señor Arzobispo.

*
* *

Aqui viene un tal Cantó
Que *cantó* bastante mal...
Según verá cada cual
Y acabo de verlo yo.

Cantó así:

«Los que te visitan ven
Que en tu hermoso manantial
Enclavado en un edén...»

No hace falta seguir.

¡Miren ustedes que un manantial *enclavado!*

*
* *

Y luego, tras de unos renglones de D. Enrique Villarroya, hay unos versos de Luis Taboada, muy graciosos, por supuesto.

Cuenta, entre otras cosas, que engordó tanto en Mondariz, que cuando volvió, ya casi no le conocía su hija, y le dijo:

«¿Pero tú eres mi papá,
O eres Doña Robustiana?»

*
* *

Siguen dos ó tres portuguesadas en verso y en prosa, y luego unos versos de Ricardo Sepúlveda, que no han dejado de sorprenderme.

¡Vaya!

No porque no sean buenos, que ya suponía yo que no lo habían de ser, sino porque... siquiera la gramática... ¿Qué menos se ha de pedir á un escritor que un poco de respeto á la gramática?

Bueno, pues no se dice:

«De *este* agua no beberé.»

Se dice de esta agua, señor Sepúlveda, de esta agua...

Usted habrá oído decir *el* agua, y así se dice; pero no se dice *este* agua ni *este* alma: aunque se dice *el* alma.

* * *

Echegaray. ¡Ay!... ¡ay!...

«¿Qué he de decir yo de Mondariz?... »

Lo que usted quiera, D. José.

O nada, que será lo mejor.

Pero D. José, sin aguardar la contestación á su pregunta, dice:

«Si los viajes á Galicia se redujeran á 18 O 20 horas, todo el mundo vendría.»

—¡Dios mío!... ¡Diez y ocho mil veinte horas de viaje quiere para todo el mundo el Sr. Echegaray!...

No lo crean ustedes.

El quiso decir diez y ocho ó veinte horas; pero, imitando el vidriero de Tremecén, lo escribió en guarismo el... académico, y como la ó es cero también en Galicia...

Ahí tienen ustedes...

VIII

Cosàs de Doña Emilia.

1.^a

JORNADA NEGRA

Dice Doña Emilia Pardo Bazán, en una *Página suelta*, que ní es suelta ni página, sino embutido de tres columnas muy apretado:

«El destacamento había *marchado* toda la mañana...»

Marchar propiamente es partir; de manera que ya no está del todo bien eso de que *había marchado toda la mañana*. Pero no hay que detenerse tan pronto. Sigamos la marcha literaria de Doña Emilia:

«El destacamento había marchado toda la mañana, y después de un alto, fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar, *ya anochecido*, como Dios dispusiese...»

¡Ah! ¿Conque como Dios *dispusiese?*... ¿Es

decir, que todavía no habían acampado?... Y entonces, ¿cómo dice Doña Emilia que al acampar estaba *ya anochecido*? Hubiera dicho «para acampar al anochecer», ó «cuando anoheciera», ó «cuando hubiera anochecido», y hubiera resultado la construcción más natural y no la hubieran hecho falta tantas comas...

Pero en fin, el caso es que

«Fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar...»

De donde parece deducirse que la caminata se había emprendido solamente *para acampar*, y que sólo para acampar se movía el destacamento, aunque luego se ve que no es así.

«Fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar, ya anochecido, como Dios dispusiese, en la linde del bosque.»

Oscuro, trabajoso y malo.

No el bosque, sino el párrafo de Doña Emilia.

«La lluvia, caso raro en aquel clima durante el mes de Diciembre, no había cesado de caer *en hilos oblicuos, apretados y gruesos...*»

Pues mire usted, mucho más raro que el caso de la lluvia en Diciembre me parece á mí eso de que la lluvia cayera en *hilos* con todas esas condiciones.

Y sigue:

«Sorprendidos por el capricho de las nubes, desprovistos de mantas y de capotes, soldados y oficiales *se resignaron, ó mejor dicho, se chancearon* con el agua.»

¿Mejor dicho?... ¿Por qué? Ni mejor ni peor. Porque resignarse y chancearse, ni son sinónimos ni opuestos; de manera que bien pudieran suceder las dos cosas. Aunque probablemente no sucedería ninguna.

«*Hacía calor* — sigue diciendo Doña Emilia — y el chorreo del agua no *parece* sino que *aumentaba*...»

¡Señora, por Dios! ¿No *parece* sino que *aumentaba*?... ¿Ahora es cuando no la *parece* á usted sino que *aumentaba*? Sea usted consecuente en el régimen gramatical.

Diga Ud. que no *parecía* sino que *aumentaba*... Si es que se empeña Ud. en decir de alguna manera; porque mucho mejor sería que no dijera Ud. nada de lo que sigue:

«*Hacía calor, y el chorreo del agua no parece* sino que *aumentaba la densidad de la temperatura*...»

¡Doña Emilia! ¡Doña Emilia! ¿*La densidad de la temperatura*?... Eso no lo dice un rapaz del Instituto; porque para decirlo tendría que desconocer lo que es temperatura ó lo que es densidad.

Á bien que Ud... es muy posible que desconozca las dos cosas.

Porque aun suponiendo que Ud. llama *temperatura* á la atmósfera, como cualquier literata de Sobradelo ó del Barco de Valdeorrás, todavía la afirmación resulta un poco disparatada, puesto que la lluvia no aumenta la densidad de la atmósfera, sino que la disminuye.

Bueno. El caso es que los soldados, á pesar de que *hacía* calor y de que «el chorreo del agua no *parece* (ni la *sintaxis* tampoco), no *parece* sino que *aumentaba* la densidad de la temperatura», seguían marchando.

«La idea de salvar á españoles y españolas de la muerte y de los ultrajes alentaba al destacamento y le ponía alas...»

¿*Alas* ha dicho Ud?... ¡Dios mío!... Crea usted, Sra. Doña Emilia, que, desde que se las puso Ud. á la garduña, en cuanto mienta usted las alas me echo á temblar, previendo un estropicio.

«La idea..., etc., alentaba al destacamento y le ponía alas en los pies...»

¿Lo ve Ud., señora?... Lo que yo me temía...

Se puede decir, y Ud. lo habrá oído y leído algunas veces, de quien va muy apresurado por llegar cuanto antes á un sitio, se puede decir

que el deseo, el interés, el amor, etc., le da alas. Si Ud. quiere decir en lugar de «le da» *le pone* alas, pase; pero sin decir dónde se las pone, porque no hace falta decirlo. Y de todos modos, caso de decirlo, que no sea en los pies, señora; porque las alas en los pies han de hacer una facha muy desgraciada.

A más de que el destacamento tampoco tiene pies, como tal destacamento, donde ponerle las alas.

Pero hay que concluir el párrafo para acabar de conocer la rara figura del destacamento que Ud. pinta.

«La idea... alentaba al destacamento y *le ponía alas en los pies*, aunque el barro, *que subía hasta las rodillas*, se los calzase de plomo.»

¡Vamos! ¿Me quiere Ud. decir, apreciable Doña Emilia, de qué pueden servir las alas puestas en unos pies hundidos en barro hasta las rodillas y además calzados de plomo?...

¡Vamos, que un destacamento con pies provistos de alas y calzados de plomo y hundidos en el barro!...

¿Ve Ud., señora, los extremos á que conduce el afán inmoderado de parecer original y *modernista*?

¡Como lo de contarnos más adelante que «la luna *filtraba ondas de luz gris perla* al

través del espeso ramaje!...» ¿No sabe usted que esas *filtraciones* de luz están mandadas retirar desde que las *filtraciones* de fondos públicos, puestas en moda por conservadores y fusionistas, han envilecido el vocablo?...

A más de que podría pasar, si acaso, la figura de *filtrar luz*; pero eso de *filtrar ondas* de luz ¿cómo quiere Ud. que pase? ¡Menudos agujeros necesitaba tener el filtro para dejar pasar las *ondas*! Eso ya no sería filtro; sería, por lo menos, una zaranda garbancera.

De modo que más propiamente podía usted haber dicho que «la luna azarandaba ondas de luz», que no que las filtraba.

¡Lo mismo que lo de querer hacernos tragar que unos soldados y oficiales que han encendido una hoguera en el campamento *se abanicaban con hojas de cocotero*! Pues si tenían calor, lo más sencillo era apagar la lumbre... Es decir, no: más sencillo era no haberla encendido.

Después nos dice Doña Emilia que los «soldados buscaron en el sueño, ó más bien en un *inquieto y pesado letargo*, el descanso indispensable».

Pase lo de *pesado*, cualidad propia del *letargo*, aunque no exclusiva, porque también la tienen algunas narraciones; pero un *letargo inquieto*, francamente...

Y luego dice Doña Emilia que el capitán dijo: «En cuanto dormiten un cuarto de hora, los *azuzo*...» No, señora, no se lo creemos á usted. El capitán diría los despierto, ó los espabilo, ó los hago levantar, etc.; pero no diría los *azuzo*, porque para eso necesitaba no saber lo que es azuzar, y los capitanes, y aun los soldados, suelen saberlo.

Más adelante cuenta Doña Emilia que el capitán hizo recordar al teniente la noche que era, y el teniente exclamó «con acento *penetrado*: ¡Nochebuena!» Y después de ese acento *penetrado* le hace decir unas cuantas cursilerías como las siguientes:

«¡Ay, quién comiese hoy la *sopita de almendras* y la *compota con rajas de canela* en casa de tía Dolores! ¡Con las *primillas*, al lado de *Fany*! Está uno ya tan harto de ver caras amarillas y juanetudas! ¡Olé las mujeres de nuestra España!...»

¡Olé lo *graciosa* que está Doña Emilia cuando se las echa de andaluz!

A más de que las *primillas*, por las primas, no se puede decir y no lo dice ningún teniente, los cuales suelen saber que *primilla* es perdón de la primera falta; y teniendo esta acepción propia, no se suele usar como diminutivo de prima.

Tampoco debe de ser verdad lo que en se-

guida cuenta Doña Emilia de que el capitán dijo seriamente: «Y las mestizas no dirás que no son *lindas*». No, yo no creo que haya ningún capitán que diga eso, ni *seriamente* ni en broma. Esta Doña Emilia cree que los capitanes hablan el castellano tan mal como ella... Un capitán, hablando de mujeres, hubiera dicho «no dirás que no son guapas», ó «no dirás que no son hermosas...» Pero *¿lindas?*

¡Señora, si ese adjetivo ya no le usa nadie más que Ud., á no ser como nombre de alguna galguita inglesa!...

Y por ser esto demasiado largo hay que perdonar á Doña Emilia lo de que la tropa «avanzaba *renegando*, pero *sin quejarse*»; lo del niño que «se *descuajaba* llorando», en lugar de «se deshacía», que es como se suele decir; lo de que «el niño fué festejado y compadecido y *hasta chillado hasta* que le tomó, etcétera» (chilladura esa entre dos *hastas*, que no se sabe lo que quiere decir); lo de que el capitán «*deslizó* en la mano todo el dinero que llevaba», y otras cosas por el estilo.

2.^a

ESCAPATORIA

¡Sigue Doña Emilia escribiendo de una manera!...

Ya se ve; como no suele hacer caso de los consejos que se la dan, no aprende nada, y siempre está lo mismo; si es que no va de mal en peor la pobre señora.

La he dicho varias veces que no se meta en latines, ni en teologías, ni en liturgias, ni en otras muchísimas cosas que no entiende, y nada; se empeña en escribir de todo.

Así es que desbarra á cada paso.

Hace pocos días, aprovechando el de Ceniza, como aprovechó en otra ocasión el de Navidad para confundir las penas de sentido y de daño, y en otra ocasión el Viernes Santo para decir aquellas atrocidades de *la sed de Cristo*, pues Doña Emilia parece elegir para desbarrar los días más señalados y solemnes... Y eso que para desbarrar Doña Emilia puede decirse, como en la advertencia parroquial de las fiestas de la semana, que «todos los días son santos y buenos...» Hace pocos días, como digo, aprovechando para ello el de Ceniza,

nos contó Doña Emília una aventura pecaminosa de esas que á ella la gusta referir y que forman su especial repertorio.

Vamos, una especie de *insolación*, aunque sin sol, porque fué por la noche.

Se trataba de una señora casada, para mayor brillo é interés de la acción, que en la noche del martes de Carnaval, después de acostada toda la familia, se salió secretamente de su palacio y se fué á un baile de máscaras á encontrarse allí con un amigo que al amanecer la volvió al abandonado domicilio en una berlina.

La moralidad del cuento salta á la vista y no hay para qué hablar de ella.

No hay que decir sino que, á la una con la moralidad, va la literatura.

«Ya despuntaba la *macilenta* aurora—dice la literariamente macilenta Doña Emilia, — cuando Nati se bajó del coche y entró en su domicilio furtivamente, haciendo uso de un diminuto llavín inglés.»

¿Qué tal, eh?

Por lo visto, la aventura no era una casualidad. La señora usaba llavín.

«No tenía que pensar en recatarse del cochero, pues el coche no era de alquiler.

La razón no parece demasiado convincente; pero, en fin... Puede ser que de los coche-

ros cuyo coche no es de alquiler no sea necesario recatarse.

Sobre esto, allá Doña Emilia; y conste que es ella quien lo dice; que yo por mí ni entro ni salgo.

Pero todavía añade Doña Emilia:

«... y alguien que acompañaba á la dama, al salir ella, se agazapó en el fondo de la berlina.»

Muy bien. Este detalle está muy bien y es muy importante. Para que nadie dude que la dama no andaba sola, sino con el galán correspondiente.

Después dice la Sra. Pardo Bazán que Nati «entró en su tocador *en puntillas*», aunque no se dice así, sino *de puntillas*.

Pero ya se sabe que Doña Emilia, por no decir como los demás, es capaz de decir al revés todas las cosas.

Lástima es que esta buena señora no se halle en estado de matrimoniar; porque haría muy buena pareja con otro escritor que también tiene la manía de decir las cosas al revés; aquél que dijo: «*se oyó dos chupadas que á su cigarro dió el señor cura*», y ha dicho pocos días hace: «*tal cosa no podía menos que suceder*».

Volviendo á Doña Emilia, nos la encontramos describiendo los efectos que la borrasca

había causado en Nati, la cual, mirándose al espejo, apreció todos estos detalles.

«El dominó blanco, arrugado, mostraba sobre la tersura del raso *pegajosos y amarillentos manchones de vino...*»

¡Caramba con la señora del palacio!

Aquí da gana de preguntar como en la célebre zarzuela bufa:

«¿Estamos en el Olimpo,
ó en la puerta de Toledo?...»

Pero no pára ahí la cosa, sino que además:

«Un trozo de delicada blonda pendía desgarrado, *hecho trizas...*»

Algo menos sería, señora; y bastante era con lo desgarrado, porque si hubiera estado *hecho trizas* no podía *pende*r.

Adelante:

«Caído hacia atrás el capuchón y colgado de la muñeca el antifaz de terciopelo, se destacaba el rostro desencajado, fatigado, *severo* (?) á fuerza de cansancio y de crispación nerviosa...»

¡Caramba, caramba, caramba!

Y todavía:

«Las sienes se hundían, la boca se sumía contraída por el tedio, las ojeras se oscurecían y ahondaban y...»

No ahondemos nosotros más, porque verdaderamente no es necesario.

Por último, Nati, «después de soltar el dominó y de *arrancarse* las joyas» (así lo dice Doña Emilia), comenzó á dudar si era ella la que había pasado *así* la noche del martes de Carnaval, si era ella «la que había escuchado, consentido y celebrado, entre el aturdimiento y la algazara de la bacanal, aquellas frases á cual más profanas y libres...»

Entonces advirtió que estaba amaneciendo, «se envolvió en una bata acolchada y con inmensa fatiga se dejó caer en un ancho diván oriental». «Por un instante creyó dormirse, pero casi al punto la despabiló una idea. Se acordó de que era miércoles de Ceniza, precisamente el día en que había muerto su madre...»

¿Cómo no se acordó antes de arreglar la escapatoria?...

Esto no crean ustedes que lo pregunto yo; lo pregunta Doña Emilia, suponiendo que se lo preguntaría á sí misma Nati.

Lo cierto es que ésta saltó del diván dando diente con diente, se vistió de negro ella solita y se marchó á la iglesia.

Bueno, cierto no es tampoco; pero es cierto que Doña Emilia lo dice.

¿Y después?...

Después Nati «divisó la iglesia, cruzó el pórtico persignándose, tomó agua bendita y se arrodilló delante del altar, donde un Sacerdote imponía la ceniza á unos cuantos fieles madrugadores...» En seguida «Nati presentó la frente» y... Doña Emilia metió la extremidad inferior por meterse en latines. Pues dice Doña Emilia que cuando Nati presentó la frente «oyó el fatídico *Memento, homo, quia pulvis eris...*»

No, señora. ¡Qué había de oír eso! Oiría *Memento, homo, quia pulvis es*, que es como dice la fórmula de la imposición de la ceniza.

Si dijera *quia pulvis eris*, no hacia falta lo que sigue: *et in pulverem reverteris*, ó sería una redundancia. Dice: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*.

Lo cual no tiene nada que ver, aunque á usted se la figure, con *Reverter*, el ex-ministro de Hacienda, no lo crea Ud., ni con el *Reverte*. Sino que es como decir: «Acuérdate, hombre, ó Emilia, que eres polvo ó tierra, no que lo *serás*, que lo *eres*, y al polvo ó á la tierra has de volver.

De modo que nada de *pulvis eris*, Doña Emilia. Eso no lo pudo oír Nati en la iglesia, porque es invención de usted exclusivamente.

Una de las muchas y gordas... *invenciones*

que á Ud. se le escapan por empeñarse en escribir de lo que no sabe.

¡Cuánto mejor hubiera sido, mi señora Doña Emilia, que antes de publicar ese cuento!... Bueno, lo mejor de todo era que no le hubiera Ud. publicado, ni le hubiera usted escrito, ¿sabe Ud.? Pero, de publicarle, ¡cuánto mejor hubiera sido que hubiera Ud. preguntado antes á alguna persona, á mí, por ejemplo, cuáles son las palabras adoptadas por la Iglesia para la imposición de la ceniza!

Así no hubiera Ud. dicho eso del *pulvis eris*.

Como tampoco hubiera Ud. llamado en otro tiempo *pena de daño* á la *pena de sentido*, y viceversa, si me lo hubiera Ud. preguntado antes.

Pero nada; prefirió Ud. tratar de congraciarse con los Académicos, y el resultado es que ni ha podido usted entrar en la Academia, ni tiene Ud. quien la evite el desbarrar ¡ay! tan á menudo.

3.^a

OTRA ESCAPATORIA

Volviendo á Doña Emilia, han de saber ustedes que cuenta en otro artículo otra escapatoria como la pasada, la escapatoria de dos niñas casaderas que se fueron á un baile de máscaras por ver si iban sus novios, y dice:

«¡Cómo *les* palpitaba el corazón!...»

No crean ustedes que es á los novios; es á las niñas. Aunque dice *les*, se refiere á las niñas, porque Doña Emilia usa esa sintaxis académica.

Sin duda para ver si los señores se ablandan y la dejan entrar en la *docta corporación*, como ella dice, porque no pierde ocasión de hacer méritos.

Pero no es constante en eso de usar la sintaxis académica, porque á lo mejor se la olvida el papel y usa la que ha oído en la conversación castellana y ha leído en los buenos autores. Como cuando dice de las niñas, más abajo, que el aya vienesa «*las* tenía frita la sangre.»

«¡Cómo *les* palpitaba el corazón á las dos

loquillas, cuando por la puerta de la verja, á espaldas del palacio (¡siempre el palacio!), salieron á pie y solas, envueltas en sus dominós de blanco encaje riquísimo, y *pisando con tiento la acera, á fin de alcanzar un simón!...*»

De modo que ¿pisando con tiento la acera es como se alcanzan los simones?

¡Qué descubrimientos hace esta Doña Emilia!...

Todo el mundo había creído hasta ahora que para *alcanzar* un simón lo que convenía era, no pisar con tiento, sino andar deprisa, y todavía mejor, echar á correr.

Pero viene la innovadora Doña Emilia y nos enseña lo contrario, á saber: que para alcanzar un simón lo mejor es pisar con tiento la acera... Y, es claro; hay que creerlo porque no se disguste.

Verdad es que añade Doña Emilia á lo de alcanzar el simón: «antes de que los pulidos zapatitos de raso se *les* manchasen...»; pero esto viene tarde, cuando el lector ha sufrido ya el mal efecto de la inversión del período.

Para bien ser, tenía que haber dicho Doña Emilia: «Pisando con tiento la acera, á fin de que no se las manchasen... etc., mientras hallaban un simón.»

Bueno. Quedábamos en que salieron «pi-

sando con tiento la acera á fin de alcanzar un simón, antes de que los pulidos zapatitos de raso se les manchasen de barro y *polvo vil.*»

¡Señora! ¿No la parecía á Ud. bastante mancha la del barro, sin necesidad de añadir también la del polvo? Si era posible que los zapatitos se mancharan de barro, ¿de dónde había de venir el *polvo vil* á mancharlos también? ¿No se la podía haber ocurrido á Ud. que donde hay barro no suele haber polvo, pues el barro es el polvo mojado?

¡Y gracias que no nos ha puesto Ud. el polvo en latín y ha vuelto Ud. á decir *pulvis eris!*...

Después nos cuenta Doña Emilia que las niñas «poseían los billetes, tenían una *doble llave de la verja.*...»

¿Y para qué la querían doble, si se puede saber?... ¿Para llevar más peso? ¿No las bastaba con que fuera sencilla?

«Poseían los billetes, tenían una doble llave de la verja encargada secretamente á un cerrajero, y los disfraces...»

Estos, bueno que fueran dobles; pero lo que es la llave... no se ve la necesidad.

«...y los disfraces, los dominós, hechos con arte de los magníficos velos de *punto á la aguja* traídos de Francia, (como la *sintaxis*

de Doña Emilia) para *lucirse* en la ceremonia nupcial.»

Mejor sería para *lucirlos*; porque ese *lucirse*, lo mismo puede referirse á las niñas que á los velos. Y mejor todavía se refiere á las niñas, aunque Ud. á los velos regularmente habrá querido que se refiera.

Á los velos *de punto á la aguja*.

Y dice Doña Emilia, tratando de explicar el caso:

«Porque Mercedes y Rosa iban á casarse *en Pascua*.»

No sería en Pascua, sino después de Pasquilla, que es cuando se abren las velaciones, cerradas *en Pascua* y en toda la semana siguiente, igual que en la Cuaresma.

Lo digo porque, si es que vivían en un palacio y se iban á poner velos de riquísimo encaje, no es de creer que se fueran á casar sin velarse al mismo tiempo. Pues la moda aquella de casarse de noche y sin misa, va quedando ya relegada á las familias de segunda ó tercera clase.

Lo que hay es que Doña Emilia, mal enterada de la mayor parte de las cosas, cree que las velaciones se abren *en Pascua*.

Volviendo al cuento, las dos hermanas Mercedes y Rosa entraron en el baile que Doña Emilia llama de la «Asociación artís-

tica», y á poco de haber entrado vieron allá á sus dos novios, aunque las habían dado palabra formal de no ir.

Y todavía no fué esto lo más grave, sino que los tales novios, sin saber quiénes eran las dos mascaritas, se dirigieron á ellas y estuvieron diciéndolas mil inconveniencias; en fin, tratando, según Doña Emilia dice, de conquistarlas.

Claro es que, tras este descubrimiento, unas niñas buenas mandan á paseo á sus novios y ya no se casan con ellos. Pero las niñas que pinta Doña Emilia no son tan escrupulosas, ni con mucho.

Por de pronto, Doña Emilia nos dice que «Rosa *hipaba*», lo cual ustedes no saben qué es, ni yo tampoco.

Ni tampoco los académicos lo saben, pues aunque ponen la palabreja en el Diccionario, dicen al definirla tantas incoherencias y la atribuyen significados tan diferentes unos de otros, que bien claramente se conoce que no saben cuál es el verdadero.

No es menester decir que Doña Emilia tampoco lo sabe. Ya lo demuestra ella. Pues, según se deduce del contexto, usa el verbo ese en el sentido de lloriquear ó de quejarse, cuando, si algo significa *hipar*, será tener hipo.

Después cuenta Doña Emilia que Mercedes echó á Rosa la siguiente plática: «Mira, Rosa, que no se enteren de nada. No hagas escena. Hasta *después...* (así subrayado lo pone Doña Emilia) no conviene que sepan ni esto. Casémonos primero, que luego... ya verán.»

¡Caracoles! ¡Qué composición de lugar!

Casémonos primero, y después... nos vengaremos...

Vale Dios que las señoritas no suelen ser así como las pinta Doña Emilia; que si fueran así todas ó la mayor parte, bueno andaría el mundo.

Por último, la sal del cuento, ó lo que Doña Emilia quiere que sea la sal, es que el día de las bodas los novios, al ver á sus novias cubiertas de encaje blanco, reconocieron en aquellos velos los dominós de encaje del baile, y se echaron á temblar...

Porque, es claro; ¿qué remedio tenían más que ser aquellos los velos del baile? ¿Cómo había de haber en el mundo otros dos velos de encaje blanco?...

Ni otros dos novios tan papanatas, tampoco podía haber; porque éstos ya los hizo Doña Emilia así intencionadamente, con las tragaderas necesarias para creer que no han venido ni podido venir de Francia en toda la

vida más velos blancos que los dos que ellos habían visto en el baile.

Lo malo para Doña Emilia es que los lectores no tienen esas mismas tragaderas.

4.^a

BRASEROS, PAN BENDITO, FUNERALES, ETC.

O no ha de escribir Doña Emilia, ó ha de errar, aun en las cosas más triviales y conocidas.

De manera que, para bien ser, se había de reformar el aforismo latino aquel que dice: *Humanum est errare*, para aplicársele más directamente á Doña Emilia, diciendo: *Emilianum est errare*.

Porque hay cosas en que ya no yerra nadie más que ella.

Y los académicos, á lo sumo.

Por cierto que parece mentira que, poseyendo Doña Emilia tan notoriamente la única condición reconocida como necesaria para entrar en la Academia, que es el dón de errar, pues de la otra condición de la residencia en Madrid ya se prescinde á cada paso; parece mentira, digo, que haya todavía difi-

cultados para meter á Doña Emilia en la indocta casa.

¡Si está entrando ella sola!...

Una señora que cree que inhibirse es... lo contrario de lo que es realmente y lo escribe así, y llama *pena de daño* á la *pena de sentido*, y viceversa, y cree que vuela la garduña y la presenta volando y aun la mide la longitud de las alas, y habla de *la densidad de la temperatura...*, y afirma que el sacerdote al imponer la ceniza dice *quia pulvis eris...* una señora que tales cosas escribe es académica por derecho propio.

Y entrará, no puede menos; entrará. Porque, además de los ya mencionados, continúa haciendo méritos todos los días.

Y no es que sea tonta Doña Emilia, no; no vayan ustedes á creer que es tonta. Al contrario: no deja de tener sus *corruscaciones intelectuales*, como diría ella de seguro si sospechara la existencia de ese verbal latino que significa relámpago. Lo que hay es que ha estudiado poco, y empeñándose en escribir de todo, escribe de muchas cosas que no sabe.

Recientemente ha escrito otro cuento titulado *Sustitución*, que no es de escapatoria como los anteriores.

Quiero decir que su argumento no consiste

en que se escape ninguna niña ni señora casada; mas no por eso vayan ustedes á creer que el verbo escapar queda ocioso en el cuento.

A Doña Emilia siempre se la escapa algo.

Cuando no es el latín, es la física, ó la *densidad de la temperatura*; cuando no es la doctrina cristiana, es la sintaxis, ó el sentido común, ó cualquier otro elemento de importancia.

«Las noches de invierno—dice Doña Emilia— nos servía de asilo la salita de la señora, donde *ardía un brasero... bien pasado.*»

¡Doña Emilia! ¡Doña Emilia!... Un brasero no suele arder nunca en la salita de una señora, porque los braseros no suelen arder más que al encenderlos, y no se suelen encender en las salas... Pero además, tratándose de un *brasero bien pasado*, ¿cómo había de arder ni en la salita ni en ninguna parte?...

Ahí tienen ustedes á una señora que no sabe lo que es *arder*, y sin embargo es *catedrática de estudios superiores de literatura* en el Ateneo.

¿Cómo serán allí los *estudios inferiores*?...

Razón tiene *Félix de Montemar* cuando se queja de la impropiedad del nombre de *estudios superiores*, aplicado á las lecturas de Doña Emilia.

En el mismo cuento donde *ardía el brasero bien pasado*, dice Doña Emilia:

«Al saber que había aparecido muerta en su cama, *fulminada* por un derrame seroso...»

— *¿Fulminada?* — preguntan los lectores *al saber* que ha escrito eso Doña Emilia.

— *Fulminada* — contesto yo; — sí, *fulminada*. Así lo dice dice Doña Emilia; y el que no esté conforme, por creer que ese verbo no se construye así ni tiene esa significación, ó por creer que eso de decir que *había muerto fulminada por un derrame seroso* viene á ser lo mismo que decir que *había muerto disparada por una escopeta*, que se lo ponga á pleito á la ilustre traductora de Melchor de Vogue, de Montalembert, de Ozanan y de otros.

Dice poco después Doña Emilia, que llegó «á una pradería donde varios gañanes trabajaban en *segar hierba y amontonarla en carros*», en lo cual tampoco dice bien; no solamente porque no es verosímil que amontonaran la hierba inmediatamente después de segada, sin dejarla secar, ó cuando menos desmostearse un poco, sino porque la hierba no se *amontona en carros*: se amontona en el suelo, cuando se amontona, y cuando se pone en los carros no se dice que se *amontona*, sino que se *carga*. Hubiera dicho Doña Emilia al hablar de la hierba «*cargarla en carros*»,

y... siempre tendría su cuento un disparate menos, aunque todavía le quedaran muchos.

Y sigue Doña Emilia *amontonando*... de esas cosas.

«Explicóme—dice—que el pradito aquel rendía todos los años más de treinta carros de hierba seca, *que se vendía como pan bendito.*»

No es verdad, Doña Emilia; eso no se lo pudieron decir á Ud., porque el pan bendito no se vende.

Y no vendiéndose ni habiéndose vendido nunca el pan bendito, es absurda la comparación, y no ha podido formarse jamás eso que Ud. cree una frase y que en efecto no lo es, sino un disparate de Ud. simplemente.

Usted, señora Doña Emilia, se conoce que ha oído cantar un gallo en un muradal, y no sabe Ud. en cuál. Es decir, que ha oído Ud. la frase *como pan bendito*, pero no se ha enterado Ud. de que no se forma con el verbo *vender*, sino con el verbo *repartir*.

»Se lo reparten como pan bendito», «se repartió como pan bendito», se dice de una cosa divisible y muy solicitada.

Y se dice así, porque *el pan bendito*, que es una de las nueve cosas por las que se perdona el pecado venial, el pan que bendice el párroco los domingos al ofertorio de la misa

mayor, que también se llama *caridad*, se reparte entre los feligreses, dividiéndolo en trozos muy pequeños, á fin de que haya para todos.

¡Siempre tan atrasada esta Doña Emilia en las cosas de piedad y de religión!...

Y luego, es claro: soltar disparatones como ese de que la hierba «se vendía como el pan bendito», que precisamente no se vende.

Todavía en el mismo cuento del *pan bendito*, que Doña Emilia quiere que se venda como la hierba, después de llamar por dos veces *vidrios* á los anteojos, en lo cual sigue su manía de llamar *vidrios* á todas las cosas, pues también recuerdo que refiriendo un viaje á Tordesillas dice que pidió á una mesonera *un vidrio de agua*, por decir un vaso, todavía vuelve á errar Doña Emilia en cosas sencillísimas y tocantes á la religión, pues confunde el funeral con el entierro.

Aparece muerta en la cama una señora, *fulminada por un derrame seroso*, como dice Doña Emilia: va inmediatamente el protagonista del cuento á poner la triste noticia en conocimiento de un hermano de aquélla, y cuenta Doña Emilia que le dice:

—«¿No vendrá Ud. al *funeral*?»

Señora, eso no se llama el *funeral*; se llama el *entierro*.

Funeral se llama la función religiosa compuesta de oficio de difuntos y misa de *requiem*, que se celebra después de enterrado el cadáver, á los ocho ó nueve días en algunas partes, en otras al día siguiente. Y *entierro*... pues ello lo mismo lo está diciendo: el acto de enterrar el cadáver.

Para lo que el protagonista invita al hermano de la difunta es para el entierro, y... las cosas se deben llamar por sus nombres.

¿Qué trabajo cuesta?...

Digo, á Ud. sí la costará trabajo, porque no suele saber los nombres de las cosas; pero, en aprendiéndolos, el mismo trabajo cuesta decirlos bien que decirlos mal.

Y el mismo tiempo se tarda en lo uno que en lo otro.

IX

Literatura hispano-americana.

Con este titulo ha salido á luz en Madrid un libro, cuyo autor, según se lee en la portada, es «el P. Manuel Poncelis, de la Compañía de Jesús».

¿Quién será el P. Manuel Poncelis?... ¿Será de verdad un padre jesuíta?... ¿Será algún mal intencionado que con esa P. y esa indicación subnominal trate de hacer á la Compañía un flaco servicio?...

Me asaltaron estas dudas conforme iba leyendo las primeras páginas, porque el libro, hablando sin rodeos y sin eufemismos, es malo.

En otro libro peor, pues á todo hay quien gane, escrito para hacer daño á la Compañía de Jesús ¹ por un ex-jesuíta despechado y

¹ *Los jesuitas por dentro.* Ha sido prohibido por la Congregación del Índice.

académico (dos cualidades de las que cualquiera por sí sola bastaba para que no saliera bueno el libro), se leen al comenzar un capítulo estas palabras:

«Es opinión firme y asentada de algunos, que en la Compañía anda todo á las mil maravillas... Todo lo que nace bajo su influencia é inspiración nace bajo la estrella del acierto. Esto es lo que piensan algunas gentes.»

De esas gentes soy yo.

Lo fuí desde muchacho y lo soy todavía, sin ánimo de cambiar de opinión mientras no haya en contra de la expresada más argumentos que la publicación del libro del P. Manuel Poncelis, porque, como se suele decir, una errada... no es caldera.

Y en cuanto á los apasionamientos y los sofismas del otro libro, de los cuales ya su autor se ha laudablemente retractado, tampoco han podido disminuir mi veneración á la Compañía en lo más mínimo.

El caso es que al leer este libro de *Literatura hispano-americana* recordaba yo haber oído á un sabio jesuíta con quien me unió desde mi juventud hasta su partida de este mundo un cariño cuasi filial ó cuasi fraterno, pues no acertaría ahora á decir cuál de los dos caracteres predominaba en aquella

amistad verdadera; recordaba haber oído al R. P. Antonio Cabré, mi inolvidable amigo, ponderar las muchas probabilidades, la casi seguridad que había de que los libros de los jesuítas fuesen buenos, por las numerosas precauciones que la Compañía tomaba para que no pudieran ser malos, ó dígase por los muchos requisitos que había necesidad de llenar antes de darlos á la imprenta.

Parecíame haberle oído que lo primero que necesitaba un jesuíta que hubiera de publicar una obra era licencia del Superior para comenzar á escribirla, autorización del Rector de la casa para emplear el tiempo en escribir y no en otros ministerios. Después de escrita la obra, necesitaba para imprimirla, á más de la licencia del Ordinario, que todo fiel cristiano há menester, la licencia del Reverendo P. Provincial, que no se concedía sino después de examinado el manuscrito por algún padre muy competente en la materia de que tratara... No sé si decía que en algunos casos se necesitaba también licencia del General...

Y me preguntaba yo según iba leyendo: ¿Cómo se han podido conceder á este P. Poncelis todas aquellas licencias? ¿Qué Rector pudo autorizarle para ponerse á escribir de literatura en lugar de enviarle á la clase de

Retórica á perfeccionarse en el castellano?...
 ¿Qué Provincial ha podido conceder licencia para imprimir estas 200 páginas de frivolidades y de equivocaciones?...

Porque la verdad es que apenas se puede hallar otra cosa en el libro.

El autor, que, según me informan, es americano, lo cual explica, aunque no disculpa el contenido de la obra, que ha sido escrita en la República Argentina, por más que haya sido impresa en Madrid, comienza forzando la nota de la patriotería ya en la introducción, donde dice que en América ha habido «*ingenios de primer orden* que, dedicados al cultivo de nuestra literatura, *la han hermo-seado y ennoblecido con notables producciones*», sin caer en la cuenta de que con producciones *notables* (generalmente por lo malas) no es fácil ennoblecer ni hermo-sear una literatura donde hay tantas producciones sobresalientes.

Mas, como si lo dicho fuera poco, aun cuando era ya demasiado, añade:

«Los hubo (*ingenios de primer orden*) en la época colonial, y los hay asimismo y no menos notables (*no-menos no*), en la que podemos llamar contemporánea.»

Pase lo de la época colonial, aunque bien se podría contradecir; porque si, como dice

el refrán, una golondrina no hace verano, tampoco una Sor Juana Inés de la Cruz hace que sea aquella afirmación indiscutible.

Pero lo que de ningún modo puede pasar es lo referente á la época contemporánea, porque en ella los ingenios americanos, en sus relaciones, casi siempre ilícitas, con nuestra literatura, lejos de hermosarla y ennoblecirla, apenas han hecho más que envilecerla y afearla.

Tratando de probar sus afirmaciones, dice el P. Poncelis, con respecto á la primera época, que «no dejaron de brillar, especialmente en las *familias religiosas*, las ciencias y las letras», y que «en los claustros se enseñaba la filosofía y la teología, y se dieron á luz libros admirables de mística y ascética, se cultivó la *historia civil*, política y religiosa, y hasta la natural...» Sí, es cierto; pero todo eso lo hacían los españoles que habían ido á América á predicarla el Evangelio y á civilizarla. ¿Qué tienen que ver en aquellas enseñanzas, ni con aquellos libros, los *ingenios americanos*?...

Y añade el P. Manuel Poncelis:

«Como de ello dan testimonio, *aunque no adecuado*, las *publicaciones* hechas por la prensa de aquellos tiempos, y más aún las *inéditas*, que en nuestros días hombres inte-

ligentes y laboriosos han ido á buscar en el fondo de los archivos...»

El P. Manuel Poncelis puede seguir creyendo que hay *publicaciones inéditas* como claramente lo da á entender en el párrafo copiado, por no conocer bien el idioma en que escribe ni el valor de las palabras *inédito* y *publicación*; pero no puede sacar de las obras científicas ó literarias de los españoles que cristianizaron á América un argumento en favor de su tesis de que América ha producido ingenios de primer orden.

El, sin embargo, continúa en su empeño y dice:

«Los trabajos *tan notables* (¡qué afición tiene el Padre á este adjetivo!) que nos dejaron los misioneros sobre las lenguas de los indígenas, y los estudios de geografía y astronomía con las notas y descripciones topográficas, hidrográficas y orográficas, utilizadas después por los hombres de ciencia, nos ponen de manifiesto la actividad de aquellos espíritus y su amor al *progreso*.»

Pase la palabra, aunque fea, y particularmente impropia en boca de un jesuita, que debe saber de memoria el *Syllabus*. Lo que no puede pasar es el argumento.

Porque los misioneros que nos dejaron trabajos notables y aun excelentes sobre las

lenguas de los indígenas, no eran americanos, sino españoles; y los que hicieron estudios de geografía y astronomía con noticias y descripciones topográficas, hidrográficas y orográficas, como por ejemplo, el Padre dominico Fray Jacinto de Carvajal, que escribió la relación del descubrimiento del río Apure, publicada recientemente en León y consultada poco antes para resolver una cuestión de límites entre Colombia y Venezuela, también eran españoles y no americanos.

Y aquí de la famosa cuarteta de las cajas de cerillas:

«Si se envenena un amante
Por haber perdido el seso,
¿Qué tienen que ver con eso
Los fósforos de Cascante?»

Es decir, ¿qué tienen que ver con esos trabajos excelentes, ni con esos estudios en gran manera dignos de estimación, ni con la actividad de los espíritus de sus autores, los *ingenios* americanos?

Á pesar de eso, el P. Poncelis sigue confundiendo las cosas, y con el afán de demostrar sus exageraciones, dice en otro párrafo:

«Dios, la naturaleza, el amor y la familia tuvieron en uno y otro hemisferio cantores y narradores, si no perfectos en la forma, dul-

ces é inspirados en el fondo, y, ¡cosa rara! (¿á ver? ¿á ver?) frutos del Nuevo Mundo han sido los tres mejores poemas épicos con que se honra nuestra lengua: *El Bernardo*, *La Araucana* y *La Cristiada*.»

¡Qué manera de discurrir!

D. Alonso de Ercilla paso á América, siendo ya hombre, á conquistar aquellas regiones incultas para la corona de España y aquellas tribus salvajes para la fe de Cristo; fué, como otros muchísimos españoles, á derramar su sangre generosa por extender la civilización cristiana. Peleando á este fin contra los salvajes araucanos, compuso, más bien que un poema épico, pues no me parece que tiene *La Araucana* condiciones de tal, un poema heroico, una historia en verso de las mismas hazañas que con sus compañeros iba realizando. Si á esta obra literaria de un español, de un soldado de la conquista, se la puede llamar fruto de América, también se podrá llamar al Santo Evangelio fruto de la obstinación judaica.

El dominico sevillano Fray Diego de Ojeda fué al Nuevo Mundo, á fines del siglo xvi, á continuar la obra civilizadora, siendo ya fraile y fraile de valer, por cuanto se le encargó de regir en Lima los estudios de la Orden. Allí compuso un poema, no sobre ningún asunto

americano, sino sobre la Sagrada Pasión y Muerte de Cristo, como le podía haber compuesto en Sevilla, donde acaso lo comenzara realmente. ¿Qué razón hay para llamar á *La Cristiada* de Fray Diego de Ojeda fruto del Nuevo Mundo?

El ilustre Obispo de Puerto Rico D. Bernardo de Valbuena, español como los anteriores, nacido en Valdepeñas y oriundo de la montaña de León, fué á Méjico siendo todavía joven; allí concluyó sus estudios en un colegio español y con maestros españoles, por supuesto, y allí compuso, no sobre asunto americano, sino sobre asunto español, sobre asunto leonés, su poema *El Bernardo*, que perfeccionó luego acá en la Península, y después en Jamaica y en Puerto Rico, según él mismo declara, y que mandó imprimir en Madrid en 1624. ¿Qué razón hay para llamar á este poema fruto del Nuevo Mundo, que ni le inspiró, ni le prestó argumento, ni contribuyó en manera alguna á su creación, ni fué patria de su autor, sino sólo temporal residencia?...

Pero lo gracioso es que de este argumento sofisticado para probar la existencia de ingenios americanos, de primer orden, también, puede decir el P. Poncelis aquello del refrán: «Aunque tuerto, no es nuestro.» Porque, en

efecto, no es suyo, sino de Marcelino Menéndez y Pelayo, que había dicho antes esa misma simpleza, entre otras muchas, en uno de los prólogos de su *Antología americana*.

Inmediatamente después de repetir el descubrimiento de Marcelino, de que «son frutos del Nuevo Mundo» los tres citados poemas, añade el P. Poncelis esto que sigue:

«En vista de lo cual podemos decir que, si no todas las materias, muchas de ellas *debieron enseñarse* en las Universidades, colegios y escuelas establecidas en las diversas colonias...»

Es encantadora la dialéctica de este Padre Poncelis. *En vista de lo cual*, es decir, en vista de que «frutos del Nuevo Mundo han sido los tres mejores poemas épicos con que se honra nuestra lengua», «podemos decir que, si no todas las materias, muchas de ellas *debieron enseñarse* en las Universidades...» También al P. Poncelis debieron enseñarle lógica en la Compañía y se la enseñaron de fijo; mas, por lo visto, no debió de aprenderla, puesto que escribe como si nunca hubiera oído hablar de ella en su vida.

Por eso añade inmediatamente:

«Y algo habían de participar de los conocimientos de tan insignes varones los que vivían en estas tierras, á no ser que les cargue-

mos con el sambenito (¿á quién?) de haber hecho patrimonio exclusivo suyo las ciencias y las letras, con detrimento de los pueblos, *como se culpa á los sacerdotes de los egipcios.*»

A pesar de este rasgo final de erudición, el párrafo no puede ser más malo.

Porque, comenzando por lo bajero, «como se culpa á los sacerdotes de los egipcios» parece que es «con detrimento de los pueblos»; y luego no se sabe de qué se les culpa, aunque se adivine.

Un poco más arriba queda aquello de «á no ser que les carguemos con el sambenito», lo cual parece referirse, y gramaticalmente se refiere, á los indigenas, á los que vivían en aquellas tierras, que son los que inmediatamente antes figuran en la oración, mientras que la intención del autor es referirlo á los otros, á los insignes varones que habían ido de España.

Y, por último, la consecuencia principal tampoco sale; pues aun cuando, «*en vista de haber sido frutos del Nuevo Mundo los tres mejores poemas épicos*», pudiéramos «decir que, si no todas las materias, muchas de ellas *debieron enseñarse (debieron de es ahí)* en las Universidades, *colegios* y escuelas *establecidas en las colonias*» (¿colegios establecidas?), y aun deduciendo de aquí que «*algo*

habían de participar de los conocimientos de tan insignes varones los que vivían en aquellas tierras», con todo, de participar algo de los conocimientos ajenos á ser ingenio de primer orden, hay un poco de diferencia.

De manera que, todo cuanto ha dicho hasta aquí el P. Poncelis, resulta inútil para su objeto.

En seguida copia el P. Poncelis, con verdadera satisfacción, según dice, «algunas líneas de un opúsculo de D. Calixto Oyuela, que con el título de *Apuntes de literatura*, anda en manos de los *jóvenes estudiantes*», donde parece que el que anda en manos de los *jóvenes estudiantes* (así en casi francés) es D. Calixto Oyuela, y no su opúsculo.

«Mucho—dice Oyuela—se ha declamado y se declama todavía contra España, su régimen colonial y el estado de atraso intelectual en que mantuvo sus posesiones de América; pero, *sin negar parte de la verdad que puedan contener tan insistentes acusaciones...*»

¡Claro! Porque se ha declamado mucho contra España, se anima también el señor Oyuela, que es un mal poeta argentino, á tirarla su piedra ó su declamación correspondiente, y copia ó repite la pedrada *con verdadera satisfacción* el P. Poncelis, ambos aparentando defender á España, pero haciendo

de ella en realidad una defensa bastante parecida á la que hizo Pilatos de Nuestro Señor Jesucristo.

Aunque algo inferior; porque Pilatos siquiera dijo francamente que no encontraba culpa en el Divino acusado, *ego non invenio in eo causam*; mientras que estos otros pilatuelos *no niegan la parte de verdad que pueda haber en las acusaciones* contra España.

O no niegan *parte de la verdad*, que es como dice el Sr. Oyuela, porque le sucede lo mismo que á su paisano el P. Poncelis, es decir, que ni uno ni otro saben el castellano bastante bien para poder decir lo que quieren y no lo contrario.

Al fin, aunque *sin negar parte de la verdad* (¿y negando otra parte?) *que puedan contener*, el Sr. Oyuela y el P. Poncelis dicen que «no se puede *hacer coro* DE TODO PUNTO á esas *sistemáticas acusaciones*», y tratan de atenuarlas un poco.

Pero, ¿saben ustedes por qué?... Por sacar á salvo el prestigio de los «*estadistas y hombres de letras insignes* (¿las letras?) *que surgieron con la guerra de la independencia.*»

Porque, naturalmente, si se pondera mucho el atraso en que España tenía sus colonias, se hace muy duro de creer que los primeros revolucionarios, educados en aquellas

colonias, fueran tan estadistas y tan sabihondos como hoy quieren pintarlos.

De manera que únicamente la vanidad americana de Oyuela y del P. Poncelis es lo que les impide *hacer coro de todo punto* á las acusaciones estúpidas de sus hermanos contra la nación caritativa y generosa que les lavó la cara y el alma, les quitó las plumas y el taparrabos y les vistió de personas decentes.

«Bello florón», nada menos que «bello florón» llama el P. Poncelis á la literatura americana contemporánea; «*bello florón* que da nuevo brillo y realce á la lengua de la madre patria»...

Quien haya leído los tres tomos de *Ripios ultramarinos* que llevo publicados, ya sabe al poco más ó menos qué brillo y qué realce puede dar á la lengua de la madre patria esa literatura que alaba el P. Poncelis: el mismo realce y el mismo brillo que dan á un rostro hermoso los granos de sarampión ó de viruela.

Añade el P. Poncelis que «aunque *suele decirse* que los escritores americanos no igualan á los peninsulares en la pureza del lenguaje, robustez del verso y algunas otras perfecciones de forma, resaltan no obstante en sus obras *otras cualidades no menos excelentes.*»

No sé qué cualidades serán, como no sea la lujuria; que esa sí, *resalta* en toda la moderna literatura americana.

Yo, que he leído mucho de ella, no he podido encontrar ninguna otra cualidad saliente.

Después de citar á Menéndez y Pelayo, y otra vez á Oyuela, y decir que en Colombia hay críticos *de primer orden* (¡dale con el primer orden!), concluye el P. Poncelis la introducción de su librejo con la amenaza de hacer otro mayor, contenida en estas palabras:

«Más bien que estudio hacemos *por ahora* una reseña de los principales escritores y sus tendencias literarias, para que los jóvenes tengan algún conocimiento del desarrollo de la literatura en América.»

¡Ay P. Poncelis! Lo mejor que Ud. puede hacer es no escribir más, ni por ahora ni más adelante.

Digo, todavía creo que puede Ud. hacer algo mejor: recoger y quemar lo escrito, y dejar en paz á los jóvenes. Los cuales, á su vez, lo mejor que pueden hacer es no leer nada de lo que Ud. escriba, si se empeña en seguir escribiendo.

El mismo asunto.

Para rectificar todas las exageraciones y todos los conceptos equivocados del P. Poncelis en su *Literatura Hispano-Americana*, cuya introducción queda examinada en el artículo anterior, era necesario escribir otro libro mayor que el suyo; porque está éste tan aprovechado en lo de errar, que apenas hay palabra en él que no merezca correctivo.

No quiero yo hacer tanto; no quiero dar á ciertas cosas demasiada importancia; por eso me voy á limitar, después de lo dicho, á señalar brevemente las equivocaciones de más bulto.

Hablando de Méjico, llama el P. Poncelis á un ilustrísimo señor Munguía *el Balmes mejicano*. ¡A cualquier cosa llamarán allí Balmes!

Yo no sé nada del Sr. Munguía; pero me figuro que sería un Balmes algo rebajado,

porque en el mismo párrafo en que se lo llama el P. Poncelis, llama *insignes filólogos* á tres señores apellidados Bascoso, Pimentel y Peña, que es como si acá se lo llamáramos á Comelerán, á Balaguer y á Cánovas; y llama eminente literato á un Sr. Roa Bárcena, crítico sin criterio y poeta sin numen, á quien yo calificué hace ya años de vice-Cañete.

«Primera flor del Parnaso mejicano, podemos llamar al P. Manuel M. Navarrete, franciscano», dice el P. Poncelis más adelante.

Bueno. *Primera flor...* Y ahora verán ustedes cómo es la *primera flor del Parnaso mejicano*.

Después de decirnos que el P. Navarrete publicó sus primeras poesías en el *Diario*, de Méjico, en 1805, y que, muerto él, un hermano suyo dió á luz en 1809, con el título de *Entretenimientos poéticos*, las composiciones que pudo encontrar entre los amigos y conocidos, porque el P. Navarrete, poco antes de morir, echó al fuego todas las que tenía en su poder (en lo cual hizo perfectamente), nos dice el P. Poncelis que «la musa del P. Navarrete, *inspirada en el prosaísmo del siglo pasado*, no se elevó sino en algunas estrofas», y que «sus poesías tienen *no poco desaliño y hasta faltas gramaticales...*»

¡Vamos!... Cuando el P. Poncelis conoce y

confiesa todo esto, figúrense ustedes cómo será la primera flor del Parnaso mejicano. Tal y tan hermosa, que hay para repetir la conocida frase: «Si esa es la flor, me... río de la primavera.»

Continúa el P. Poncelis tratando de la literatura de Méjico, y comienza de esta manera otro párrafo:

«Con ocasión de la *guerra de la independencia mejicana*...»

No parece justo llamarla así. Así se ha llamado y se llama la lucha heroica que, al comenzar la presente centuria, sostuvo España, nación independiente desde muchos siglos, contra la invasión napoleónica, injusta é ilegítima á todas luces. ¿Qué parentesco tiene con aquella guerra necesaria, noble y gloriosa, la insurrección de hijos rebeldes y desagradecidos contra la autoridad de su madre?...

No se deben confundir las cosas.

Empeñado el P. Poncelis en glorificar todo lo de América, á los versistas más desventurados, como los mejicanos Castillo y Quintana-Roo, los llama por lo menos *poetas notables*; y á los que le parecen algo mejores, aunque todavía sean bastante malos y aun de sobra, como D. Manuel Carpio y D. Joaquín Pesado (que ¡vaya si lo era!) no les deja

ni un punto más abajo de *poetas notabilísimos*.

De uno de ellos dice que es brillante en las descripciones y pródigo de imágenes deslumbradoras, y que con admiración y gusto se leen sus composiciones *La cena de Baltasar*, *El paso del mar Rojo* y... Pero digan ustedes que no; que no hay quien las lea, no siendo en penitencia satisfactoria.

Del otro, del Sr. Pesado, dice que es más sobrio y de inspiración *más profunda*, y que «ha hecho versiones *magníficas* de los salmos y del *Cantar de los cantares* en forma dramática y variada de metros, *cuyas* relevantes bellezas (¿de los metros?) dan á conocer...» etcétera, etc., todo para venir á confesar más adelante que «sus poesías morales y filosóficas son *algo monótonas* (¡es claro, *pesadas*, lo que yo he dicho!) pero sin que por eso dejen de ser poéticas *en sumo grado*».

¡*Algo monótonas*, sin que por eso dejen de ser poéticas *en sumo grado!*...

¿Qué idea tendrá el autor de lo que es el sumo grado de la poesía?

«Comparando—dice después—el atildamiento y *corrección de las formas de estos escritores* y el espíritu tan respetuoso y cristiano de sus composiciones, con el desaliño y desorden de muchos poetas de aquella época, se

ve que la influencia de los primeros, no sólo fué literaria, sino también social y religiosa.»

¡Qué se ha de ver eso, hombre de Dios!...

Lo que se verá, si acaso, es la falta de influencia, y además la falta de lógica y de sín-déresis con que Ud. escribe.

¿De dónde saca Ud. que comparando el atildamiento y la corrección de las formas de unos escritores, aunque no se trate de la corrección de las formas de los escritores precisamente, como Ud. da á entender, sino de las de sus escritos, de dónde saca Ud. que, comparando su atildamiento y su corrección de formas con el desaliño y el desorden de otros, se vea que la influencia de los primeros no solamente fué literaria, sino social y religiosa?...

¿Dónde ve Ud. esa influencia del atildamiento y corrección de los unos? ¿Acaso en en el desaliño y desorden de los otros?... ¡Pues vaya una manera de influir!...

Al contrario: lo que se ve, si es que á través de los logogrifos de Ud. se puede ver algo, lo que se ve es que los primeros no ejercieron influencia ninguna.

«Con todo, ha sido tildada — dice el Padre Poncelis — por algunos esta dirección de *culta y académica*; mas no ha sido obstáculo

para que *ingenios eminentes se arredraran de seguir tan luminosas huellas...*»

Y ya tenemos aquí un lío, en el cual no se sabe si la dirección culta y académica, ó el tildarla de tal, *no ha sido obstáculo* para que los ingenios eminentes siguieran, ó para que se arredraran y no siguieran... Es decir, que no se sabe si los ingenios eminentes siguieron ó no siguieron las huellas luminosas.

«Vamos á nombrar — continúa — solamente tres, cada uno de los cuales sería honra de cualquier literatura.»

¡Atiza!...

Y luego resulta que los tres son un señor Arango y Escandón, «*poeta de exquisito y de acendrado gusto*», por supuesto; un señor Segura «*eminente filólogo*, según lo acreditan sus muchas poesías (?) originales y traducciones», y «D. Ignacio Montes de Oca», ó sea *Ipando Acaico*, el ripioso autor de los *Ocios poéticos*, el traductor de los idilios de Teócrito, de Bion y de Mosco, con sus crudas obscenidades y con aquel verso asqueroso en que se apostrofa al macho cabrío diciéndole:

«¡Oh de las cabras cándidas marido!»

Tan desorientado anda el P. Poncelis, que, ponderando á D. José Peón y Contreras co-

mo poeta dramático, dice de él, en són de elogio, que «pertenece á la escuela de Eche-garay».

¡Pero, hombre!... ¡Si eso no es escuela!...

De serlo sería escuela de perdición, racionalista, deísta, anticristiana... Pero no es escuela siquiera. Es el cultivo no metodizado del despropósito: el cultivo del desatino á la que salta, sin más elemento de unidad ni de semejanza de unas obras con otras que el éxito feliz, constantemente procurado y conseguido por la secta masónica...

¡Y á eso llama escuela respetuosamente un jusuíta!...

Del progresista empedernido Guillermo Prieto, que tampoco sabe el castellano y que como versista es un mamarracho bastante parecido á nuestro Carulla, dice el P. Poncelis que «tampoco puede negársele el numen de *verdadero poeta*».

De un médico oscuro, llamado Hajar y Haro, dice que «*se parece mucho al español Zorrilla*».

¡Qué atrocidad, Dios mío!

Del general Riva Palacio, bastante conocido entre nosotros, especialmente como libre-pensador y mal escritor, después de llamarle militar valiente y hombre de Estado, lo cual es por lo menos una impertinencia, dice que

tiene «un idilio lleno de encanto y dulce inspiración».

Y, por último, de Altamarino, versista pedestre, y masón de los peores, dice que «*la Providencia reunió en él singulares aptitudes*», y elogia sus poesías diciendo que en ellas «*palpita la ardiente voluptuosidad de la naturaleza americana*»...

¡Usted alabando la voluptuosidad!... Vamos, P. Poncelis, que eso ya me parece que es demasiado...

Hablando de Cuba, dice el P. Poncelis que «la belleza tropical de aquel suelo parece desarrollar de un modo *precoz* los ingenios para la poesía, llamando en todas partes la atención el número de poetas y la facilidad de hacer versos, *si bien la abundancia no ha correspondido al mérito*»... Quiere decir que el mérito no ha correspondido al número; pero lo dice al revés, como suele decir casi todas las cosas por no saber castellano.

Y luego, después de prodigar elogios á todo perro y gato, no se atreve á llamar primer poeta entre los americanos á Heredia, que no sólo es el primero, sino casi único.

De él dice el P. Poncelis que «sería el primer poeta de aquel continente, si en sus numerosas poesías se *hubiese esmerado* como en la dedicada al Niágara».

¡Como si el ser poeta consistiera en esmerarse!

Yo no sé si el P. Poncelis tendrá mucho esmero. Lo que sé es que tiene poca sintaxis. De esto estoy seguro.

Y ahí va otra prueba:

«Su entonación es robustísima, sublimes y majestuosas las pinturas que hace de la naturaleza y cuya contemplación y estudio se eleva, como cristiano, al autor de todas las maravillas.»

¿Quién se eleva? ¿La contemplación y el estudio? ¿O es el hombre el que se eleva por medio de la contemplación? No se sabe...

Al llegar á Colombia suelta á chorro las alabanzas. Llama á una monja de Tunja la *Teresa granadina*, porque dice que fué muy parecida «á nuestra doctora castellana», á la que se parecería regularmente lo mismo que el P. Poncelis al Padre Mariana.

De otro colombiano mal poeta, llamado José Joaquín Ortiz, dice que «si en verso fué el *Quintana católico*, también en *prosa* ha sido el Balmes»; con lo cual vamos teniendo ya por lo menos dos Balmes falsificados.

No sé lo *Balmes* que sería el Sr. Ortiz en *prosa*, siendo de advertir que tampoco el Balmes verdadero fué gran prosista; pero lo que es los versos los hacía este *Quintana ca-*

tólico tan malos por lo menos como el Quintana anticatólico, que es bastate decir. No hay más que empezar á leer su oda *Al Tequendama*, que es la de más pretensiones, para encontrarse con estos dos versos insufribles:

«Oir ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama! ansié sentarme...»

¡Oir ansié tu true... ansié sen...!

Quien después de mucho trabajar en una composición no acierta á hacer mejores los dos primeros versos, no puede ser poeta.

«Eminente y desgraciado sabio» llama á D. Francisco José de Caldas, y añade: «cuya sensible muerte pesa sobre el *atarantado* jefe español que le mandó ejecutar»... Y que hizo en ello perfectamente, sin que deba apenarle aquel peso ni tampoco la sensiblería del Padre Poncelis, que es aquí el verdadero *atarantado*.

¿En cuál guerra no se ha hecho lo mismo?

¿Quería el P. Poncelis que los jefes españoles, en lugar de fusilar á los conspiradores, les dieran dulces...?

¡Ah, P. Poncelis! Crea Ud. que lo que pesa verdaderamente sobre muchos jefes españoles de aquella época, si no atarantados, pobres hombres, no es el haber hecho ejecutar

á algún revolucionario que otro, sino precisamente lo contrario: el no haber hecho ejecutar á todos los danzantes que, fingiéndose hijos sumisos de España, conspiraban contra ella traidoramente.

Después de alabar una oda, de uno de los muchos Caros de Colombia, todos malos poetas, titulada *La libertad y el socialismo*, y un poema nacional titulado *Memoria sobre el cultivo del maíz* (!!!), de un Sr. Gutiérrez ó González, ó las dos cosas; después de llamar *inspirado poeta* á un tal Samper, y *dulce* á un tal Santiago Pérez, y *magnífico descriptor* á... otro cualquiera, y *bien nacida* á la musa ríspida del último de los Caros, el de la oda *Á la estatua del libertador*, y después de llamar á un Sr. Sanz el «*Licurgo de Venezuela*», llega el P. Poncelis á D. Andrés Bello y, no sabiendo ya qué decir de él, le llama «*gloria de la literatura castellana*», queriendo autorizar su opinión con el testimonio de nuestro Cánovas, que parece que ha dicho: «Bello es de los mayores maestros de la lengua y estilo que podemos señalar en la antigua y moderna literatura»...

Dijolo Blas...

Pero ni siquiera supo decirlo bien, pues parece que lo que *podemos señalar* no son los maestros, sino el estilo y la lengua.

¡Valiente autoridad, para dar patentes de maestro en lengua y estilo, la de quien nunca supo expresar con claridad en esa lengua su pensamiento!

Como poeta, dice el P. Poncelis que «Bello será siempre digno de estudio y de imitación»; pero no hay que hacerle caso, porque la verdad es que Bello no fué poeta, sino un versificador pesado, ripioso y oscuro hasta lo insufrible.

Su *anacreóntica* al *Anauco* no se entiende apenas; su traducción de la oda de Horacio, *O navis*, poco más ó menos.

En ésta nos pinta al sol metido por la noche en una alcoba, como un huésped de á dos pesetas, pues dice, hablando con la nave:

«Que tu nombre famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba...»

En la silva *A la Agricultura en la Zona tórrida*, para poner consonante á la *yuca* no ha tenido inconveniente en presentarnos á la patata educando á sus crías. Véase el caso, que tiene chiste:

«Para tus hijos la *procera* palma
Su *vario feudo* cría,
Y el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la *yuca*,
Sus rubias pomas la patata *educa*.»

Disparate que no puede tener más explicación que la fuerza del consonante y la ignorancia de lo que significa el verbo *educar*, el cual ni en su sentido usual puede emplearse así, ni tampoco en su sentido etimológico, pues precisamente la patata no saca á luz sus tubérculos, sino que los entierra.

¡Mire Ud. que presentarnos á la patata educando á sus patatinas pequeñas!...

A D. Rafael María Baralt, el académico que tuvo la desgraciada ocurrencia de componer un *Diccionario de Galicismos* sin conocer bien la construcción castellana, de donde resultó que figuran como galicismos en el tal Diccionario los giros más castizos de nuestro idioma; á D. Rafael María Baralt, que además fué uno de los versistas más prosaicos y más pedestres, le llama el P. Poncelis «*poeta dulce y armonioso y elevado y científico*».

¡Buenas y gordas!...

Ahí están los sonetos del Sr. Baralt clamando contra la injusticia del P. Poncelis desde las colecciones de la *Ilustración Española y Americana*.

«Poeta melancólico, pero *delicioso y dulce*», llama el P. Poncelis á Abigail Lozano, que es más malo que arrancado, como suele decirse.

Parecidos elogios hace de Calcaño, más

prosaico todavía que Lozano; y de otro escritor llamado Morales, y de otro llamado Pérez Bonalde, que dice que escribió nueve poemas al Niágara; vamos, casi otra catarata... de poemas.

De Olmedo dice el Padre Poncelis que «se le ha dado el título de *hombre ilustre* por sus virtudes cívicas».

Entre las cuales, sin duda, se contará el conspirar contra España al mismo tiempo que escribía versos adulatorios á sus Reyes.

Y añade el P. Poncelis: «Nosotros agregaremos el de *poeta insigne*, por sus *bien pensadas* producciones».

Eso sí; bien pensadas sí pudieron ser, porque se solía tomar bastante tiempo para componerlas.

Pero como no era poeta, ni insigne, ni siquiera regular, no le salían poesías sus producciones, ni aun después de haberlas pensado mucho.

Sobre medio año parece que estuvo construyendo de primera mano su *Canto á Bolívar*; y habiéndole consultado luego con el héroe, por sus consejos y observaciones continuó durante largo tiempo haciendo reformas en él y recortándole y remendándole.

¡Ay! Y así y todo resultó el dichoso *Canto á Bolívar* lata inaguantable, sin inspiración

ni espontaneidad, ni sentimiento, ni nada por donde parezca poesía, como no sea por haberle puesto en verso trabajoso y malo, después de haberle armado primero en prosa, como hacía con sus odas nuestro Quintana y como hacen casi todos los *poetas* que no son *poetas*.

Comienza el famoso *Canto* de Olmedo con los siguientes versos detestables:

«*El trueno horrendo que en fragor revienta*
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera
Al Dios anuncia que en el Cielo impera;
Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre...»

¿Qué armonías y qué dulzuras habrá allá por en medio del interminable y soporífero *canto*, cuando el principio es así?... ¿Qué tendrá de poeta quien después de mucho clavetear y limar y machacar en su obra, no acertó á darla mejor encabezamiento que ese montón de ásperas majaderías que dejo copiadas?...

«*El trueno horrendo...*» Al primer tapón... dos palabras asonantes. «*Que en fragor revienta...*» Aliteración imposible de pronunciar.

Y luego, como si no fuera bastante para

asustar á la gente el *fragor* en que *revienta* el *trueno horrendo*, añade todavía el grandísimo cursi aquello de «y sordo retumbando...»

Todo hueco.

Después viene la *inflamada esfera*, final del verso tercero, asonante de *revienta*, final del primero, y luego, al final del cuarto, el verbo *impera*, bajo y pobre para aplicado á Dios del Cielo. Y, por último, viene el *rompe y ahuyenta, yau yen...* que acusa una falta radical de oído y de temperamento poético. Es imposible hacer media docena de versos más malos.

Después de leerlos y de tropezar á cada paso en el canto con otros iguales, no se puede leer sin cierto movimiento de repulsión lo que el P. Poncelis dice de Olmedo, en colaboración con nuestro Marcelino Menéndez, á saber: «que Olmedo tuvo la grandilocuencia poética, la continua efervescencia pindárica, el arte de las imágenes espléndidas...»

¡Válganos Dios! ¡La grandilocuencia poética! y no acertó á comenzar su obra más esmerada sino con aquellas vulgaridades cursis y duras y viejas del *trueno horrendo* que en *fragor revienta* y *sordo retumbando...* ¡La continua efervescencia pindárica! y *confeccionó* su canto fría y reposadamente con retazos

traducidos de Horacio y retazos imitados de Quintana y de Martínez de la Rosa... y le recortó cuando al *libertador* le pareció largo, como un sastre recorta una capa ó estrecha unos pantalones... ¡La continua efervescencia pindárica!... Esto casi da ira.

En cambio da lástima seguir leyendo al P. Poncelis, el cual, siempre burlado por la sintaxis, dice un poco más adelante que «la poca tranquilidad de que gozaron los espíritus (peruanos) en el primer tercio de este siglo, á causa de la *guerra de la independencia* (¡dale que ha de ser guerra de la independencia la insurrección!), y las convulsiones consiguientes en una sociedad que empezaba á organizarse (y que no ha pasado de ahí, pues sigue con las mismas convulsiones), *han malogrado muchos talentos* que habrían sido gloria del presente siglo como lo habían sido en los anteriores.»

¿Esos mismos talentos malogrados?... Esos talentos que no han podido ser glorias del presente siglo por las convulsiones y demás, ¿habían sido ya gloria de otros siglos?... ¡Dios de mi alma! ¡Si nos resultará el autor transmigrista!...

Hablando de un literato colombiano, dice el P. Poncelis que «Bogotá *fué cuna de su nacimiento.*»

¡Hombre, por Dios! De los nacimientos no son las cunas, sino de los nacidos.

Que tampoco nacen en la cuna, sino que los acuestan después en ella.

A lo que es cuenta, el P. Poncelis ha oído hablar de la cuna, pero no debe de saber lo que es á punto fijo...

Pues la cuna es una camina muy pequeña que tiene la base ligeramente curvada, con objeto de que se la pueda dar movimiento rotatorio incompleto, es decir, de que se pueda en ella arrollar al niño.

Figuradamente, y como quiera que la cuna es el primer mueble que el recién nacido ocupa, se suele llamar también cuna de un hombre al pueblo en que nació; pero se dice que tal pueblo fué su cuna, no que fué la cuna de su nacimiento, porque esto es sencillamente un disparate.

¿Se va convenciendo el P. Poncelis de que no está en disposición de ponerse á escribir, sino de ponerse á estudiar otra temporada?

*
* *

POSDATA. A acabarse de imprimir este artículo, me dicen que la *Literatura Hispano-Americana* del P. Poncelis ha sido retirada de la circulación; que la misma persona que

había repartido los ejemplares por las librerías de Madrid ha vuelto á recogerlos.

Me alegro mucho, principalmente por el prestigio de la Compañía de Jesús, y después por el bien de las letras.

XI

Monstruosidades.

¡Qué cosas tenía D. Antonio Cánovas!

No le bastaba gobernar mal y hacernos sufrir las consecuencias de su mal gobierno cada lunes, y cada martes, y cada uno de los demás días de la semana, sino que *en el entretanto*, como él solía decir, escribía.

Mal también, por supuesto.

Tan mal como gobernaba; y no me atrevo á decir que peor, porque me parece que no cabe en lo posible escribir peor que como gobernaba aquel hombre.

Recordarán ustedes que, hace siete años, D. Antonio, en uno de aquellos actos de generosa protección literaria que solía ejercer á costa del país, generosa protección tan dañina casi siempre para las letras como para los contribuyentes, dió á no sé quién *sesenta mil pesetas* para publicar cuarenta números de una Revista ilustrada, que se titulara *El*

Centenario, y celebrara el descubrimiento de América con artículos de escritores de primer orden de ambos continentes.

Escritores de primer orden que luego resultaron ser de entre los americanos Rubén Darío, Anastasio Alfaro, Calixto Oyuela y otros poetas de cuarta clase, y de entre nosotros prosistas de quinta y de sexta, como Fabié, el Conde de la Viñaza, Rada y Delgado, D. Víctor Balaguer y el mismo D. Antonio, con otros todavía un poco menos exporrechos.

De la misma manera que posteriormente dió al Sr. Moret otras sesenta mil pesetas... anuales ¿eh? para organizar en el Ateneo unos *estudios superiores* que todavía duran y donde aparecen enseñando literatura, por ejemplo, personas ó Emilias que no saben gramática, á pesar de lo cual cobran á razón de peseta por minuto la lectura hecha á tropezones de una traducción chabacana.

No se sabe por qué, ó si se sabe no se dice, aquella Revista titulada *El Centenario* no había publicado todos los números que estaban en el programa, ni en el año 92, en que se celebró la fiesta que había de conmemorar, ni en el 93, ni en ninguno de los sucesivos hasta el 97, que fué cuando apareció el número 40.

¡Y qué número!

Como era el último, se le reservó entero para sí D. Antonio, sin dejar á nadie mojar en él. Porque D. Antonio parecía que tenía la pretensión de ser como Dios, el Alfa y el Omega de todas las cosas; y como quiera que él había pronunciado el discurso inaugural en el Congreso de Americanistas celebrado en el convento de la Rábida, diciendo así la primera palabra en las fiestas del Centenario Colombino, quiso también decir la última.

¿Que cómo se las compondría D. Antonio para llenar él solo un número de la susodicha Revista, que tiene cuarenta y ocho páginas mortales?... Pues muy sencillamente: escribiendo una cosa muy larga, muy larga, que no tiene nada que ver con el descubrimiento de América.

Como que se titula: *Doña María Cristina de Austria, su matrimonio y su Regencia, con noticias referentes á las relaciones antiguas entre Austria y España*, y... nada más.

Creo que ya no dice más el título, afortunadamente.

Pero ¡ay! el *trabajo* de D. Antonio dice otras muchísimas cosas.

Consta de siete artículos, señalados con los siete primeros números romanos. *Siete* precisamente, porque éste parece que era el

número predilecto de D. Antonio, quizá por ser el mismo de los pecados capitales.

El cuarto, no de los pecados, sino de los artículos, que es propiamente la biografía de Doña Cristina, es en el que más esmero puso el Sr. Cánovas, y es el peor de todos.

Porque á D. Antonio le pasaba eso: cuando más esmero ponía en que le saliera bien una cosa, era cuando peor le salía.

Aunque también cuando ponía menos esmero le solía salir bastante mal.

Es de advertir que á D. Antonio le debió de parecer este artículo IV tan perfecto y superferolítico, que al mismo tiempo que le publicaba englobado con los otros seis en el número 40 de *El Centenario*, le hacía reproducir solo en el número 1.º de otra Revista: de la *Revista Política*.

Y sin embargo, el tal artículo IV era malo de remate. Y lo es, porque todavía vive impreso en ambas Revistas, sin haber mejorado nada.

Lo primero con que el lector se encuentra en él es con una grandísima novedad, con una cosa nunca vista, con un matrimonio formado de una sola persona.

Sólo á los genios les es dado hacer estos descubrimientos raros.

Y á propósito: No salga nadie escandali-

zándose ó haciendo como que se escandaliza de que censure yo los escritos de D. Antonio cuando es ya difunto, porque ya hemos quedado Morlesín y yo en que el Sr. Cánovas era un genio, y los genios diz que no mueren.

Á más de que á los académicos también les llaman *inmortales*, y el Sr. Cánovas, que era académico de todas las Academias, era por consiguiente *inmortal* cuatro ó cinco veces.

Decía D. Antonio, comenzando su artículo IV:

«Mas hora es ya de discurrir acerca de nuestra Doña María Cristina de Austria en particular, convirtiendo en biográficas mis consideraciones, hasta aquí de crítica histórica. Nacida del matrimonio...»

No crean ustedes que es la crítica histórica la nacida del matrimonio, no; no hay que ser tan materiales en entender: es Doña Cristina.

Pero verán ustedes.

«Nacida del matrimonio de la Archiduquesa Isabel Francisca, hija del Archiduque Carlos Fernando, hallábase en su patria á mucha distancia del trono para que, por singular modo, etc...»

Y nada, no nos dijo D. Antonio con quién estaba casada la Archiduquesa Isabel Francisca, hija del Archiduque Carlos Fernando; de manera que hay que pensar que esta au-

gusta dama había contraído matrimonio consigo misma.

Cuando se habla de un matrimonio, se dice quiénes son los dos cónyuges; y si no, no se habla del matrimonio.

Sigue el artículo de D. Antonio:

«Los pocos datos que *tocante* á sus primeros años (serán tocantes) publico aquí, proceden de testimonios privados, *mas* no por eso *menos* fidedignos.»

¿Menos que qué? ¡*Mas* no por eso *menos!*...

Y sigue la portentosa lucrabación del insigne D. Antonio:

«*Al punto* (mejor sería *al tiempo*) de tomar el coche en que había de subir á la Quinta de Ayete, por tantos veranos residencia de la *Real Casa* española...» Mejor sería de la *Real familia*, D. Antonio; porque las casas no residen, son ellas residencias. Y eso de que una *casa* resida en una *quinta*, vamos, en otra *casa*...

Después de decir D. Antonio que su biografiada, «sin ser con las niñas de su edad orgullosa, mostraba ya en sus juegos, como por presentimiento de su destino, no poca inclinación á gobernarlas», añade:

«Nada cobarde, *en el ínterin*, hacía gala de acercarse arriesgadamente á los caballos; pretendía á lo mejor embarcarse sola en los botes

de recreo; y nadó y montó bien *antes de mucho, sin que ni siquiera las enfermedades contagiosas la intimidaran.*»

¡Qué cosas escribía á lo mejor aquel D. Antonio... *en el ínterin!*...

Pero, ¿qué tenían que hacer aquí las enfermedades contagiosas? ¿Tienen algo que ver esas señoras con el nadar y el montar á caballo?

¿Es que por nadar y montar bien *antes de mucho* hay peligro especial de coger enfermedades contagiosas?...

¡Qué D. Antonio tan original!

Y tan mal escritor, especialmente.

«Pormenores en verdad nimios, añadía Don Antonio, mas no del todo inútiles; porque la infancia anticipa *cuanto desenvuelto* se observa después en las personas mayores.»

¿Y qué necesidad tendría de emplear aquí el adjetivo *desenvuelto*, que tiene un sentido muy feo?

Claro que él no quiso darle ese sentido; pero no podía, ni aun siendo presidente del Consejo, no podía evitar que le tuviera.

En cambio podía fácilmente, aunque no fuera presidente de nada y sólo con que tuviera algún sentido literario, podía haber sustituido ese adjetivo ambiguo con otro más sano, *desarrollado*, por ejemplo.

Hablando de unas *canonesas* decía D. Antonio:

«No *contraen* estas señoras *votos ningunos...*»

Voto ninguno, estaría mejor. A más de que los votos no se *contraen*. Se *contraen* obligaciones *haciendo* los votos.

Repitamos:

«No *contraen* estas señoras *votos ningunos: antes bien*, pueden salirse *cuando gustan del capítulo.*»

Aquí parece como que, cuando las *canonesas gustan del capítulo*, es decir, cuando están á gusto en él, es cuando pueden salirse.

Mala inteligencia á que no se prestaría el período si D. Antonio hubiera escrito como Dios manda: «Pueden salirse del *capítulo* cuando gusten».

Pero ya es sabido que D. Antonio no se distinguía precisamente por hacer las cosas como Dios manda, sino por lo contrario. Vamos, por hacerlas al revés.

«La *prelada*, seguía diciendo D. Antonio, es siempre Archiduquesa, y ha de tomar personalmente posesión, pero sin estar sujeta á residencia ni intervenir *poco ó mucho* en la administración de bienes.»

No se dice así. Esa frase *poco ó mucho* no se puede usar en sentido negativo. Se usa so-

lamente en sentido afirmativo, que es para lo que está hecha. Se dice, por ejemplo: «lo cierto es que intervino poco ó mucho en el asunto», ó bien: «lo cierto es que, poco ó mucho, intervino en el asunto». Mas para hablar en sentido negativo, y hablar bien, hay que poner también á la frase la conjunción negativa y no la disyuntiva; hay que decir *ni poco ni mucho*, «no intervino ni poco ni mucho.»

¡Qué cosas hay que enseñarles á los académicos de todas las Academias!

Sigamos considerando las *consideraciones biográficas* de D. Antonio.

Hablaba este señor del Colegio de doncellas nobles de Toledo, y agarrando por los pelos la ocasión de echárselas de artista, decía:

«Si la condición de *las tales doncellas...*»

¡Pobres doncellas! ¡Qué daño le habrían hecho á D. Antonio para que las tratara con ese desprecio?...

Verdad es que D. Antonio conocía tan imperfectamente nuestro idioma, que era capaz de ignorar que eso de *las tales* es desprecia-tivo.

«Si la condición de *las tales doncellas* no ha mejorado mucho desde que el autor de este artículo *conoció por primera vez á Toledo, sin las bárbaras mutilaciones, por cierto,*

de que los alrededores del puente de Alcántara han sido después víctimas...»

¡Víctimas unos alrededores!

¡Qué figuras más raras usaba el presidente!

Y luego, á lo mejor, las mutilaciones no habrán sido bárbaras; porque lo que es de D. Antonio como artista no fío yo ni lo que tenía de largo, que no era mucho.

Pero, aunque realmente las mutilaciones que decía D. Antonio hayan sido bárbaras, no era ese el lugar de decirlo.

Et fortase cupressum, que dijo el otro, *scis simulare...* Y quizá D. Antonio, por casualidad, haya acertado llamando bárbaras á las mutilaciones aludidas; *sed non erat is locus...*

Advierto que *el otro* que dijo esas cosas fué Horacio; no se vaya á creer que fué por ahí un Morlesín cualquiera.

Por lo demás, como solía decir D. Antonio, es de saber que también está mal aquello de que *conoció por primera vez á Toledo*. ¿Creería D. Antonio que se podían conocer las ciudades *por segunda vez?*

Si D. Antonio hubiera dicho: *visitó por primera vez á Toledo*, no estaría mal; porque se puede visitar una población varias veces. Pero *conocer* no es lo mismo. A una población se la conoce ó no se la conoce; mas una vez *conocida*, ya no se puede decir que se la

conoce por segunda vez, aunque por segunda vez sea visitada. Y, por consiguiente, tampoco se puede decir al conocerla que se la *conoce por primera vez*.

Parece mentira que á un presidente, casi perpetuo, del Consejo de Ministros, pues casi siempre lo era efectivo, aun en las cortas temporadas en que se retiraba á descansar poniendo á Sagasta de ecónomo, hubiera que enseñarle estos rudimentos que saben en Pedrosa los niños de seis años.

Decía D. Antonio:

«Si la condición de *las tales* doncellas no ha mejorado...», etc., «apuesto á que nunca se han visto en el dulce trance en que se vió la hija del platero por el poeta Uland cantada...»

Otro rasgo de erudición inoportuno; y luego, como la alusión del Sr. Cánovas no reúne las condiciones necesarias en buena retórica, pues el hecho no es conocido de la generalidad de los lectores, tiene que ponerse á explicarla, lo cual resulta feo y pesado.

«... aquella — dice D. Antonio explicando la alusión á la doncella, cantada por el poeta Uland, — *aquella* que logró casarse con un parroquiano, que era nada menos que un príncipe, recibiendo *ademas* la mejor joya de la tienda de su padre.»

Y continuaba D. Antonio después de habernos explicado la alusión á la doncella *aquella*:

«Ha sido, *en cambio*, naturalísimo (ya verán ustedes cómo no parece el *cambio*), que por tener princesas imperiales á su cabeza, una de ellas saliese para reina del Colegio de Praga.»

Otra vez como antes. Otra vez el uso inconsciente del hipérbaton hace á D. Antonio decir lo contrario de lo que se propone.

Porque, en realidad, lo que D. Antonio dice es que ha sido *en cambio*, no se sabe de qué, porque, como he dicho, no se ve el cambio; que ha sido *en cambio* naturalísimo que una de las princesas imperiales del Colegio de Toledo, que es del que venía hablando D. Antonio, saliese de allí para ser *reina del Colegio de Praga*.

Y lo que D. Antonio se proponía decir era, al revés, que había sido naturalísimo que del colegio de Praga saliese una princesa para ser reina de España.

Habla luego D. Antonio del cargo abacial de Doña Cristiana, y dice:

«Poco se complacería en él probablemente al principio...; mas consta que entre la Abadesa y su Capítulo se establecieron *antes de mucho* cordialísimas relaciones.

¡Qué afición á la frase! «Nadó y montó *antes de mucho.*» «Se establecieron *antes de mucho...*» ¿La aprendería en viernes D. Antonio?... Pues es bastante fea... Verdad es que acaso esa cualidad fuera para él un mérito...

Por aquello de *similis cum simili...*

Adelante:

«... se establecieron *antes de mucho* cordialísimas relaciones, llegando á despertar la primera, no *ya sólo* cariño, sino entusiasmo.»

Sobra el *ya* ó sobra el *sólo*. Ha podido decir que despertó «no *ya* cariño, sino entusiasmo», y también: «no *sólo* cariño, sino entusiasmo.» Pero «no *ya sólo*» no ha podido decirlo. Vamos, como poder, ya sé yo que Don Antonio lo podía todo, incluso hacer enfermar á los generales, para relevarlos; pero no ha debido decirlo.

«Y así transcurrió el tiempo hasta que *un buen día* se presentó en Praga...»

No crean ustedes que esto es un pedazo de folletín de *La Correspondencia* traducido del francés, no: esto es de D. Antonio, del mismo D. Antonio Cánovas, que desconocía los giros de la lengua castellana, pero *en cambio* conocía algunos de la francesa.

«Vivieron y se educaron — dice D. Antonio — á la par en Viena... *pero á conocerse no llegaron.*»

Cualquier cristiano habría dicho aquí «pero no llegaron á conocerse»; mas á D. Antonio le seducian de tal manera las cosas al revés, que sin vacilar un momento dijo: *pero á conocerse no llegaron.*

Refiere trabajosamente D. Antonio cómo empezaron las relaciones entre Don Alfonso y Doña Mercedes, y después dice:

«Mas *en el interin* (es el segundo: lleven ustedes cuenta, porque habrá más) *distaba bastante de ser general* el afecto de los partidarios constantes del Trono á la familia de Montpensier...»

Bueno, dejemos esto *en el interin*.

«Hojeóse, pues — dice el Sr. Cánovas — en *busca de otra princesa cualquiera* (¡con qué desdén trataba á las princesas D. Antonio!) el Almanaque de Gotha, *aun antes que terminada la guerra civil de la Peninsula la (la, la) cuestión del matrimonio del Rey se planteara formalmente.*»

¡Qué claridad resplandece en los escritos de D. Antonio!...

«... aun antes que terminada la guerra civil de la Península la cuestión...»

¡En seguida se entiende!

Habla del retrato de una Princesa y dice:

«Viéronlo aquí algunas personas, mas no el Rey, porque *antes que el caso llegara de so-*

meterle la grave cuestión, *la iniciativa tomó el mismo...*»

Talmente traducido del vascuence parece este periodo de D. Antonio.

Y si no, á ver en qué se diferencia de este otro que el buen humor de los bilbainos ha puesto en boca de un *casero* de Arrigorriaga que encuentra cazando á un señorito de la villa:

«Mi mujer cuando va á vender huevos, *podridos... diséis que están y... del puente abajo se los tiráis y ¿á chimbear tu vienes?* Pronto si te vas, en lo demás, *la escopeta despedasar te haré.*

Así venia á construir D. Antonio: *Pero á conocerse no llegaron... antes que el caso llegara de someterle... la iniciativa tomó el mismo... Podridos diséis que están... Del puente abajo se los tiráis... La escopeta despedasar te haré... Enteramente lo mismo...*

Y decía D. Antonio más adelante:

«*Pero á deshora, dispuso luego Dios...*»

Daban ganas de decirle:

¡Don Antonio, Don Antonio!
¡No sea usted el demonio!

Dios no hace las cosas á deshora, sino cuando en sus juicios *verdaderos y justificados en sí mismos*, según frase del Real Profeta, lo tiene por conveniente.

Eso de *á deshora*, mejor era que lo hubiera guardado D. Antonio para sí.

Porque él fué quien *á deshora* hizo Ministro á Castellano.

Continuaba el Excelentísimo señor D. Antonio Cánovas del Castillo pergeñando fatigosamente la en mala hora comenzada biografía, y llegó donde dijo:

«Sobre toda ponderación fué doloroso el espectáculo que algunas horas más tarde ofreció el joven viudo contemplando desde el interior de su despacho, deshechos los ojos...»

Ustedes creen que va á decir en lágrimas... Yo también lo creí, porque es la frase corriente.

Pero como á D. Antonio le gustaba ir contra la corriente, á lo menos cuando la corriente era justa y legítima, no decía así.

Le debió de parecer poco majestuoso hacer llorar al joven viudo, y después de haber escrito *deshechos los ojos...* se volvió atrás y salió diciendo: *por el desesperante dolor sin lágrimas.*

¡Anda, salero!

No, D. Antonio, no: el dolor sin lágrimas no deshace los ojos; deshace el corazón, ó á lo menos, le oprime más cruelmente que cuando se llora. Los ojos, cuando no vierten lágrimas, no escuecen.

Al hombre se le figuraba que podía disponer del significado de las palabras y de las frases como de Cos-Gayón ó de Tejada-Valdosera...

Y se equivocaba en eso como en otras muchísimas cosas.

Son frases hechas y bellísimas para expresar el dolor del que llora: *deshechos los ojos en llanto, deshechos en lágrimas los ojos...*

Mas para expresar el dolor del que no puede llorar se suele decir: «Oprimido el corazón, ahogado el corazón, deshecho el corazón de pena», sin mentar para nada los ojos; porque si no lloran, no hay para qué hablar de ellos.

Y seguía diciendo D. Antonio:

«Mas era rey, y era muy joven: no podia omitir el deber...»

Tampoco, tampoco. Los deberes no se *omit*en. Cuando no se cumplen, se falta á ellos, ó se prescinde de ellos, ó se olvidan, ó se desconocen, ó se abandonan, ó se elude su cumplimiento...; en fin, se puede hacer con ellos lo que se quiera, menos *omitirlos*.

Y ahora... ¿quién compra otro lío?...

El que se hizo aquí D. Antonio:

«En otro caso, y aunque Doña Cristina y Don Alfonso fuesen niños, tal vez el primer recuerdo femenino del *futuro rey* habría sido *el de su segunda mujer...*»

¿Lo entiendes, lector de mi alma?...

Ten en cuenta que Don Alfonso dejó de ser *futuro rey*, y pasó á serlo efectivo estando soltero; y luego dime, por tu vida, ¿cómo el *futuro rey*, siendo todavía soltero, podía tener recuerdos femeniles de su mujer segunda?...

Pero ya se va enmendando, cuando dice:

«Dilatóse un tanto la entrevista, bien que no sin ansiedad recelosa, *de ambas partes deseada.*»

La ansiedad recelosa, es claro. Todo el que va leyendo cree que la deseada de ambas partes era la ansiedad recelosa, aunque no haga sentido. Parece que no puede estar más patente... Y, sin embargo, lo que D. Antonio quiso decir no era eso, sino que de ambas partes era deseada la entrevista.

No hay más sino que lo dijo al revés, como él solía decir las cosas.

«Celebrados *en el ínterin* los esponsales...»

Es el tercer *ínterin*: sigan ustedes llevando cuenta.

Y, por supuesto, no era verdad lo que decía D. Antonio; porque los esponsales no se celebraron *en el ínterin*, sino en el Pardo, término del viaje de que venía hablando Don Antonio.

Habla luego D. Antonio de los hombres de

Viena. Comienza calificándolos de *pacíficos, apasionados de la música y de la reposada conversación*; y después dice:

«Las mujeres, *en cambio*, son graciosas, amables, sutiles...»

En cambio... De manera que si fuéramos á tomar en serio lo que escribía D. Antonio *en el ínterin*, cosa que Dios me libre de aconsejar á nadie, tendríamos que creer que los hombres pacíficos y apasionados de la música son unos *desgraciados, aborrecibles, torpes...*, porque todo esto es el cambio de lo que Don Antonio dice que son las mujeres.

Después se mete D. Antonio á hablarnos del *Groben*, como llamaba él al Graben, y dice muy serio que «es una especie de *boulevard á la francesa*.»

¡Pues claro, hombre! Siendo *boulevard*, tenía que ser *á la francesa*. ¿Quería usted que fuera á la española ó á la rusa?

¡Y qué cosas dice D. Antonio del *Groben*!...

Que allí «*se anda más que se compra, se mira y se remira, se coquetea, en suma, y se hacen relaciones de mejor ó peor linaje, según lo que cada cual va buscando...*»

¡Demonio!—dijo—al llegar aquí el periódico de menos circulación de España, *Gedeón*. ¿Qué relaciones habrá *hecho* allí Don Antonio, y qué iría *buscando* por el *Groben*?...

Y lo mismo pregunto yo: ¿Qué iría á hacer por allí D. Antonio?... ¿A coquetear *en suma?*...

Pero todavía añadía D. Antonio, para poner más criminal el asunto, que «de las personas sin ocupación *por lo menos*, las que por allí faltan no son muchas.»

¡Qué elegancia en el decir...! ¿eh?... ¿Y quiénes serán las personas sin ocupación *por lo menos?*...

Don Antonio no nos lo dice; pero á fin de ilustrar más al lector acerca de lo que es el *Groben*, añade:

«Y nada tienen que envidiar aquellos sitios *sobre fotografías y estampas*, á los soportales de la calle de Rívoli en París.»

¡Figúrense ustedes lo que tendrán que ver las fotografías y las estampas de la calle de Rívoli con la biografía de la Regente!...

Continuaba D. Antonio coqueteando *en suma* con la sintaxis castellana y con la claridad del pensamiento, aunque sin llegar á *hacer* relaciones con ninguna de estas dos señoras, como verán ustedes.

«Quizás en país ninguno aparece tan *bien hallada* muchedumbre como la que pulula por el *Prater*, por el *Ring*, por el *Holfgarten*, por el *Volksgarten* (¡lo que sabía el hombre!), consumiendo acá *líquidos varios* en los cafés,

allá escuchando *perpetua* música, cuando no son testigos éstos (¿quiénes serán éstos?), aquellos actores (¿éstos aquéllos?... ¡Vamos, hombre!), en los numerosos corros donde se baila al aire libre y...»

¡Viva la Pepa!

Porque en presencia de este baile de palabras incoherentes, donde el pensamiento no se clarea por ninguna parte, apenas se le puede á uno ocurrir otra cosa.

...«consumiendo acá líquidos varios en los cafés, allá escuchando *perpetua* música, cuando no son testigos éstos, aquellos actores...»

¿Serán estos testigos los cafés, y aquellos actores los líquidos?...

¿Habrà querido decir D. Antonio que los líquidos varios son los actores, en los corros donde se baila al aire libre?...

Verdad es que algunos líquidos predisponen á bailar... pero...

En fin, que no es posible saber lo que ha querido decir ahí el Presidente.

Ni aquí:

«Eso anheló ser precisamente nuestro Don Alfonso XII, y eso será su hijo, si Dios quiere; que si *á la larga*, nuestra aristocracia fuera tan militar como la de Austria, seguramente nos iría mejor.»

¿Lo entienden ustedes...? Lo que D. Anto-

nio dice que anheló ser Don Alfonso, es «el primer soldado del ejército.»

Pero aun después de saber ésto, ¿qué sacan ustedes de todo eso otro de que «eso será su hijo, si Dios quiere; que si á la larga, nuestra aristocracia fuera tan militar?...»

Y todavía añadió D. Antonio:

«Y *en el interín* (y van cuatro) envanézcase cuanto quiera...»

Bueno. Eso mismo decía yo, años há; envanézcase cuanto quiera *en el interín* D. Antonio; pero en cuanto vuelva á escribir, volveré á demostrarle que no sabe.

Y así lo hice siempre.

Y, como todo concluye en el mundo, también concluye, gracias á Dios, el artículo de D. Antonio.

Sí, también concluye diciendo:

«Pero basta *en todos conceptos de Viena* y de sus comparaciones con Madrid y España.»

Sí; basta en todos conceptos, y aun sobra.

«Tan sólo he querido—terminaba diciendo D. Antonio—trazar un bosquejo del cuadro social, por no decir el *medio* en que la actual Regente vino á la vida, cotejándolo someramente *con el que ofrece su nueva y sin duda perpetua* residencia...»

Ni nueva ni perpetua, por más que lo dijera D. Antonio.

No se puede llamar nueva una residencia que ha durado ya diez y nueve años. Y lo de perpetua... No hay nada perpetuo en este mundo...

Como que ni este mundo ha de ser perpetuo, sino que un día,

*Dies iræ, dies illa
Solvat seclum in favila.*

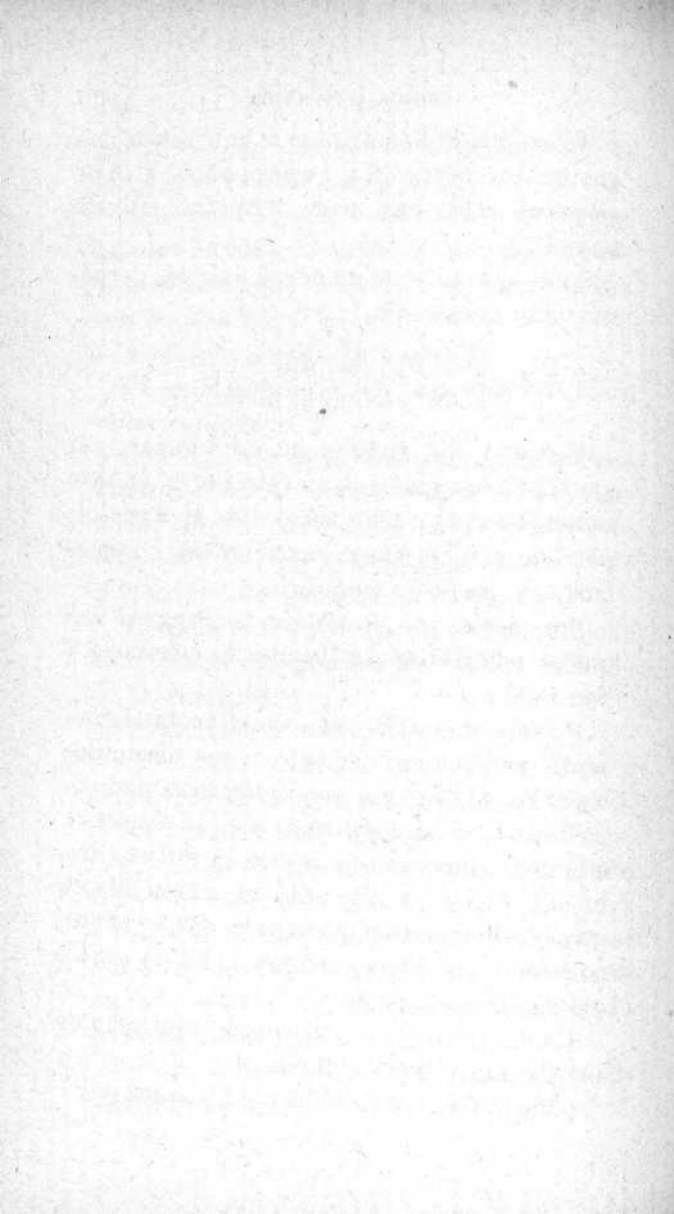
Y aquel día todo se ha de abrasar, sin que quede en pie nada en esta tierra, en que estamos de paso; pues como dice el Apóstol, *non habemus hic manentem civitatem; no tenemos aquí perpetua morada.*»

Por cierto que ya no era la primera vez que el señor Cánovas llevaba la contraria á San Pablo.

Porque mientras éste, con ser tan gran santo, pedía humildemente á sus discípulos los fieles de Corinto, que tuvieran á bien soportarle, *sed et supportate me*, D. Antonio, allá unos cinco años antes de su muerte, habiendo dicho su discípulo el señor Silvela que á los jefes había que *soportarlos*, se arrancó hecho una furia, diciendo: *Yo no quiero que nadie me zoporte.*

Lo contrario, precisamente lo contrario de lo que había dicho el Apóstol.

¡Buena manera de imitar á los santos!



XII

Una Revista Literaria.

No sé si vivirá todavía; pero allá por el otoño de 1895 empezó á ver la luz, y en Agosto de 1896 aún se publicaba en la ciudad de Buenos Aires, una Revista quincenal con ilustraciones, que se titulaba *La Revista Literaria*.

Así, como ustedes lo ven: *La Revista Literaria*. Con su LA y todo, para dar á entender que no hay otra, que es la única, ó cuando menos, que es la principal, la mejor de todas las revistas literarias habidas y por haber, *la revista LITERARIA* por excelencia...

Y ¡si vieran ustedes qué literaturas suele gastar la tal *Revista Literaria!*...

Voy á coger un número cualquiera de entre los que tengo á mano, y ustedes juzgarán del valor de las *literaturas* que vayamos descubriendo...

Ha salido el número 17, correspondiente al 15 de Mayo del año de 1896, y lo primero que trae, después de unas *frases cortas* de poco numen, es una *cosa* que se titula *similia similibus*, firmada por Miguel Izaguirre Valero.

Empieza así:

«Había tenido *negros* dolores pensando en los sabrosos besos de *su boca roja*»...

Ustedes creen que la *boca roja* es de la misma persona que había tenido los dolores *negros*... y hacen ustedes muy bien en creerlo así, porque así se lo dice á ustedes la sintaxis... «De *su boca roja*,» y no hay otro sugeto á quien pueda pertenecer el *su* más que el que había tenido los dolores *negros*...

Pues con todo eso se equivocan ustedes: la *boca roja* no es del mismo de los dolores *negros*, sino de otra persona, según se llega á saber más tarde, mucho más tarde.

Por lo pronto conténtense ustedes con saber que no se sabe quién «había tenido *negros* dolores pensando en los sabrosos besos de *su boca roja* como un tulipán, y de dientes menudos y blancos como una sarta de diminutas perlas»; comparación bonita y nueva, sobre todo nueva, acabada de estrenar hace unos cuantos... siglos.

Y sigue la *cosa*, diciendo que, no se sabe quién

«Recordaba *sus* perfumes favoritos.»

Donde también parece que los perfumes favoritos son del mismo que los recordaba; pero tampoco será así.

Por último se llega á saber que, en efecto, ni la boca roja ni los perfumes son de quien se creía que eran, porque el autor, después de decir que «*recordaba*, no sabemos quién, *sus* perfumes favoritos», añade: «el fragante aroma peculiar *de ella*.»

¿Que quién es *ella* me preguntan ustedes?... Todavía no se sabe; pero poco á poco se irá sabiendo.

Porque estos malos escritores suelen comenzar con muchos misterios, y luego lo van diciendo todo, todo, aun lo que no debe decirse.

«Recordaba sus perfumes favoritos, el fragante aroma peculiar de *ella*. Un aroma suave, y *en veces* enervador»...

Se dice *á veces*; pero á los escritores americanos hay que dejarles decir como acierten.

...«y *en veces* enervador, que olía á flores de la selva frescas y húmedas de rocío»...

Que es cuando menos huelen las flores, cuando están rociadas.

Vamos adelante.

«Le asaltaban deseos, *imposibles deseos* de ir á buscarla»...

Bueno; ya vamos sabiendo algo más. Ya se va descubriendo que hay en el asunto un *él* y una *ella*. Que quien había tenido negros dolores era un hombre que quería ir á buscar á una mujer»...

«Le asaltaban deseos, imposibles deseos de ir á buscarla allá donde moraba por siempre bajo la sombría quietud de un cementerio plantado de cipreses y de acacias»...

Vamos, que al hombre se le había muerto la mujer, y... el literato sigue diciendo, después de hacer punto y aparte:

«Quería tener *su* cuerpo, *su* cabeza adornada de cabellos»...

Aquí ya no se sabe de quién es el cuerpo, ni de quién es la cabeza que quería tener el protagonista. No se sabe si es su propia cabeza, ó la de la mujer, ó la del autor... aunque ésta no era fácil que la tuviera, porque...

Por algo habrá dicho él que los deseos del protagonista eran imposibles.

«Quería tener *su* cuerpo, *su* cabeza adornada de cabellos, como un haz de rayos de sol»...

¿Habrá visto el autor algún haz de rayos de sol adornado de cabellos?...

«Quería tener *sus* manos blancas...»

Pues lo que es esto no tiene nada de imposible. Tener las manos blancas es cosa bien fácil; no hay más que lavárselas con jabón,

aunque no sea de los Príncipes del Congo...

A no ser que el personaje fuera negro ó amarillo.

Y siguen los deseos:

«Quería tener de nuevo á toda su adorada muerta con sus ojos azules y su frente pálida de germana melancolía.»

¡Acabáramos!... Ahora ya se sabe que el cuerpo, la cabeza y las manos blancas que el protagonista quería tener, no eran los suyos propios, sino los de la adorada muerta, con sus ojos azules..., etc.

«¡Ah!»... les advierto á ustedes que este ¡ah! no es mío, es del literato de *La Revista Literaria*, que se admira de su propia obra.

«¡Ah!»... pero la tierra no devuelve *lo mismo* que se *le* arroja.»

Y luego comienza á decir perrerías de la tierra, que no le ha hecho daño ninguno, sino que, por el contrario, tiene la bondad de sostenerle todavía sobre su superficie al grandísimo ingrato...

«La tierra apaña, roba...»

Algo más roban algunos literatos y algunas revistas, que roban el tiempo á los lectores, por lo menos.

«La tierra apaña, roba, *gusta* todo lo que muere.»

Otro descubrimiento: la tierra *gusta*... es

decir, tiene *gusto*. ¡Quién lo había de decir!... La tierra tiene gusto... Y en cambio hay escritores que carecen de él completamente.

Así anda el mundo.

«La tierra no devuelve á las novias queridas, á las vírgenes deliciosas.»

¿El qué no las devuelve?...

Porque si el escritor no ha querido decir que la tierra no devuelve á *las novias* tal ó cual cosa, sino que no devuelve las novias á los novios, ha debido decirlo así, sin á; *no de las novias*.

«Y el mísero sollozaba *largamente*. *Hondos* gemidos se escapaban de su pecho»...

Bueno. Sollozos *largos*, gemidos *hondos*... Ya tenemos dos dimensiones, longitud y profundidad. Ya no falta para el volumen más que *latitud*... que tampoco nos falta, porque precisamente el autor es una especialidad en lo *lato* y aun en lo *latoso*.

«De pronto se calmó»...

¡Hombre!... Vean ustedes qué casualidad... ó qué disparate: se calmó de pronto.

«De pronto se calmó. *No lloraba más.*»

Como si dejéramos: *Il ne pleurait plus.*» Galicismo se llama esta figura.

Y ahora viene lo mejor del paso. Las reflexiones que el hombre se hizo cuando «de pronto se calmó» y cuando «no lloraba más.»

«¿Acaso habían muerto todas las mujeres de la tierra? ¿Él no era joven?...»

Siguen los galicismos. *¿Il n'était pas jeune?*

«¿A qué estarse *entonces* sollozante, como un contagiado de romanticismo?»

En fin, que el hombre vió mujeres «que se revolvían en piruetas (serían bailarinas) mostrando *la opulencia de sus caderas*, y se olvidó de su novia difunta, que había sido una virgen ideal... sin *majo* de ardores.»

¿Qué será esto del majo?

«Olvidóse, pues, de la muerta, dice el *literato* de *La Revista Literaria*, é hizo el amor á una *maravillosa* morena... con un cuerpo de *áticos* primores y unas manos y unos pies tan finos, tan sonrosados, que merecían *ofrendarlos como ex votos*, en el ara de la *Virgen Venus*.»

¡Dios de mi alma, cuánto desatino!

«Después... Era la noche de un baile»... y... el escritor sigue escribiendo de una manera tan inverecunda, que es imposible seguirle.

Se engolfa en la obscena y cursi descripción de la carne, como todos los americanos.

Para ellos, la poesía, el arte, es la voluptuosidad, y no hay quien los saque de ahí.

El epílogo habla de «un chico que una

servienta dejó una noche horrible y lluviosa en la acera de una calle.»

Parece que lo que la sirvienta dejó en la acera fué la noche horrible y lluviosa; pero debió de ser el chico.

Y la moral del cuento es que vivir sin ley de Dios y cometer toda clase de pecados, es la mejor receta para vivir tranquilo y ser feliz.

Debo advertir á ustedes que el autor de este esperpento no es argentino, sino venezolano, según por bajo de la firma se expresa.

Porque desgraciadamente *La Revista Literaria* de Buenos Aires no es exclusivista, sino ecléctica.

Profesa y practica una especie de eclecticismo de lo malo, y recibe y adopta lo malo de dondequiera que se lo remiten.

Vamos, que viene á ser un pozo negro que recoge todas las deyecciones literarias de todas las regiones de América.

Lo que sigue en el mismo número 17 de *La Revista Literaria* es una cosa de Rubén Darío, que si no es argentino, por lo menos vive ahora en Buenos Aires.

Esa cosa está en verso; es decir, está escrita en rengloncitos desiguales que parecen versos. Pero ni estos rengloncitos son versos, ni la cosa es poesía.

Se titula *Frank Brown*, con lo cual se queda uno enterado, por de pronto...

Después de leer los trece rengloncitos, el que tiene humor para tanto puede llegar á sospechar que el título es el nombre de algún clown; pero se queda sin saber para qué ha escrito el poeta los trece rengloncitos, como no sea para acreditar su derecho á ser recibido en cualquier casa de orates.

Dice así la... *composición*, pues de alguna manera hay que llamarla:

«Frank Brown, como los Hanlon Lee
Sabe lo trágico de un paso
De payaso, y es, para mí,
Un buen jinete de Pegaso...»

Esta es la primera estrofa, para cuya inteligencia no hace falta más que saber qué es eso de *los Hanlon Lee*, qué paso de payaso es ese del que sabe lo trágico Frank Brown, y qué quiere decir el autor cuando dice que Frank Brown es, para él, un buen jinete de Pegaso.

Y, por supuesto, después de saber todas esas cosas, nos quedaríamos sin saber nada de importancia.

Adelante. Vamos á la estrofa segunda:

«Salta del circo hasta el Parnaso...»

Frank Brown, por supuesto; y ahora se

empieza á sospechar que lo que quiso decir Rubén, cuando dijo que Frank Brown era, para él, *un buen jinete de Pegaso*, fué que Frank Brown es poeta.

¡Les parece á ustedes!...

«Salta del circo hasta el Parnaso,
Banville le hubiera *amado* así:
Sabe lo trágico de un paso

(¿Otra vez?)

Frank Brown como los Hanlon Lee.»

Ya ven ustedes si la cosa es divertida y fácil.

Pues, por ese sistema, con sólo cuatro ó seis versos, se puede hacer una composición más larga que la *Oda al Libertador*, que es cuanto hay que decir.

Con irlos repitiendo de cuando en cuando...

Estrofa tercera, y conclusión al mismo tiempo:

«El niño mira á su payaso...»

¿Sí? Pues nosotros miramos al nuestro, y estamos esperando á ver si hace algún paso que sea nuevo, ya sea trágico, ya sea cómico.

A ver:

«El niño mira á su payaso
De la gran risa carmesí
Saltar del circo al cielo raso...»

Y ya se acabó todo...

Con este otro salto y esta *risa carmesí*... se acabó todo.

Porque lo que queda es la repetición consabida:

«Frank Brown, como los Hanlon Lee,
Sabe lo trágico de un paso.»

¿No es verdad que la cosa tiene sal... si se la echan?...

Voy á copiar otra vez la *composición*, íntegra, con su propia puntuación, sin comentarios ni interrupciones, para que ustedes puedan admirarla en todo el esplendor de su...
sosera.

Así:

«FRANK BROWN

Frank Brown, como los Hanlon Lee,
Sabe lo trágico de un paso
De payaso, y es, para mí,
Un buen jinete de Pegaso.

Salta del circo hasta el Parnaso
Banville le hubiera amado así:
Sabe lo trágico de un paso
Frank Brown como los Hanlon Lee.

El niño mira á su payaso
De la gran risa carmesí
Saltar del circo al cielo raso;
Frank Brown como los Hanlon Lee
Sabe lo trágico de un paso.»

¡Y á esto llaman literatura y poesía por esas tierras de Dios!...

¡Y para publicar estas cosas hacen revistas que bautizan con nombres tan pomposos como el de *La Revista Literaria!*...

¡Ah! y por bajo de cualquiera de estas cosas suelen poner una advertencia en letras egipcias, que dice:

«TODOS LOS ARTÍCULOS Y POESÍAS QUE «LA REVISTA LITERARIA» PUBLICA, SON INÉDITOS Y ENVIADOS DIRECTAMENTE POR SUS AUTORES.»

Naturalmente.

¿Cómo no habían de ser inéditas esas cosas?..

¿Quién, no siendo sus autores, podía remitirlas á nadie?...

¿Quién las había de haber publicado antes?...

A no ser que alguna otra revista tan... revista como *la literaria!*...

Sigue en el mismo número otra *cosa* de otro señor llamado Alvarez, venezolano como el Izaguirre del principio.

Esta otra cosa lleva por título *La maldición*, y es, en efecto, otra maldición que cae sobre las letras.

Comienza el autor diciéndonos que «el robusto campesino labraba entusiasmado su campo,» y en seguida nos suelta lo siguiente:

«Después de muchos meses de rudo trabajar la tierra fecundada por el *germen prolífico* del humano sudor, había premiado sus esfuerzos y fatigas *con más hermosas plantaciones...*»

No lo crean ustedes. La tierra no puede premiar los trabajos del hombre con plantaciones, porque las plantaciones las hace el hombre mismo.

La tierra no planta nada, ni premia, por consiguiente, los trabajos del hombre con plantaciones: los premiará, si acaso, con el fruto de las plantaciones.

Pero el venezolano se conoce que no sabe lo que son *plantaciones*.

Él habrá oído hablar de *plantaciones*, y á lo mejor creará que son racimos ó espigas...

Porque yo no he visto gente más atrasada de noticias que los escritores americanos...

En sacándoles de la voluptuosidad, ya no saben nada de ninguna cosa.

Y sigue el señor Alvarez:

«El jefe de aquella legión armada, *hízolo ingresar á las filas.*»

No se dice «ingresar á las filas», sino «ingresar *en las filas.*»

Y tampoco se dice *hízolo*, sino *hízole*, ó le hizo; porque ahí el artículo no es acusativo sino dativo, y porque aunque fuera acusativo, tampoco estaba bien dicho *lo*, pues ningún

buen escritor castellano ha puesto *lo* en los acusativos animados, y menos en los racionales.

Ipandro Acaico dice, hablando de Dios, «*lo amo*», pero es porque no suele saber lo que dice en materias literarias.

En el caso presente, reduciendo la oración á sus términos naturales, resulta que «el jefe hizo ingresar en las filas *al* labrador», y claro es que á este labrador no se le puede sustituir con un *lo*, sino con un *le*.

Hablando del hombre, sólo se podría decir, cuando más, que *lo* hizo Dios, que le crió; y tampoco eso se puede decir correctamente, porque es contra el uso, el cual ha limitado el papel del *lo* casi exclusivamente á la expresión de lo neutro.

Y sigue el señor Alvarez:

«Algunos soldados *portaban* arrogantes y gallardos los colores nacionales.»

Tampoco se dice *portaban*, sino *llevaban*. El verbo *portar* no se usa hoy más que como reflexivo. Se dice *portarse* bien ó mal una persona, para significar que observa buena ó mala conducta. Se usa también el derivado *portador*; pero no se usa el verbo *portar*, por llevar.

Doña Emilia Pardo Bazán ha dicho poco hace en un cuento: «Qué haces, pasmón, que

no *portas*? por decir que no *traes*. Pero hay que tener en cuenta que Doña Emilia tiene mucha tendencia á la extravagancia, y luego sabe muy poco más que los escritores americanos...

¡Con decir á ustedes que eso del *no portas* lo dijo en un cuento en que puso alas á la garduña!...

¡Lo que ustedes oyen! No crean ustedes que es broma.

Doña Emilia se conoce que había oído que la garduña persigue á las gallinas y á las palomas, y creía buenamente que la garduña era una ave de rapiña.

Y un día fué y publicó en el *Blanco y Negro* un cuento, diciendo que un cazador vió á la garduña que volaba muy alta, y esperó á que bajara un poco, y la tiró y... dice que medía tres cuartas de punta á punta de las alas...

Corramos un velo sobre la ignorancia de Doña Emilia, y volvamos al venezolano señor Alvarez, que continúa su empalagosa relación diciendo:

«Su mujer, sus hijos, prendas del alma, colgáronsele del cuello *hércules*, de donde fueron brutalmente arrancados...»

¡Del cuello *hércules*...!

¡Qué adjetivos inventan estos señores!

«Tostados por las *ardorosidades candentes* de un sol de fuego...»

Basta, basta... ¡Dios mío qué calor!

Ardorosidades... y además... *candentes*, y además... *de fuego...*

Se acabó la guerra, gracias á Dios, y «una mañana clara y fría abandonaba (el campesino) la metrópoli y alegre caminaba en derechura de su choza.»

Pero...

«Ya no era aquel hombre que *gastaba testuz de toro...*»

¡Caracoles! ¡Qué cosas *gastan* en Venezuela!

«Ya no era aquel hombre que *gastaba testuz de toro y biceps de atleta.*»

¡Otra te pego!

«Había estado enfermo... (¡ah!) pero así y todo, caminaba con *el garbo y majestad de los días del tiempo...*»

¿Cuál será el garbo y cuál la majestad con que caminan los días del tiempo?... ¿Y qué días serán esos días del tiempo?

«Sobre sus lomos descansaba...»

¡Caracoles! otra vez... Antes le puso al pobre campesino testuz de toro; ahora le pone lomos de caballería mayor ó menor...

«Sobre sus lomos descansaba... *la cobija...*»

¡Ah! vamos... Como decía que *sobre sus lo-*

mos descansaba... me hizo creer que iba en cuatro pies y llevaba alguna persona ó cosa montada encima.

Pero ahora resulta que lo que descansaba sobre sus lomos era *la cobija* «una mugrienta *cobija* de algodón» según, dice el señor Alvarez, aunque dice mal, por supuesto.

Porque si el campesino iba andando en dos pies como las personas, la *cobija* no podía descansar *sobre sus lomos*, sino sobre sus hombros, que no es lo mismo.

Sobre los lomos de un hombre que está de pie ó que va andando en dos pies no puede descansar ninguna cosa, ni la *cobija* ni «*la capotera de viaje.*»

Esta debe de ser por allá alguna mochila, porque dice Alvarez que

«En esta (en la *capotera*) llevaba un corte de traje para la mujer y unas mudas de ropa para (pa-pa-ra) los hijos. De buena gana él hubiera cargado con tiendas y quincallas; pero todo su capital se reducía á *cuarentena de bolivares.*»

Se dice siquiera á *una cuarentena de...* etc.

Y mejor sería decir á *cuarenta*, bolivares (supongo que *bolivares* ó *libertadores* serán perros chicos, ó cosa así).

Pues aunque es común decir una *decena*, una *docena*, una *veintena*, por diez, doce y

veinte, una *cuarentena* ya no se suele decir; porque *cuarentena* tiene una acepción muy usada en medicina y en higiene, y no se suele emplear en otra, para que no haya confusiones.

En fin, el caso es que el campesino llegó á su choza y su mujer le contó que toda su hacienda había sido destruída por las tropas.

Y hablando de la vega, dice Alvarez:

«Los caballos de un escuadrón habían dado buena cuenta de ella una noche que *se acostaron* sin haber comido nada en todo el día.»

No sería verdad que *se acostaran* los caballos. Si no habían comido nada, pasarían la noche comiendo. Si se hubieran acostado no hubieran destruído más de lo que cogieran debajo.

Y termina el señor Alvarez:

«Cuando la mujer concluyó el relato... de los *apretados* y *temblorosos* labios del campesino escapóse *vibrante*, *relampagueando de cólera*, esta expresión:

«¡¡Maldita sea la guerra!!»

Amén. Y las revistas americanas.

XIII

Se salvó el país.

Ya no hay hambre, ni miseria, ni carestía, ni pobreza, ni aflicción, ni dolor, ni angustia, ni estrechez, ni desamparo, ni ninguna de cuantas cosas de esta indole aparecen como sinónimas en el famoso diccionario de Roque Barcia.

La gente de León venía lamentándose de la aflictiva situación de la capital y de la provincia, pero ya esa aflictiva situación ha desaparecido gracias á... iba á decir gracias á Dios, como se acostumbra entre cristianos; pero no, á cada uno lo suyo, gracias á la Junta directiva de la *Sociedad Económica de Amigos del País* leonesa.

¿A que no saben ustedes lo que ha ideado esa señora Junta para concluir de un golpe con todas las calamidades?...

O como canta el bombero de *La canción de la Lola*:

¿Qué dirán ustedes
qué es lo que ha inventao
eza *Directiva*
el jueves *pasao*?

—Habrá alcanzado del Gobierno una gran rebaja en las contribuciones...

—Habrá podido reunir fondos para constituir un depósito de granos de donde se hagan préstamos sin interés...

—Habrá promovido la construcción de varios caminos y puentes que, al par que respondan á una necesidad de todos sabida, proporcionen ocupación y jornal á los que no lo tienen...

—Habrá logrado la reedificación y repoblación de unos cuantos conventos, en donde, si no precisamente para este año, para los venideros puedan hallar los pobres...

—No se den ustedes de cabezadas, porque lo que es por ese camino no aciertan. Ha fundado un periódico...

— Pero...

Sí, señor; como no había en la capital más que otros tres, amén de los dos boletines oficiales, eclesiástico y civil, claro es que no valía nada ese número para una población de doce mil almas, y la Junta de la Económica

se ha dado una palmada en la frente y se ha dicho: ¡*Eureka!*... ó una cosa parecida, verbigracia: «Aquí está el busilis»; y diciendo y haciendo, ha lanzado á la luz el primer número de una revista.

¡Y qué número! Crean ustedes que es un señor número; y si no, con verlo basta.

Un número que comienza diciendo «que tres son en nuestros días los poderosos elementos civilizadores puestos á contribución por todos los pueblos cultos; elementos que están llamados á resolver los difícilísimos problemas naturales á todo período de gestión histórica (¡atiza!) ó de transición como el que atravesamos...»

Y luego... ¿cuáles dirán ustedes que son esos tres poderosos elementos?...

Pues la revista de la Económica asegura que esos tres poderosos elementos son la *cátedra*, las *exposiciones* y la *prensa*, con letra bastardilla... ¡dígoles á ustedes!...

Y no crean ustedes que se acaba con eso el chorro de ciencia de la Económica; al contrario, está comenzado, como quien dice, y continúa ampliando su pensamiento:

«...O sean las lecciones de viva voz que penetran simultáneamente en el sentimiento (¡) y en la inteligencia de un número limitado de gentes; el chocar de las civilizaciones

opuestas (i) donde se acumulan en reducido espacio los productos de la actividad humana, cantando (ii) el eterno *himno* (*¿de Riego?*) al progreso que traducen los seres (*¿el progreso ó el himno?*) en sus variados idiomas (i!i) y esa (*¿quién es esa?*) y esa á modo de *punto de apoyo* de Arquímedes que *inunda los ámbitos del Planeta con los fulgores del pensamiento* (iii!!!) y que hace patrimonio del público todas las inspiraciones sublimes del genio, que como los Profetas bíblicos (*¡ya escampa!*) camina á la vanguardia de la Humanidad (con hache grande) en esta peregrinación incesante hacia lo infinito...»

Infinito... infinito... infinito... precisamente es la palabra que emplea el sagrado libro del Eclesiástes para calificar el número de los... sabios de ahora.

Por lo que presagiaba muy bien ya en su tiempo Bretón de los Herreros, cuando, escribiendo á Ventura de la Vega, le decía:

«¡Y qué saber! Si Dios no lo remedia,
Tendrá cada varon dentro de poco
Montada en su nariz la enciclopedia.»

Feliciten ustedes por de pronto á nuestra ciudad por albergar en su seno tanta sabiduría, junto á la cual toda la del pobre Arquímedes viene á ser como el sol puesto.

¿Quién le hubiera podido meter en la cabeza al malaventurado mecánico que un *punto de apoyo* había de servir nada menos que para *inundar los ámbitos del Planeta con los fulgores del pensamiento?*

—¿Y quién les hubiera dicho á ustedes mismos que un par de botinas de casa de Quirós al lado de otro par de ellas de casa de Garzo, ó una libra de chocolate de Domingo Román colocada junto á otra libra de chocolate de la viuda de Pérez habían de llamarse *el chocar de civilizaciones opuestas?*

Y, sin embargo, para el sabio redactor de la introducción del flamante *Boletín-Revista* todo eso es la cosa más natural y más llana del mundo.

Pero no vayan ustedes á creer por eso que no sabe más.

«Sé más, doctor, mucho más», puede repetir la pluma redactora de ese prodigio con la ciegucecita de *Luz y sombra*.

Sabe, en efecto, hablardel «trabajo que trabajan», y sabe «que á la manera de que ninguna, fuerza se pierde en el mundo de la naturaleza, sino que el movimiento se traduce en calor, y el calor en luz, y el sonido es un problema de mecánica, y que la electricidad se genera por las mismas causas, y que hasta las misteriosas reacciones quími-

cas forman en nuestros días cierta especie de anillo eterno (¡ahora, ahora!) que incesantemente se mueve, sin que nada se pierda, ni se agote ni se aniquile, sino que transformándose...» produce una cosa así como «la educación del espíritu por el espíritu mismo.»

«¿Qué más habremos de decir?» pregunta un poco más abajo; y se responde él á sí mismo: «Nada».

Verdaderamente; y cuenta que por ahí debía Ud. haber comenzado.

Mas ¿qué adelantamos con que se acabara la introducción, si un poco más adelante viene un artículo primero de una serie, llamada entre paréntesis *ensayo*, con el título de *La arquitectura romántica y la Catedral de León*, que no desmerece en nada de lo antecedente ni en el fondo ni en la forma?

Este *trabajo*, bastante hinchado, tiene un poquitín de sabor á traducción del francés, pero en cambio tiene párrafos tan rimbombantes como este:

«El alma humana, el sér espiritual, el hombre, en una palabra, es el elemento en donde reside y se manifiesta lo absoluto.»

Aquí de Lope:

«—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—¡Y cómo si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo».

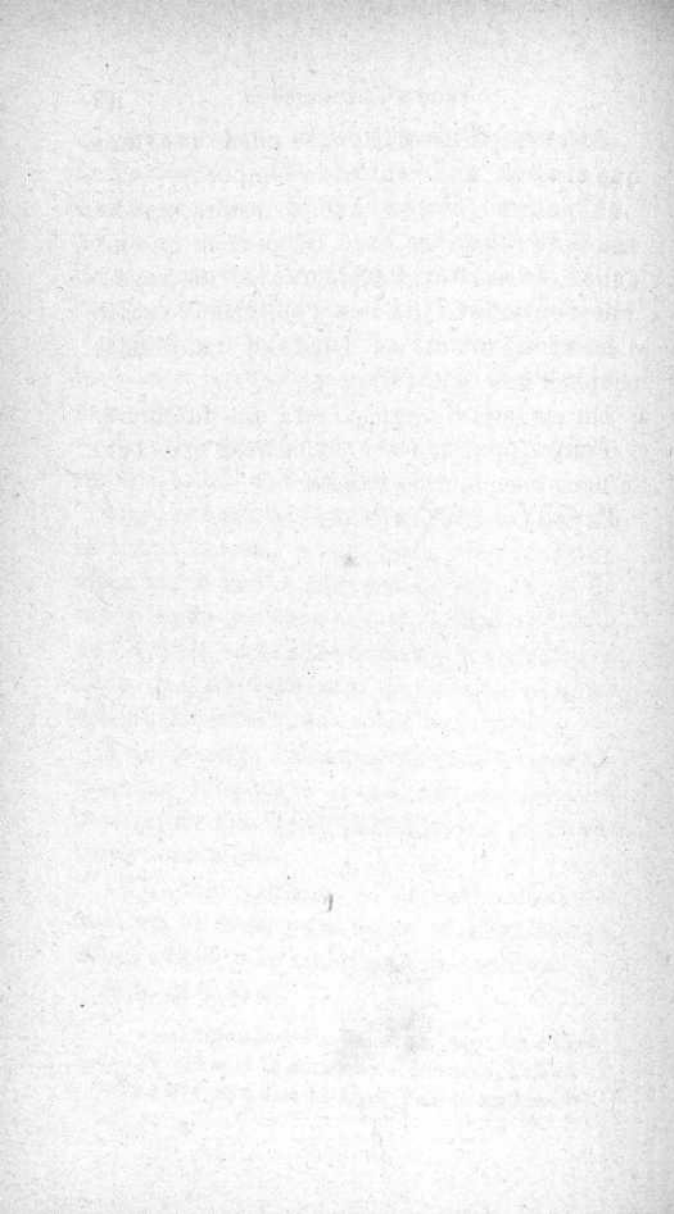
Porque, efectivamente, se puede asegurar que el autor no lo entiende tampoco.

¡Y pensar que para exhibir estas cosas ha tenido la *Directiva* de la Económica que alquilar un escritor, llamémosle así, distrayéndole de su oficio jurídico y obligándole acaso á hacer cincos en sus legales y retribuidas ocupaciones!

En las cuales tampoco será una lumbrera.

Pero regularmente no lo hará tan mal como lo hace metido á periodista.

Zapatero, á tus zapatos.



XIV

Carta sin sobre ¹.

Palanquinos, cualquier día.

Apreciable tocayo: Después de saludarte, paso á decirte que yo no sé si por aquello de *Interrogatio et responsio eodem casu gaudent*, que libremente traducido del latín, para que lo entiendas, viene á decir así como que para un Pascual bueno es otro, se han empeñado los señores redactores de *La Crónica* en que sea el repartidor y no ellos quien conteste á tus cartas de Azadinos.

Las cuales cartas, dicho sea de paso, no necesitaban llevar arriba la fecha, porque á lo que es cuenta, y según dicen los que lo entienden (que yo de esas cosas confieso fran-

¹ Dirigida á un fiscal metido á literato, que se firmaba *Pascual del Fueyo* y fechaba sus lucubraciones en *Azadinos*, pueblo cercano á León.

camente que entiendo poco más que tú), sólo en *Azadinos* habían de ser escritas, no pudiendo haberlo sido con otra cosa que con el humilde instrumento agrícola que parece haber dado nombre al pueblo: vamos, con la azada.

Por lo que hace á la fecha de la mía, no es para que te extrañe, pues ya sabrás, porque te lo habrán dicho tus amigos los de la *Directiva* de la Económica, que hemos trasladado hace tiempo la redacción á este lugar, de donde si nos mudamos otra vez, será á Palencia, capital de una de las provincias limítrofes, ó á Barambio (Alava), ó á Cascante (Navarra), ó á Palos de Moguer (Huelva), y ábate no nos traslademos á Fresnedo, porque está visto que sólo desde alguno de los pueblos indicados se pueden contrarrestar ciertas sabidurías que nos invaden.

Basta de preámbulos y vamos al asunto:

He oído leer tus cartas y aun hacer sobre ellas algún comentario, aunque no tantos, ni con mucho, como tú te imaginas. Lo que es verdadero entusiasmo, puedo asegurarte que no han excitado en nadie más que en el Director del *Bernesga*.

¿Qué quieres? El mundo es muy ingrato y además muy necio, y deja pasar á lo mejor, sin hacerlas caso apenas, las cosas más nota-

bles. Esta reflexión moral que se me ha ocurrido, te consolará un poco.

Oí hablar algo acerca de tu persona y de tu verdadero nombre. Lo que nadie quiso creer es que hubieras sido fraile: eso no. Aun cuando no fuera una trasnochada majadería lo de la metempsicosis, con que vuelven hoy á dar ruido los espiritistas, y lo de las transformaciones darwinianas, última palabra de la *ciencia*, tú nunca has podido ser fraile: en esto convenían todos. Hay grados en la escala zoológica (hablo en vuestra jerga) que son perpetuamente estacionarios, y el que cae en ellos no se mueve ni hacia atrás ni hacia adelante. Tú, aun cuando realmente hubieras vivido otra vez, estate seguro de ello, nunca habrías sido fraile, nunca habrías podido ser más que... lo que eres ahora.

Respecto al nombre, hubo quien dijo que *Pascual* debía de ser un sinónimo ó un anónimo ó un seudónimo (poco importa, porque ni tú ni yo entendemos de numismática) ó un anagrama ó... Esto de *grama* no lo tomes por alusión ofensiva, porque no es verde, sino griego.

Otro extrañaba que de haberte firmado Pascual, no te hubieras puesto Pascual Bailón; pero yo luego caí en la cuenta, y es claro, tu modestia no te lo ha permitido; porque

como no es bueno mentar la soga en casa del ahorcado, de seguro dijiste para tus botones: si me pongo Pascual Bailón, me van á decir ¡que baile!

Y el caso es que no has adelantado nada, porque casi todos lo dicen.

Y dicen más. Hay quien dice que mientras en estas cartas aparentas burlarte de la filosofía alemana, por el bien parecer has escrito en otro periódico un artículo casi célebre, en alemán puro, cosa que yo á la verdad no puedo explicarme, á no ser que el artículo aquel te le hayas encontrado, ó á no ser que no tengas ideas fijas, ni sin fijar, en ese asunto... ni en los otros, porque de esto también se dan casos.

¿No te acuerdas de aquel presidente y aquellos secretarios de mesa electoral que, allá cuando estaba mandado que consignasen sus ideas políticas pusieron lisa y llanamente: presidente, *sin ideas*; secretarios, *lo mismo*?

Pues átatela al dedo... Ya ves, aquellos no sabrían menos, pero eran más francos.

Por lo demás, el artículo aquel casi célebre lleva de firma la primera letra del alfabeto, y por eso hay quien dice que te llamas A... aunque yo creo (y en este mismo sentido oí expresarse á un individuo de la Comisión de

Monumentos) que debes llamarte ¡¡Ah!!!! con hache y media docena de admiraciones, porque te encuentro verdaderamente admirable.

Chico, ¡qué erudición la tuya! Te digo de veras que estoy orgulloso de ser tu tocayo.

Eres un hombre universal.

Los de la Comisión de Monumentos se ríen mucho de ti y de que en tu segunda carta te hagas el interesante y el temible, ó como alguno de ellos ha dicho, el *enano de la venta*, suponiendo que la primera les había puesto, como dicen los franceses, la carne de gallina. Pero aunque se ríen es porque no digan, y tú ten por seguro que no dejará de andarles la procesión por dentro.

A más de que tú tienes salida para todo, porque te pones un día y le fastidias á uno en prosa, y vuelves otro día y le fastidias lo mismo otra vez en prosa, y al tercer día si se te antoja le fastidias en verso. *Velai* lo que tiene servir para todo.

Ello sí, las prosas tuyas no serán buenas, de hecho no lo son; pero en cambio los versos ¡ah! lo que es los versos son rematadamente malos, son un delito de lesa retórica y poética y hasta de lesa sentido común, delito que no se sabe cómo el *ministerio fiscal* no persigue de oficio, pues de seguro se han formado causas por otros menores.

Porque mira, en tus versos, llamémosles así por no llamarles berzas, confundes el asonante con el consonante y los empleas indistintamente, y unas veces conciertas *perra* (¡perros de versos!) con *tierra*, que es consonante, y otras con *lenteja*, que es asonante, y ni has hecho cuartetas, porque para esto debían estar concertados en consonante todos, ni has hecho un romance en *ea* porque para esto debiste dejar libres los versos impares, que también has concertado unas veces en consonante y otras en asonante, según salía.

En fin, tocayo, que no sabes lo que has hecho, ni sabes por donde andas, y cualquier mal estudiante de retórica puede hacerte burla.

Todo esto dicen; y aunque ya debes suponer que mucho de ello es envidia, mas por si acaso no te vuelvas á meter á hacer versos, ni ninguna otra cosa que no sepas, que deben de ser muchas.

En lo que has tenido verdadera fortuna es en hallar un periódico tan acomodado para tus lucubraciones y al cual se ajustan éstas, según frase del poeta.

Como se ajusta la pupila al ojo.

porque en eso de no entender las cosas corréis parejas colaborador y colaborado.

Y si no mira: según he oído decir á los señores redactores, allá en tiempos escribía para *El Bernesga* unos *Ecos de Madrid* un tal Julio Nombela, que no era largo sastre, pero, vamos, era un escritor culto; y un día daba cuenta de cómo se había representado á beneficio de los inundados de Murcia la comedia latina de Plauto titulada *Captivi*. Y ¿qué hace *El Bernesga*? No le sonó eso de Plauto, porque sin duda no había oído hablar de él, recordó haber oído hablar alguna vez de *Platón* (que para vuestra inteligencia fué un filósofo griego), y enmendó el original en tres partes, poniendo tres *Platones* en lugar de tres *Plautos*, y levantándole al pobre Platón la calumnia de haber escrito una comedia latina.

Ya ves si cuadran bien en ese periódico tus aventuras literarias.

Y á cuento de esto, ó aunque no venga, porque tampoco vienen otras cosas que cuentas tú, te voy á referir otra anécdota histórica é interesante que he oído á uno de los señoritos. Parece que se encontraron el año pasado en el Casino de Madrid dos antiguos generales progresistas, y el uno le dijo al otro, queriendo enterarse de cómo iban los trabajos políticos de su partido, los trabajos de conspiración, que no iban muy bien por cier-

to, pues acababa la policía de prender á uno de los jefes:

—Hola, Juan. ¿Qué hacemos?

—Chico, nada; lo de Hipócrates: tejer y destejer.

—Mira, hombre, por Dios, no te metas en la Biblia, porque te vas á volver loco.

Donde verás que el uno confundía á Hipócrates con Penélope, y el otro creía que Hipócrates y Penélope eran personajes bíblicos.

Y entre paréntesis: ¡Qué par de colaboradores para *El Bernesga!*

Tampoco has hecho bien en pronunciarte contra el Torreón del Hospital de San Antonio, ni en meterte en honduras sobre si tiene ó no tiene mérito. Porque á ti y á mucha gente os pasa una cosa; que no os parece hermoso más que lo blanco. ¿Qué sabes tú el mérito que tiene aquello, ni si produce buen ó mal efecto á la entrada de la ciudad?

Lo mismo hacen en todas las aldeas: dan de blanco á las puertas y á las ventanas, única sillería que tiene la casa, porque no les gusta el color aquel rojizo, y dejan la mampostería al descubierto.

«¡Insípido monumento!»... Al fin, de Azadinos.

Pero en lo que también has estado deplorable es en la resolución del conflicto de las

obras de la Catedral. Convenido en que así, como tú, le resolvería cualquier alcalde de monterilla; ¿pero dejaría por eso de ser una alcaldada?

Parece mentira que seas de justicia.

Sobre este punto no des vueltas; el conflicto está resuelto de la manera mejor, y el causante no volverá por aquí afortunadamente, á menos que no suban al poder los liberales y te hagan á ti ministro de Fomento, lo cual no me parece probable. Dirás que se han visto cosas muy raras, y es verdad, pero eso ya sería demasiado raro.

Por último, chico, y voy á concluir, porque esto se va alargando demasiado; no te alabo el gusto en aquello de hablar como una persona inteligente de los atentados contra la plástica, la dinámica, la estética, etc., por que ¿qué se dirá de los que tú cometes contra la literatura y aun contra la gramática? A no ser que cuando escribías eso no te hubiera pasado por las mientes meterte á hacer versos... perrunos.

Porque ¡cuidado que haces unos versos!...

Y no es lo peor que tú hagas versos malos, que al fin y al cabo, si no has de abandonar las ocupaciones propias de tu carrera, nunca muchos podrás hacer, sino que te los imitan.

Porque, ya se sabe: en cuanto se presenta

Como dos y dos son cuatro,
Vate, á quien me rindo entero,
¡Oh gran Don Pascual del Fueyo!

Otro mal grave tiene el que tú hagas ó cometas versos de esa índole, y es que ¿cómo vas á *acusar* después á nadie? ¿Con qué cara te vas á presentar ante el tribunal pidiendo pena para tal ó para cual delito, cometiéndolos tú tan grandes ó mayores?...

Seguir siendo fiscal y escribir de esos versos... Sería lo que se llama repicar y andar en la procesión, lo cual no es posible.

Conque, adiós, tocayo, hasta otra, y manda lo que quieras á tu afectísimo

PASCUALÍN. ¹

POSTDATA. Se me olvidaba pedirte un favor: no vuelvas á escribir en periódicos jamás de la vida, si es posible; y caso de que escribas alguna vez, ten cuidado, por lo menos, de no *habrir* las puertas con hache.

Tuyo *ut supra*.

1 Nombre usual del repartidor de *La Crónica*.

The first part of the history is divided into three books. The first book contains the history of the world from the beginning of time to the birth of Christ. The second book contains the history of the world from the birth of Christ to the present time. The third book contains the history of the world from the present time to the end of the world.

The second part of the history is divided into three books. The first book contains the history of the world from the beginning of time to the birth of Christ. The second book contains the history of the world from the birth of Christ to the present time. The third book contains the history of the world from the present time to the end of the world.

The third part of the history is divided into three books. The first book contains the history of the world from the beginning of time to the birth of Christ. The second book contains the history of the world from the birth of Christ to the present time. The third book contains the history of the world from the present time to the end of the world.

The fourth part of the history is divided into three books. The first book contains the history of the world from the beginning of time to the birth of Christ. The second book contains the history of the world from the birth of Christ to the present time. The third book contains the history of the world from the present time to the end of the world.

XV

Cantos... rodados.

Donde menos se *piensa*...

Sí, donde menos se *piensa* (con letra bastardilla), que es en cualquier partido liberal apartado del presupuesto; donde menos se *piensa*, salta... no diré la liebre, porque con la nueva ley de caza y la veda y la sociedad de animales protectora, ya casi no las hay; pero donde menos se *piensa* saltan media docena de *poetas*, vamos al decir, que le tiran un *canto* al lucero del alba.

Ó á cualquiera de los luceros del partido.

Y nada; contra semejantes agresiones no hay defensa posible. No vale ser monstruo, ni ser de pocos estudios, ni tener mala intención, ni ser mujer siquiera. No se escapa nadie sin su cantazo correspondiente.

Se ha dado un caso que no deja lugar á la duda, ni á la esperanza.

El lugar del siniestro ha sido Antequera, por donde dicen que sale el sol en ocasiones cuando alguno, verbigracia, de quien se podía esperar una barbaridad, hace una cosa de provecho.

Digo que *dicen* que sale, porque la verdad es que yo no le he visto nunca, ni en nuestros días se ha dado ese consolador fenómeno político.

Siempre que hemos esperado un mal, por ejemplo, un mal gobierno, ha venido ese mal, un poco mayor de lo que se esperaba, eso sí; pero el más y el menos no cambian la esencia de las cosas.

Hubiera salido el sol por Antequera, verbigracia, el día en que Romero Robledo hubiera pensado igual que el día anterior en política, ó el día en que Silvela hubiera pensado de algún modo, ó el día en que el general Martínez Campos...

Pero vamos al grano, digo, á las piedras.

El diario conservador que da cuenta de la desgracia ha puesto á la reseña el título de *Mosaico*, bien penetrado, sin duda, de que iba á presentar al público una colección de adokines y demás cantos de diversos tamaños, formas y colores.

El preámbulo exculpatorio dice:

«Nuestro discreto (¿?) corresponsal de An-

tequera nos ruega que reproduzcamos las composiciones po... po... (¿po qué?) poéticas (!) que, en honor (hasta cierto punto) de nuestros ilustres amigos, circularon (rodaron casi) en aquella ciudad el día de su llegada, y no debemos desatender su petición, por ser el que la hace persona (¿está usted seguro?) para nosotros tan querida.

«Quebrantamos... (la cabeza á la poesía y al buen gusto: este verbo está bien traído) por complacerle nuestra costumbre de no insertar versos; pero vaya en gracia... (no, señor; en desgracia, querrá usted decir) por una vez la novedad, ya que sin pretensiones (¡pues podían tenerlas!) llegan á nuestras puertas aquellos modestos (?) jóvenes á quienes su buen deseo ha *impulsado* á buscar inspiración (y á no encontrarla) en su entusiasmo para cantar *en rima*...»

¿Cantar en rima?... Será *en rama*, que es como se dice que están los algodones, las lanas y otras excrecencias cuando están en bruto.

«He aquí los versos», dice luego el diario conservador, como si dijera he aquí el cuerpo del delito.

El que tira la primera piedra, sin estar, por supuesto, libre de pecado literario, es un poeta, y perdone la calumnia, que se llama

Moreno, del color del canto que dispara, que también es bastante moreno, negro casi.

Se dirige á la ilustre consorte de un personaje político, pues en casos tales ni las señoras se libran de una pedrada.

En cambio se va á librar del análisis el canto de Moreno por la consideración de haber sido asestado contra una señora, y vamos adelante.

El segundo *canto* tiene la forma de soneto, y va dirigido contra «el *Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo* (Dios le haya perdonado sus muchísimos pecados literarios y políticos), *con motivo de su visita á esta ciudad*».

El apedreador de D. Antonio se llama Fernández, y apedrea así:

«¿Quién el cantor será de *aquella historia*
Que vuestro nombre eternizó potente?»

EL ECO: ¡tente!

Pero ¡ca!... el *poeta* no hace caso del eco ni de nadie; se ha propuesto descubrir las historias de D. Antonio, y sigue:

«¿Quién osará elevar su humilde frente
Al ver la majestad de tanta gloria?»
(¡Cuidado no te caigas en la noria!...)

No, esto no crean ustedes que es la continuación del soneto, aunque lo mismo pudiera

ser; esto es una advertencia que he querido yo hacer al *poeta*, por lo que le pueda servir.

El soneto sigue de este otro modo:

«¡Empresa es de verdad! y de ilusoria...»

¿En qué quedamos, Sr. Fernández? ¿Es de ilusoria ó es de verdad?

Hombre, ha de ser Ud. más formal, y no decir tan pronto una cosa como otra.

«¡Empresa es en verdad! y de ilusoria
Se torna mi esperanza en impotente...»
(Pues llámela usted hache buenamente.)

Sí, llámela Ud. hache, porque de ilusoria á impotente, no va el salto de un perro.

«*No obstante* que mi espíritu presiente
Por qué se inmortaliza la memoria.»

No obstante que no lo entendemos, ni Fernández ni yo, sigamos. Hay que apurar el cáliz de los ripios hasta las heces:

«La humanidad, la ciencia...»

¡Ahora sí que sale!.... La ciencia, la humanidad... Este Fernández no va á dejar títere con cabeza.

«La humanidad, la ciencia, en ritmo cierto
(*¡Estoy temiendo que le llame tuerto!*)
Proclama vuestro *genio* sin segundo.
(*Es verdad, tuvo un genio furibundo.*)
Que hace brotar la luz do está lo incierto:
Por eso se levanta del profundo...

¡Ca! Ya verá Ud. cómo no se levanta.

Un ¡hosana! que dice en su concierto
Vuestra patria, señor...

Puntos suspensivos, que buena falta hace descansar.

Ahora verán ustedes lo que sale después del descanso.

«Vuestra patria, señor... es todo el mundo.»

¡Gracias á Dios! ¡Y qué descansado le habrá quedado á Fernández el entendimiento!

Ahí tienen ustedes á Don Antonio pintado por Fernández de dos pedradas: su patria es todo el mundo, porque lo proclama un *hosana* que se levanta del profundo, es decir, del infierno. ¡De allí han de salir los *hosanas* á Don Antonio, que lo que es de por acá...

Los que mejor le quieren le *cantean* de esa manera.

O de esta otra:

«En vuestra frente del *genio*
Brilla gigante la llama.
(*Bien ha dicho Don Arsenio,*
Que el que no llora no mama.)
Vuestro *colosal* talento
Hace á la ciencia *su esclava*...»

Bien que lo diga Ud., Sr. Calvo (este apedreador se llama Calvo); y bien se conoce que la hace su esclava, ¡así la trata él, á baqueta!

Ahora verán ustedes otro canto disparado contra el menor y más morenito de los Silvelas, ó sea contra el más malintencionado de los Pacos conservadores (incluso el difunto perro que se llamaba así.)

No es una silva, con *v*, pero parece una silba con *b* de palo:

«¡Señor! si acaso ferviente...»

No, eso, nunca; ni por acaso. Paquito Silvela nunca será ferviente; siempre será frío como un hielo. Pero en fin... Sigamos:

«¡Señor! si acaso *ferviente*...»

Veis que un pueblo se *aglomera*...»

Aquí tienen ustedes una *aglomeración* poética que por lo prosaica ha podido escribirla el conde de Cheste, el primer marqués de Valmar ó cualquiera de los académicos reinantes, á excepción solamente de algunos que no escriben, ni mal siquiera.

¡Oh, joven *Guerrero* (este apedreador de los Pacos y del sentido común y de las Musas, en consonancia con sus instintos destructores, se llama *Guerrero*, y además *Delgado*), tú llegarás á ser, si sigues apedreando así, tú llegarás á ser académico de la lengua.

Por ahí empezó Cánovas.

El cual tiene, por cierto, muy bien mere-

cida la pedrea que los *vates* antequeranos le acabáis de dar.

Lo mismo hizo él con la *luna*, y con la *golondrina*, y con otra porción de cosas contra quien dirigió sus juveniles *cantos*.

¡Bien empleado le está!

Quien siembra ripios, recoge tempestades literarias.

Lo mismo que le está bien empleado á Romero Robledo el siguiente soneto con que le han pegado en la frente.

Muy bien.

Tan bien, que, de aquí en adelante, para decir que ha caído bien una cosa, ya no se dirá «como pedrada en ojo de boticario», sino como soneto en cabeza de conservador.

El soneto ó el *canto* es de esta figura:

«AL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

con motivo de su visita á esta ciudad.

«Yo os saludo, señor; y no os afrente...

¡Hombre, por Dios! ¿Por qué le ha de afrentar que usted le salude?

¡Digo! ¡Y qué idea tendrá este guerrero (es el mismo *guerrero delgado* de atrás) de los saludos conservadores!...

La verdad es que hay saludos, sobre todo si son en verso, capaces de afrentar á cualquiera.

«Yo os saludo, señor; y no os afrente
Si arranco á mi laúd vagos clamores.»

En primer lugar eso no es verdad, porque usted no tiene laúd; ¡qué ha de tener usted! Y en segundo lugar, lo que arranca usted son los cabellos á la pobre retórica, que ningún daño le habrá hecho á usted probablemente, más que, si acaso, ocasionarle á usted alguna encerrona de pequeño.

Pero sigamos:

«Que ellos...»

Los vagos clamores arrancados, no se olvide.

«Que ellos son ¡ay! los lauros y las flores
Que puedo yo ceñir á vuestra frente...»

¡Vamos! ¡Mire usted que llamar *lauros* y *flores* á unos *clamores vagos* y *arrancados*!

Pero siga usted. Al cabo ya ¿qué podrá ser? Ó ¿qué podrá usted decir peor que lo que ha dicho?

«Pasad y oiréis al festival torrente
(EL Eco: ¡Ente!)

De este pueblo que fiel, entre vitóres...

(¡Y qué prosodia gastan los señores!)

Va regando, señor, vuestros favores...»

Vamos, hombre, por Dios, que esto ya pasa de castaño oscuro. ¡Mire Ud. que regar favores!... En esas tonterías gastan en algunos pueblos el agua.

Y luego empezaba Ud. diciendo al ex-pollo que no le afrentara su saludo de usted! ¿Qué ha de hacer más que afrentarle un saludo con todos esos riegos?

Toca á concluir, y dice:

«Pues... lo juro...»

No, no, no jure Ud., que es pecado jurar en vano. Y harto ha pecado Ud. ya, sin que añadida otro pecado jurando.

Pero aún falta otro canto, no menos soneto, es decir, no menos redondo, disparado por Campos y Simón (dos nombres distintos y un solo mal poeta), contra el mismo don Paco.

La dirección es la misma que la del *canto* anterior, no en diagonal, como las miradas de Cánovas, sino de frente; sólo que éste lleva delante un rengloncito que dice: *Alegoría*.

Vamos á ver:

«Ruge la tempestad, y misterioso
Su aliento agita el aquilón potente;
Y sus cataratas mil de luz candente (!!!)
Cruzan la altura con fulgor fragoso.»

¡Eso es! Como si dijéramos con fulgor de aquel redactor que fué de *La Iberia* y autor del artículo titulado: *Volvamos en sí*.

«Ruge la tempestad (*bis*) y del furioso
Mar agitado por feroz tridente, (!)
Algida, horrible, insólita (*¿uada más?*) corriente
En valle cambia el piélago espantoso
 (*¡Hombre, no haga usted el oso!*)
Mas si avanza la noche tenebrosa
 (*Ni tampoco la osa*)
Y los rayos penetran por doquiera...
 (*Menos por tu mollera*)
Y la tierra retiembla pavorosa...»

Figúrense ustedes lo que pasará entonces...

Pero, en fin, repito que les está bien empleado á todas las víctimas de los *cantos* conservadores y rodados de Antequera.

Á D. Antonio, porque también él disparó cantos de esa clase.

A Paquito Silvela, porque también él, á lo menos con la intención, está siempre apedreando.

Y á Romero porque, aun cuando no ha hecho versos nunca, ni siquiera malos, apedreó también á las instituciones escribiendo ó mandando escribir á Ducazcal aquello del ministerio de Hacienda.

Con que, justo castigo á su perversidad, como él dijo.

Banquetes postales.

Ya va siendo antiguo el mal servicio de correos en España.

Como que data de la época inmediatamente posterior á la de Adán... (D. Juan Montilla y) mi buen amigo y excelente Director de correos y telégrafos que fué hace unos seis años.

No fueran ustedes á creer que al hablar de la época de Adán me refería á la de nuestro primer padre...

No; ya sé que entonces no había correos ni Barrosos, ni Lemas, ni telégrafos, ni banquetes postales.

Y estaban nuestros antepasados, á lo menos por este concepto, mucho mejor que nosotros.

Porque es mucho mejor no tener correos ni telégrafos como entonces, que tenerlos tan

mal arreglados como ahora, que puede decirse que no le sirven á uno más que para perder el tiempo y el dinero y hacer mala sangre.

En el mes pasado se me ocurrió á mí un día ir á Toledo á ver á un amigo.

No me había acordado de avisarle por el correo una semana antes para que llegase á tiempo la carta, pero antes de montar en el tren me acordé por mi mal del telégrafo, y me dije:

¿Para qué queremos esos alambres y esos postes que nos han costado tan caros, sino para casos así?..

Tras de esta reflexión, puse mi telegrama, corto, como la inteligencia de algún ministro, claro, como la mala fe de cualquier H***, sencillo, como la tarea de un diputado de la mayoría...

«Voy en el expreso. — *Antonio.*»

Me presenté con el papelillo al telegrafista de la estación de Atocha, y le dije:

— ¿Llegará pronto?

— En seguida — me contestó.

— Porque como Ud. ve, es el aviso de que voy; y si no llega antes que el tren, es inútil.

— Descuide Ud., llegará mucho antes.

Descuidé, en efecto, ¡ay! no sin pagar de

antemano la peseta y el perro chico que el telegrama ordinario tiene de tasa...

Eran las ocho menos cuarto de la mañana.

Monté en el tren, que salió á las ocho en punto y llegó á Toledo á las diez... no recuerdo si en punto ó en punto y coma.

En la estación no me esperaba nadie.

Llegué á casa de mi amigo; pregunté si había llegado el telegrama, y no había llegado.

¿Qué había de llegar?..

Ni habría salido todavía de Madrid probablemente...

Ya estaba yo tratando de emprender el viaje de vuelta por el tren de la tarde, cuando acudió un ordenanza con el telegrama dichoso.

—Tenga Ud.—le dijo la doméstica al devolverle el talón:—ha firmado el recibo el mismo señor que puso el parte en Madrid esta mañana y que llegó por el tren hace ya no sé cuántas horas.

El ordenanza miró á la muchacha con indiferencia rayana en la estupidez y se fué tan campante.

También yo me fuí poco después hacia la estación á tomar el tren de vuelta, preguntándome: ¿Para esto sirve el telégrafo?...

Y contestándome después de reflexionar y

hacer memoria de otros cien casos parecidos:

— Sí; para esto suelen servir el telégrafo y los telegrafistas... así como los empleados de correos suelen servir para perder las cartas, y á veces también para encontrárselas...

Y así como los directores del ramo suelen servir para no remediar ninguna de estas cosas.

Llegué á las ocho de la noche á la estación del Mediodía, salí, me monté en un tranvía de los de Estaciones y Mercados que, después de dos paradas muy largas, una en la Puerta de Atocha y otra en la plaza de Antón Martín, para llenar el vehículo y las medidas del público, me condujo á la Puerta del Sol.

Al volverme desde allí hacia mi domicilio del hotel de Rusia á hacer por la vida, me encontré la acera derecha de la Carrera de San Jerónimo obstruída por gran número de personas que se arremolinaban hacia el escaparate de un joyero.

¿Qué será?—me dije;—y empinándome un poco, pude ver que toda aquella gente contemplaba dos lujosísimos servicios de café, de plata labrada, destinados uno al señor Barroso y otro al señor Marqués de Lema, últimos Directores generales de Comunicaciones, como regalo de los empleados del ramo...

¡Así, así!—me dije;—y los telegramas que sigan llegando tarde, y las cartas que sigan *perdiéndose*.

Impropiamente hablando, por supuesto; porque perder, las cartas no se pierden nunca.

Al contrario; cuando se dice que se han perdido, es que alguno las ha encontrado.

Volviendo á los banquetes, no me opondría yo á que los empleados de correos ó los de telégrafos se reunieran á comer cuando les diera la gana, con tal que se contentaran con comer y no maltrataran á la literatura ni al idioma.

Como no me opondría tampoco á que hicieran regalos á sus jefes, á que fueran espléndidos y generosos con sus directores, con tal que á los demás nos dieran siquiera á cada uno lo nuestro; vamos, con tal que no nos retrasaran los telegramas ni nos sustrajeran las cartas.

Pero eso de que sirvan tan mal en su oficio, como se deduce de las quejas que todos los días aparecen en los periódicos, y se deduce también del juicio oral ruidoso que en estos momentos se está celebrando; eso de que se apoderen á lo mejor de las cartas y de las libranzas ajenas y se vengán luego con alardes inoportunos de largueza y de espléndidez, no es de paso.

Ni lo de que celebren ellos francachelas y pague el pato la literatura.

Como verán ustedes que ha sucedido, pues así lo cuentan ellos mismos en un periódico:

*
* *

«BANQUETE. Para celebrar el octavo aniversario de la creación del Cuerpo de Correos, todos los empleados libres de servicio se reunieron anoche en el hotel de Roma.»

Bueno.

«Con un espléndido banquete celebraron dicha fiesta.»

Bueno también.

«Presidía el acto el Director de Comunicaciones, Sr. Marqués de Lema; única fiesta de esta índole.»

Malo; esto ya va muy malo.

Porque parece que el Marqués de Lema es una fiesta sobre ser un Director general.

«Presidía el acto el Director de Comunicaciones, Sr. Marqués de Lema; única fiesta de esta índole...»

Está bien claro; el Marqués de Lema, según el redactor de la noticia, es una fiesta de esta índole, es decir, de aquélla; vamos, de la índole de los banquetes postales.

Y no una fiesta cualquiera, sino la única.

«Presidía... etc., el Sr. Marqués de Lema, *única* fiesta de esta índole.»

De manera que, según el redactor de la noticia, no hay más Lema, digo, no hay más fiesta de Correos que el Sr. Marqués.

Continuemos leyendo, á ver en qué para.

«Presidía el acto el Director de Comunicaciones, Sr. Marqués de Lema, *única* fiesta de esta índole á la que *por primera vez* ha concurrido...»

Como ustedes ven, lectores amables, vamos de mal en peor, y yo no sé en qué va á parar esto... ¡*Única* fiesta á que *por primera vez* ha concurrido!...

Si la fiesta era *única*, ¿cómo había de concurrir á ella sino por primera vez? ¿Nos lo querrá decir el autor de la noticia? ¿Habrá descubierto él la manera de concurrir *por segunda vez* á una fiesta que es *única*?...

En fin, que, aparte del desacato de convertir en fiesta á un Director general, eso de «*única* fiesta de esta índole á que *por primera vez* ha concurrido» es lo que se llama poner dos albardas, y bien podía el autor del suelto haberse contentado con una.

No ha concluído la noticia; falta la segunda parte, que, como en los romances de los ciegos, suele ser también en los banquetes la más lastimosa: la de los discursos.

«El Director de Comunicaciones, con mucha corrección y elocuencia, expresó á los reunidos el singular afecto que profesa al Cuerpo de Correos.»

Esto está bien.

«Deseo — dijo — *redimirme de aquellos trabajos* que el cargo impone para poder identificarme con vosotros.»

Esto ya no está bien.

Esto no lo pudo decir el señor marqués de Lema, persona ilustrada.

Porque *redimirse de los trabajos que el cargo impone* debe de ser algo así como dejar el cargo, hacer dimisión, en una palabra. Y ni es de creer que el señor marqués deseara tal cosa, ni el ponerla en práctica le podría servir para identificarse con los empleados de Correos, sino para lo contrario.

Á no ser que quisiera dejar la Dirección general del ramo para ponerse á servir una ambulante de 5.000 reales, lo cual tampoco es muy creíble.

Todavía el autor de la noticia le cuelga este párrafo al señor Director, tan injustamente como le colgó el otro.

«Además — añadió el señor marqués (no lo crean ustedes, no pudo añadirlo), — vuestra independencia es notoria, puesto que los *rudos y honrosos* trabajos que os están enco-

mendados *lo son* con el aislamiento *casi total* de elementos extraños al cuerpo...»

¡Que no lo dijo, vaya! Nadie me mete á mí en la cabeza que el Director dijera eso de «los trabajos que *os están* encomendados *lo son...*» ni ninguna de esas cosas.

Como tampoco diría regularmente lo que se le atribuye un poco más adelante, dirigiéndose á los mismos empleados de Correos:

«No estáis llamados á desaparecer...»

¿Había de confundir el señor Director á sus subordinados con la forma poética?

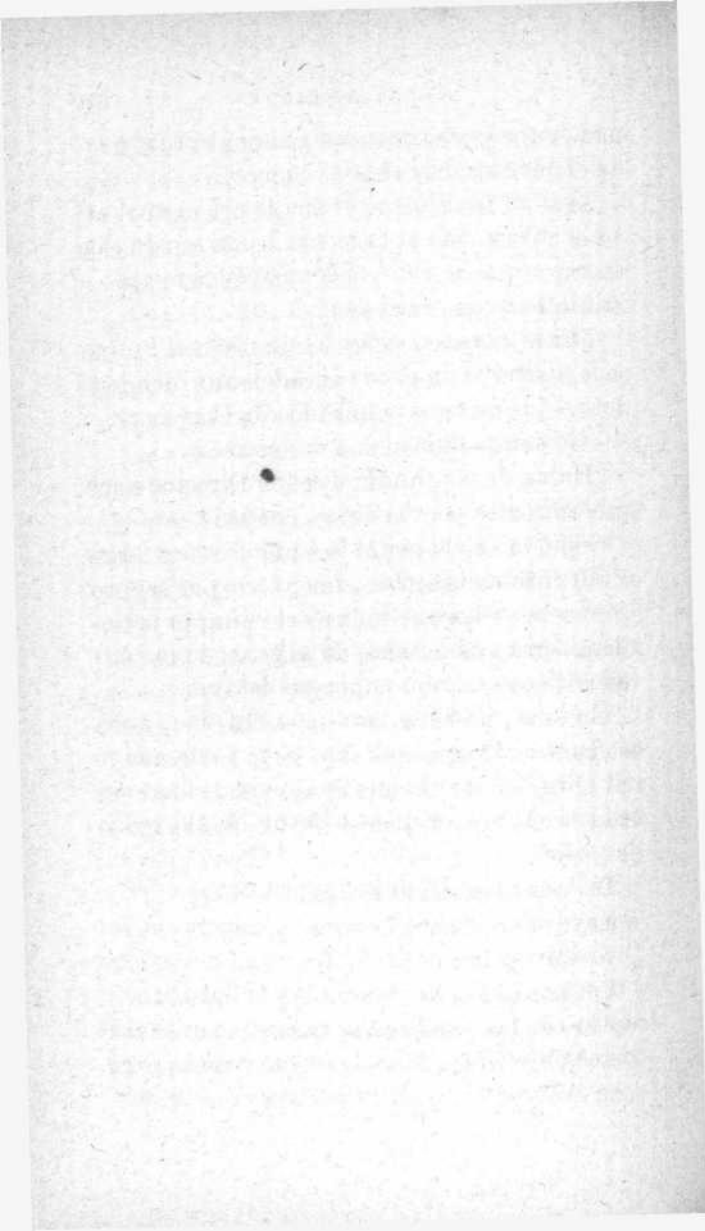
Como la relación del banquete es tan larga y tan circunstanciada, tengo yo por seguro que no se entretuvo en hacerla ningún periodista, sino que es obra de alguno de los comensales, de algún empleado del ramo.

En este supuesto, que para mí tiene toda la firmeza de una realidad, si yo fuera amigo del Director de Comunicaciones, ¿saben ustedes cuál era el primer favor que le había de pedir?...

La cesantía del autor del suelto.

Sea quien fuere, aunque resultara ser el Director mismo...

Porque quien así cambia en la escritura el destino de las palabras, es imposible que en el correo deje de cambiar el destino de las cartas.



XVII

¿Para qué sirve el latín?

Si oyen ustedes á todos esos botarates bien vestidos que bullen y peroran y hacen leyes y dirigen la opinión, y sin haber estudiado cosa alguna deciden magistralmente sobre todas las cosas... para nada; el latín no sirve para nada.

Y tienen razón... desde su punto de vista.

Pues si á vivir sin trabajar y á enriquecerse con lo que trabajan los otros, que es el fin práctico de la vida moderna, se puede llegar sin saber latín, es natural que ellos no le echen de menos ni le encuentren utilidad ninguna.

Y que se puede llegar es claro, cuando se llega...

Ahí están los prohombres del liberalismo atestiguándolo.

Todos eran pobres al empezar su carrera

(llamémosla así, pues también los bandidos llaman así á la suya). Sin camisa algunos, con los codos rotos los más, en modesta posición los restantes... Y sin más que sacrificarse por el país, que es la antinomia con que entre ellos se conoce el hecho de robarle y esquilmarle, han llegado á tener coche, cocinero y manceba, y á vivir en plena satisfacción de todos sus apetitos, que es el fin supremo del liberalismo y de sus secuaces.

Como que no se implantó aquí para otra cosa el maldito sistema...

Bueno; y como ninguno de esos prohombres sabe latín, la demostración de la inutilidad de esta lengua sabia, desde el punto de vista liberal, no puede ser más aplastante.

Ahora, si se mira la cosa por otro lado, el latín no solamente es muy útil, sino necesario del todo, como base imprescindible de toda ilustración, aunque no haya de ser más que mediana.

Al que haya de escribir en periódicos, verbigracia, ya cuentos, ya cartas, ya artículos, le sirve el conocimiento del latín para no decir barbaridades á cada paso.

Figúrense ustedes que Doña Emilia Pardo Bazán hubiera sabido latín cuando escribió el cuentecillo aquel de la escapatoria de *Nati* y encajó aquello del *pulvis eris* como

fórmula de la imposición de la ceniza... Pues hubiera transcrito bien dicha fórmula, poniendo: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*.

Figúrense ustedes que hubiera sabido latín Ramoncito Necedal cuando escribió aquello *TOLLITA causa...* y aquello otro de *non volo...* Pues hubiera escrito *sublata causa* y *nolo*, en lugar de escribir aquellos disparates.

Figúrense ustedes que hubiera sabido latín Leandro Herrero... Pues no se nos hubiera venido con aquel desdichado *coram populi* en casi todos sus artículos, hasta que yo le enseñé, hace unos tres lustros, á decir *coram populo*.

Figúrense ustedes que hubiera sabido latín el Sr. Mataix, diputado no sé por dónde, por... Polavieja, me parece... Pues... acaso no hubiera salido diputado entonces, porque para eso suele ser un estorbo el saber; pero tampoco hubiera escrito al *Heraldo* este párrafo desde Filipinas:

«A las doce y media el general es servido, y siéntase á la mesa con sus ayudantes. Entre plato y plato conversa con frailes, militares, paisanos, autoridades civiles, *populum omnium*; es una hora de expansión y de confianza.»

Ya se conoce.

Por eso el Sr. Mataix se permitió en ella la confianza y la expansión de destrozar el latín.

¡Populum omnium!...

¡Cuidado que la cosa es gorda!

Porque *populum* es acusativo de singular y *omnium* es genitivo de plural; de manera que la concordancia... no me atrevo á llamarla vizcaína, porque no las hacen tan malas en Larrabezúa.

Para que la hubiera entre el sustantivo y el adjetivo, este último tenía que ser *omnem*, que es el acusativo, masculino y femenino de singular de *omnis et omne*.

Pero aun así, aunque dijera *populum omnem*, no desaparecía el disparate, quedaba en pie; porque los otros sustantivos en que termina la acción del verbo, los frailes, los militares, los paisanos, las autoridades, están en ablativo, y en el mismo caso tenía que estar el *pueblo todo*. «El general conversa *con* frailes, militares, paisanos, autoridades civiles y *con* toda clase de gente.»

Por cierto que si el Sr. Mataix lo hubiera dicho así, sencillamente en castellano, se hubiera ahorrado el desatino...

Mas no sirva esto de argumento para decir que con sólo abstenerse de echar latines pueden perfectamente librarse de barbarizar

los que no conocen esa lengua; porque esto es un error muy grande. Aun hablando siempre en castellano corren gran riesgo, los que no saben latín, de decir disparates; porque como son de origen latino la mayor parte de nuestras palabras, el que no sabe latín está siempre expuesto á emplearlas impropia-mente.

Citaré algunos casos graciosos:

1.º El de un escritor de talento y de ilustración nada vulgar, que desde el extranjero suele escribir correspondencias á un periódico de esta Corte, y que por no saber latín ha llamado *pugilato* á una lucha que no era precisamente de puños, sino de piernas... como que se trataba de un desafío á correr.

2.º El de un *periodista brillante*...

Pero éste merece contarse más despacio.

¿Ustedes quieren saber lo que en la jerga liberal se llama un *periodista brillante*?

Pues háganme ustedes el favor de seguir leyendo.

En primer lugar, es de saber que en el teatro que llaman *Español*, así por excelencia, se estrenó este invierno un melodrama francés desenterrado: para que todo siga siendo mentira en este régimen liberal, ó en esta negación de régimen que estamos padeciendo sin interrupción va para setenta años.

Y es de saber que el estreno de ese melodrama *francés* en el *Teatro Español* fué saludado por el periódico rotativo más *modernista*, es decir, más liberal y más extravagante de Madrid, con un artículo de todo lujo, titulado *Una aparición*, impreso en letra gorda y nueva, en la primera columna, y firmado por un escritor que venía á ser la gala de la casa.

Escritor *brillante*, periodista *brillante*, polemista *brillante*...

Nadie de la familia emplea nunca otro adjetivo al hablar del periodista de referencia.

Bueno, pues la justicia de la calificación ahora la verán ustedes.

Sea ó no sea el autor del manifiesto del General Polavieja, que de eso no tratamos ahora, sino del artículo del *Heraldo*.

En el cual, y á las primeras de cambio, queriendo dar idea del carácter del protagonista del drama *Cirano de Bergerac*, dice el *brillante* escritor lo siguiente:

«¿Adular al poderoso? — ¡Gracias! — dice sarcásticamente el atrabiliario *cadet*. — ¿Ir tras la sonrisa del Ministro?... ¡Gracias! — ¿Someter mi cuerpo á una *genuflexión dorsal* (!) para alcanzar algo que relumbre, algo que me prospere?... — Gracias, gracias, gracias...»

—¡Ave María purísima!—dirán ustedes.—
Ave María purísima, ¡qué disparate!... ¿Pero
no se está Ud. burlando de nosotros?...

—De ninguna manera. ¡Dios me libre!...

—¿Pero es exacto eso de la *genuflexión dorsal* así como Ud. lo cuenta?

—Así, textualmente como yo lo cuento,
exactísimo... Así se lee en el quinto párrafo
del artículo, en la línea treinta y nueve de la
primera columna. Así: *genuflexión dorsal*...

—¿De modo que ese brillante escritor, ese
periodista brillante, se figura que Cirano de
Bergerac tenía el dorso en la parte anterior
de las piernas, ó tenía las rodillas en el espi-
nazo?...

—No; no es que se figure nada de eso; es
que á ese joven, ó ex joven más bien, porque
ya hace veinte años que tenía lo menos otros
tantos, le pasa lo que á casi todos los *genios*
ó escritores *brillantes* del nuevo régimen, es
decir, que empezó gastando en escribir el
tiempo que debía haber echado en estudiar,
ha continuado empleando en ilustrar á los
demás el tiempo que necesitaba para ins-
truirse á sí propio, y... no sabe lo que es *ge-
nuflexión*.

El hombre se conoce que no sabe latín; no
lo ha estudiado nunca, y aunque ha oído mu-
chas veces decir *genuflexión... genuflexión...*

ha creído que es lo mismo que inclinación, aunque algo más retumbante, y ha encajado en lugar de «inclinación de espinazo» *genuflexión dorsal*...

— No, hombre, no — pueden ustedes decirle; — *genuflexión* no es sencillamente la flexión de cualquier cosa, es la flexión de la rodilla, y viene del latín *genu flexio*, porque ha de saber Ud. que *genu* en latín significa la rodilla... De manera que significando *genuflexión* la flexión ó la dobladura de la rodilla, hablar de *genuflexiones dorsales* es una barbaridad como un templo... protestante, para que la analogía sea mayor, ó como un Congreso de Diputados progresistas...

Pero le dicen ustedes todas estas cosas y... aunque acaso se le quede en la cabeza lo que es *genuflexión*, y no la vuelva á aplicar á las espaldas, seguirá siendo escritor *brillante*, es decir, escribiendo de lo que no entienda, que es la manera de ser *brillante* entre los liberales, porque ni él ni el *Heraldo* entran por el sistema *oscurantista* de estudiar y aprender, antes de escribir, siquiera el significado de las palabras.

Eso no, eso se quedaba para aquellos tiempos ominosos en que los hombres gastaban la juventud, lo mejor de la vida, estudiando, para poder escribir algo en la edad madura.

Sin que por eso, aunque escribieran bien, se les extendiera en seguida la patente de escritores *brillantes*.

Porque estas patentes las extiende la prensa liberal nada más que á los suyos.

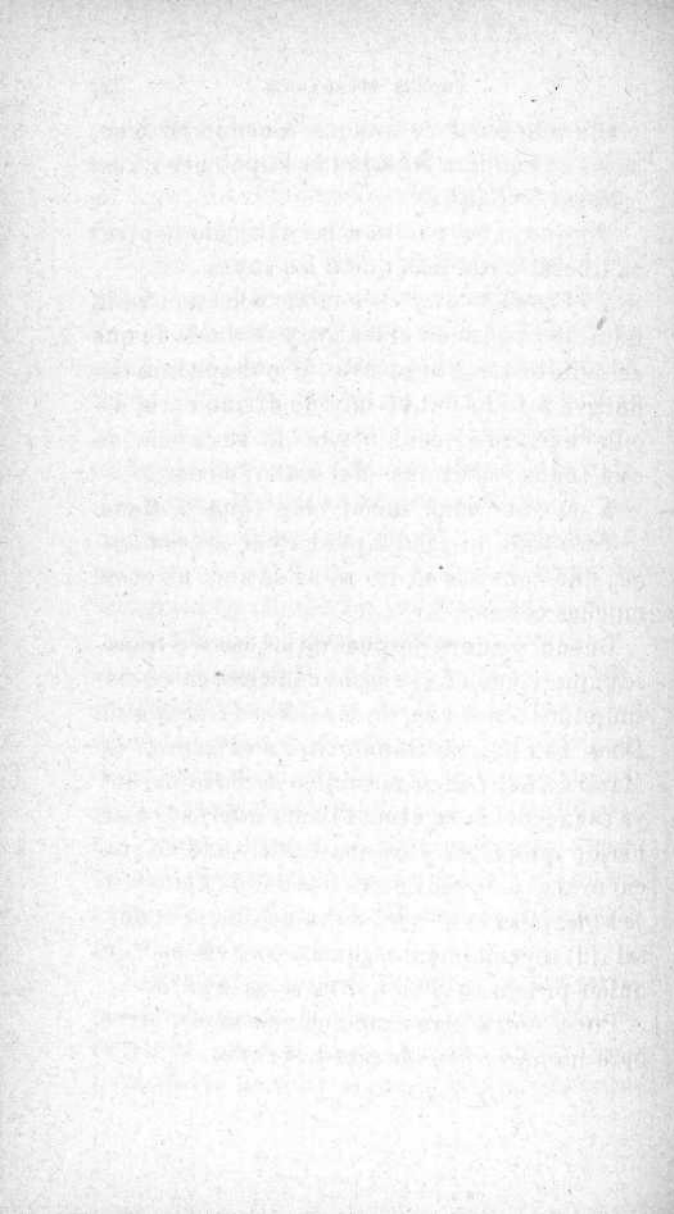
Y el caso es que el hombre echa contra la falta de ideales en el teatro, y se duele de que «el adulterio, y el incesto, y la despedida definitiva á todo lo que hay de divino en la arcilla humana», constituyan la sustancia de casi todos los dramas del teatro moderno.

Y en esto tiene razón; claro que la tiene.

Pero todo lo echa á perder con esa *brillantez*, que consiste en no saber latín... ni otras muchas cosas...

Bueno, y ahora después de los casos ó fracasos, que vienen á ser casos con frac, casos distinguidos... después de los casos ó fracasos de Doña Emilia, de Ramoncito, de Herrero, de Mataix... del *Diario* masónico de Badajoz, que ya se me olvidaba, el cual llamó *interfecto* á un herido que vivía y estaba declarando en juicio oral... y de esos otros dos del *pugilato* y la *genuflexión dorsal*, del de la genuflexión dorsal (!!!) especialmente, ¿habrá todavía por ahí quien pregunte para qué sirve el latín?...

Pues, entre otras muchísimas cosas, sirve para no hacer *genuflexiones dorsales*.



XVIII

Des- Trozo poético.

Á LA CONDESA DE...

(Fallecida durante la última guerra civil.)

«Todo; el genio, el valor y la hermosura
Huyendo de aquí va...»

*(Lo que es el genio, sí; por la lectura
Ya se conocerá.)*

«Por eso tú nos faltas...» (*¡Qué diablura!...*
¿Nos falta desde allá?

*Mas, si ha muerto la pobre criatura,
Perdónela usted ya.)*

—
«Yo sé, por más que sean mis desengaños...»
(Verso para diez años.)

(Sabe usted... ¿qué?) «Lo que es la dicha plena.»
(Vamos á ver si es buena.)

«Que es tener dulce patria y cortos años
Y una amistad serena.»

(Serena, sí, señor; que si es nublada
Ya no sirve de nada.)

(Pero, vamos, ¡nos deja usted absortos
Con su filosofía...
¡En no teniendo dulce ni años cortos
Se acabó la alegría!)

«Y ¡oh, cuán dulce *asimismo* en otros días
Esta patria nos era!
¡Siempre con sol para quien tú querías,
Y siempre en *pri mavera!*»
(*Siem-pren-pri-seán... y el dulce... ¡Bien decías*
Que el genio se ha ido fuera!)

«Los que entonces al hierro se arrojaron
Fué de extranjera lanza...»
(*También ritmo y sintaxis se marcharon,*
Y ahora... ¿quién los alcanza?)

«Mas hoy... perdona si, á la par que gime
Por ti, en mi pecho brota
Del otro intenso duelo que lo oprime...»
(*Construcción burda y eufonía ignota.*)

«Bien sabes que ahuyentaron de mi frente
Los nublos tus sonrisas »
(*Y recíprocamente.*)
«Cual de la playa en que nació el hirviente

Calor suelen las brisas.»
(Si entiendes esto, avisas.)

«Y cuando, ya sin ti, cansado y triste,
 La patria busco, veo...»
*(Aqueste BUSCOVEO ¿es un TOURISTE
 De allá del Pirineo?)*
 «Que busco en vano, porque más no existe...»
(Galicismo muy feo.)

«¡Quién me dijera tan vecino el llanto
 De la pasada fiesta!»
*(¿El llanto de la fiesta?... Bien...; mas tanto
 Dislate ya molesta.)*
 «¡Quién que sólo habitara ya el espanto
 Tu reciente floresta!»
*(Perdono diez estrofas de tu canto
 Porque me expliques ésta.)*

«¿Ni quién ha de enfrenar ya la importuna
 Ira y su son violento,
 Si tus miradas de apacible luna
 Faltan del aposento?»
*(¡Qué bella locución y qué oportuna!
 ¡Qué lindo pensamiento!)*

«Ya se acabó nuestra común historia;»
*(¿Común?... ¡Bobo de Coria!
 Esa comunidad es ilusoria.)*

«Mas no, sombra querida,
Te diré eterno adiós, que tu memoria...»
(No se sabe si es berro ó achicoria,
Si recuerda ó si olvida.)

«Á mí es á quien me digo tristemente,»
(¡Vaya un verso esplendente!)
«Que es vida harto menguada
Esta que en despedir paso á la gente...»
(Y en hacer ensalada.)

(Pero, vamos á ver... ¿de quién demonio
Diréis que es este oscuro baturrillo?...
Pues es, donde lo veis, de Don Antonio
Cánovas del Castillo.)

XIX

Noticias.

Hace pocos días anduvo rodando por los diarios más importantes la siguiente:

«Por la Secretaría de Valverde se ha facilitado al Señor Marqués de X. la *notificación* de la sentencia condenatoria para preparar el recurso de casación.»

Cualquier persona medianamente instruída de los procedimientos judiciales sabe que, como se prepara el recurso de casación contra una sentencia es pidiendo testimonio de ella al tribunal que la ha dictado.

Pero los periodistas noticieros, aunque sean de los que se dedican exclusivamente á dar noticias de los tribunales en sección especial, no suelen saber eso que sabe cualquier persona, y resultan á lo mejor contando *cosas* como la transcrita, que ni sentido gramatical tiene siquiera; porque las notificaciones no se facilitan, se hacen.

Claro es que lo que la relatoría de Valverde facilitaría al Señor Marqués de X. sería el *testimonio* de la sentencia, no la *notificación*; testimonio que tampoco sería precisamente para *preparar* el recurso, ya preparado desde que se solicitó, sino para interponerle.

*
* *

Otra noticia también de cosas judiciales:
«Hoy terminó la causa que se seguía á Braulio Fernández.

El jurado dictó veredicto de culpabilidad, y la *sección* de Derecho, teniendo en cuenta que el procesado obró en vindicación próxima de una ofensa grave, le impuso *trece años* de reclusión *temporal*.»

¡No, que sería perpetua!

¡Qué bueno estaría que una reclusión de *trece años* no fuera *temporal*!

¿Habrá visto el periódico que da la noticia reclusiones de trece años *perpetuas*?

Mas en honor de la verdad, este disparate no es exclusivo de los periódicos.

Ese mismo lenguaje, irracional y contrario al sentido común más simple, es el que suelen emplear los representantes del Ministerio fiscal en sus conclusiones y las Salas criminales en sus sentencias.

De modo que, probablemente, para dar á luz ese despropósito de los *trece años de reclusión temporal*, no habrá tenido que hacer el periódico más que copiar la sentencia al pie de la letra.

Como quiera que la pena de reclusión, la de cadena y otras que pueden ser perpetuas llevan en las escalas del Código, cuando no lo son, el apellido de *temporal*, y se llaman *reclusión temporal*, *cadena temporal*, etc., suelen nuestros Fiscales pedir, y nuestros Magistrados imponer á los reos *trece años de reclusión temporal diez y seis años de cadena temporal...* porque la pena se llama así en la escala; como si no bastara con decir *trece años ó diez y seis años de cadena ó de reclusión* para conocer que la pena es temporal y no perpetua.

¡Hay que corregir unas cosas!

*
* *

Pues ahí va otro disparate de la misma figura, aunque de mayor volumen y de mejor suerte.

Una tontería muy afortunada; porque en todo hay clases, y hasta las tonterías tienen más fortuna unas que otras.

Lo mismo que los tontos.

De éstos los hay que llegan á los puestos

más altos de la sociedad, á Magistrados, á Directores generales, y aun á Subsecretarios y á Ministros, y los hay que no pasan de escribientes.

Que viene á ser lo que sucede con las tonterías; las hay que nacen en mala hora, viven algún tiempo en el desprecio y mueren ahogadas bajo el peso del ridículo; y las hay también que nacen con fortuna ó la adquieren después por malos medios, y llegan en cierto modo á generales, no directoras ni con sueldo, pero vamos, que llegan á tener general circulación.

Una de éstas es con la que nos vamos á entretener ahora.

La dió á luz *La Correspondencia de España*, que salió muy ufana una noche diciendo:

«Mañana, á las nueve y media *de la misma...*»

Hice yo burla en un periódico, y nadie se atrevió á repetir la frase por entonces, á no ser para reirse de ella.

Parecía que había muerto, y yo creo que sí murió; pero ha resucitado por lo visto.

No se sabe dónde; acaso en la misma *Correspondencia*, que todavía dura, no para bien del habla castellana, ni del buen sentido; acaso en algún otro periódico de la misma naturaleza; pero lo cierto es que ha vuelto á

salir á luz la tontería susodicha, y esta vez con una suerte loca.

Porque se han apoderado de ella otros periódicos más ó menos *rotativos*, que la traen y la llevan un día y otro, de manera que corre por ahí que es un gusto.

Un gusto malo, por supuesto.

No han pasado todavía muchos días desde que un orgulloso *rotativo* nocturno encabezaba su sección de noticias con la siguiente:

«En las *últimas* horas de la madrugada *última*...»

Y vaya de *últimas*.

Pero volvamos á la noticia.

«En las *últimas* horas de la madrugada *última* falleció en esta Corte la respetable y virtuosísima señora Doña...» etc., que el nombre de la difunta no hace al caso.

Y el caso es que, después de las frases de elogio que pedían las circunstancias, añadía el *rotativo* de autos en párrafo aparte:

«*Mañana*, á las nueve y media de *la misma*, se verificará el entierro del cadáver.»

Y concluía tan campante dando el pésame á la familia, aunque sin dársele al idioma.

¡*Mañana*, á las nueve y media de *la misma*!...

¡Qué han de ser de *la misma*!...

No, señor; no son de *la misma*, son de otra.

Como que *la mañana*, de quien son las nueve y media, es la primera parte del día, y nada tiene que ver con *el mañana* que encabeza la noticia, que es el día siguiente, todo el día siguiente.

De manera que decir «*mañana*», el día siguiente, y añadir luego «á las nueve y media de *la misma*», viene á ser como decir, *de la día siguiente*, lo cual es una barbaridad muy grande.

No hay que confundir dos nombres que son perfectamente distintos aunque suenen lo mismo uno que otro; el día de *mañana* y la *mañana* del día.

En estilo humorístico se ha solido jugar con el doble sentido de algunas palabras.

Vamos, que como dijo un poeta:

Si es broma, puede pasar.

Así pudo otro poeta hacer decir con mucha gracia á un personaje de la broma en un romance jocosos, que había tenido más *grillos* que el verano, aunque no eran *grillos* de los del verano los que el bribón había sufrido, sino bien diferentes, y pudo añadir todo aquello de

Más *guardias* que el monumento,
más *hierros* que el Alcorán,
más *autos* que el día del Corpus

más *causas* que el no pagar,
más *sentencias* que el derecho,
más *registros* que el misal...

Pero esto, que puede pasar y tiene gracia en broma, dicho en serio, tan en serio como se debe escribir para dar noticia de un entierro, es una tontería.

*
* *

Y allá va otra noticia buena. Ella misma lo dice:

«BUENA CACERÍA (pero buena, pero buena, como decía aquel tío que vendía piedras para afilar navajas de afeitar.)

«Según noticias de Santa Cruz...»

Es claro, siendo la noticia de Santa Cruz, detrás estaba el diablo, según su costumbre, y él fué quien volvió tonto al noticiero para que se trabucara y no diera pie con bola.

«Según noticias de Santa Cruz, en la cacería que el señor Conde de X... acaba de dar á varios de sus amigos...»

¡Cielos! ¿Pero será verdad?... ¿Habrá un Conde que da cacerías á sus amigos?... ¿Qué guardará, no ya para sus enemigos, sino para los jabalíes y para los venados?...

Mas todavía no hemos concluído. El autor de la noticia va á decirnos qué fué lo que

pasó en la cacería dada á los amigos del Conde, y lo dice de la manera siguiente:

«En ocho días y con sólo once escopetas, que han sido los cazadores...»

¡Vamos!... otra novedad. Las escopetas han sido los cazadores, ó los cazadores han sido las escopetas, ó... nada, que no sabe uno cómo entenderlo. ¿Será que las escopetas apuntaban y se disparaban solas?

¿Será que los cazadores hicieron de escopetas provisionalmente?...

Hay que volver allá... No al monte, eso no; no vayamos á encontrarnos con alguna escopeta-cazador que le tome á uno por amigo del Conde y le cace de un tiro, sino á la noticia.

«...En ocho días, y con sólo once escopetas que han sido los cazadores (no hay duda, está bien claro), *han muerto* 637 conejos, 882 liebres y 1.070 perdices, en total, 2.589 piezas, cifra que parece exagerada...»

Sí lo parece; pues en efecto, son demasiadas piezas para haber muerto todas en ocho días de muerte natural.

Que es lo que da á entender la noticia, porque dice sencillamente *han muerto*, sin que este verbo tenga otro nominativo que las mismas piezas, puesto que las escopetas están en ablativo, con su preposición y todo.

Y además, porque no se ve claro cómo unas escopetas, convertidas en cazadores por falta de sintaxis, pero sin verdaderos cazadores que las apuntaran y dispararan, hayan podido matar pieza ninguna; ni tampoco se comprende bien, tomando la noticia en el otro sentido posible, cómo unos cazadores convertidos por falta de sintaxis en escopetas, pero sin escopetas reales y efectivas, hayan podido dar muerte á tantos cientos de pájaros que vuelan y de animaluchos que corren como si volaran.

En fin, que la cosa queda bastante oscura. Lo único que se ve claro en el asunto es la falta de numen del autor de la reseña.

Bien se puede asegurar que ninguno de los 637 conejos muertos tenía menos disposición que él para periodista.

*
* *

Describiendo un temporal deshecho, decía un periódico de gran circulación lo que sigue:

«Amanecía el día 9 sin dejar de caer nieve...»

Después de esta aleluya involuntaria y de otros deslices, añadía:

«Era una temeridad dirigirse á aquel pun-

to, y *algunos*, entre ellos *muchos* curiosos que lo intentaron, fueron arrojados al mar.»

Al mar merecía ser arrojado el autor de la noticia, para que se diera un buen chapuzón, á ver si se le despejaba el entendimiento.

Algunos... entre ellos *muchos*.

La parte, mayor que el todo...

Como si dijéramos: «catorce de los cinco...»

¡Cuidado qué es disparatar!

¡*Algunos*, entre ellos *muchos*!...

*
* *

De otro periódico rotativo que daba noticia de la muerte de un pintor, es lo siguiente:

«Don Luis, á quien hoy lloramos, nació en Madrid en 1825 y tenía, por tanto, setenta y siete años.»

¿Por tanto?...

No, esa edad no la podía tener *por tanto*; la tendría *por tonto*.

No por tonto él, sino por tonto el noticiero.

Porque 1825 y 77 son 1902. Y faltándonos todavía tres años para llegar á esta última fecha, es imposible que Don Luis tuviera *setenta y siete* años, aun cuando hubiera vivido hasta ahora.

Y menos habiéndose muerto hace ya cosa

de otros dos años, que fué cuando se publicó la noticia.

Ni contar saben algunos noticieros.

* * *

Al dar cuenta de las conclusiones del Fiscal de un consejo de guerra contra un anarquista, decía un periódico:

«He aquí las conclusiones de este dictamen, según vemos hoy en la prensa de Barcelona:

.....

Y 3.^a Que no existen circunstancias modificativas, *antes al contrario.*»

¿Qué querría decir con esto el Fiscal? ¿Qué será lo contrario de no existir circunstancias modificativas?

¿Sería que el Fiscal creía que *modificativas* era lo mismo que *atenuantes*, y quiso decir que más bien las había agravantes?...

Probablemente.

¿Y sería verdaderamente el Fiscal el autor del disparate, ó sería el periodista?

Pchs... Cualquiera.

* * *

He leído en otro periódico:

«El tren de Jaén á Tardienta ha vuelto á descarrilar...»

Naturalmente.

Y descarrilará todos los días el tren que vaya directamente de Jaén á Tardienta... porque tiene que ir sin railes.

Donde dice Jaén probablemente querría decir Jaca.

*
* *

Verán ustedes cómo canta un canario:

«Santa Cruz de Tenerife, 15.

»Sigue decreciendo notablemente la epidemia en esta capital y *renaciendo la tranquilidad en los ánimos*, que, en honor de la verdad, *no había decaído.*»

¿Entonces cómo renace?...

¡Cosa más rara!

*
* *

Otro recorte:

«El Sr. Eguilior, Comisario regio, ha llegado ayer á *Alemania*, donde recibió una extraordinaria ovación.»

¿Tan extraordinaria como el disparate de confundir á *Alemania* con Almería?...

*
* *

Otro parecido:

«En cuanto D. Carlos tuvo noticia de la enfermedad del Sr. Navarro Villoslada, pidió telegráficamente á *Viena* noticias del ilustre enfermo.»

Y no se las darían, porque el Sr. Navarro Villoslada no estaba enfermo en *Viena*, sino en *Viana*.

*
* *

Así, con epígrafe y todo, ha dicho un diario:

«Un bandido menos.

La Guardia civil de la Comandancia de *Sevilla* ha dado muerte á un terrible bandido llamado José Martínez (a) *Barrillas*, que merodeaba hace tiempo por las cercanías de Requena y Utiel, y á quien también hace tiempo perseguía.

»El Juzgado de Requena ha comenzado á instruir las oportunas diligencias.»

Yo también las instruí, tratando de averiguar de qué comandancia sería la Guardia civil que en la noticia se llama de *Sevilla*, y no pude averiguarlo.

¡Miren ustedes que la Guardia civil de *Sevilla* persiguiendo y matando á un bandido en *Valencia*!...

*
* *

También con epígrafe.

«**Dos asfixiados.**»

»En el Jardín Botánico fueron encontrados ayer mañana dos *obreros muertos que trabajaban* en la poda de los árboles.»

Dos *obreros muertos que trabajaban...*

¡Miren ustedes si eran aplicados los pobres!...

Otros no trabajan de vivos y éstos aun trabajaban después de muertos.

*
* *

Otra noticiaja:

«Ayer celebraron con gran solemnidad los Padres Escolapios de Alcalá la fiesta de su Santo patrono. Entre las muchas personas que fueron de Madrid, recordamos á los Catedráticos Sres. Serrano Fatigati, Moya y Commelerán (D. Francisco y D. Andrés)...»

De donde parece como que hay dos Commeleranes catedráticos.

No; afortunadamente creo que no hay más que uno, que tiene los dos nombres.

Y digo afortunadamente, porque... del mal el menos.

*
* *

Al dar noticia un periódico de la muerte de un Obispo ocurrida en Madrid, decía:

«Ha fallecido, después de una *larga y penosa* enfermedad... etc.»

Refería luego algunos datos biográficos del ilustre finado, y añadía:

«Durante su enfermedad, que ha durado *tres días...*»

Y este era uno de los periódicos que pasan por más atildados.

*
* *

Otro periódico, hablando de un nuevo itinerario proyectado para un tren correo, dice:

«De ser aprobado, como es seguro, llegará á Oviedo el citado tren *á las doce de la tarde...*»

¿Las doce de la tarde?... ¿De cuándo acá se llama tarde al medio día?...

Esas doce se llaman las doce del día por contraposición á las doce de la noche, ó se llaman medio día sencillamente; cualquier cosa menos las doce de la tarde.

*
* *

Recomendación al revés:

«Servicio que se nos encomiende, por duro que sea, lo cumplimentamos *de prisa y corriendo.*»

Es decir, mal.

Por que hacer las cosas *de prisa y corriendo* significa hacerlas de cualquier manera, hacerlas mal, en una palabra.

Para significar pronto y bien se dice: *á toda prisa*.

*
* *

De otro periódico:

«Son esos dos nuevos académicos Jules Lemaitre y Enrique Houssage, que *acaban* de ser *recientemente* elegidos por la docta Corporación.»

Así: que *acaban* de ser elegidos *recientemente*. Dos albardas.

¿Creería el redactor que podían *acabar* de ser elegidos *antiguamente*?...

*
* *

De un cuento francés traducido:

«Agustín Parasol se enamoró perdidamente, como un loco, como un imbécil, de una hermosísima joven. Ser hermosa en la medida que lo era Alicia Goupleir es cosa que ambiciona todo hombre, y que no está mal...»

¿Cómo que no está mal?...

¿Le parece á usted que está bien que un hombre ambicione *ser hermosa*?...

*
* *

Contando la llegada de un buque con repatriados á Cádiz ha dicho un periódico:

«Los que fallecieron á bordo *lo fueron* por anemia.»

¡Lo fueron!...

Usted sí que lo fué... y lo es todavía...

No digo qué, porque no hace falta.



Tiene gracia la siguiente rectificación en *La Correspondencia*:

Dijo una noche:

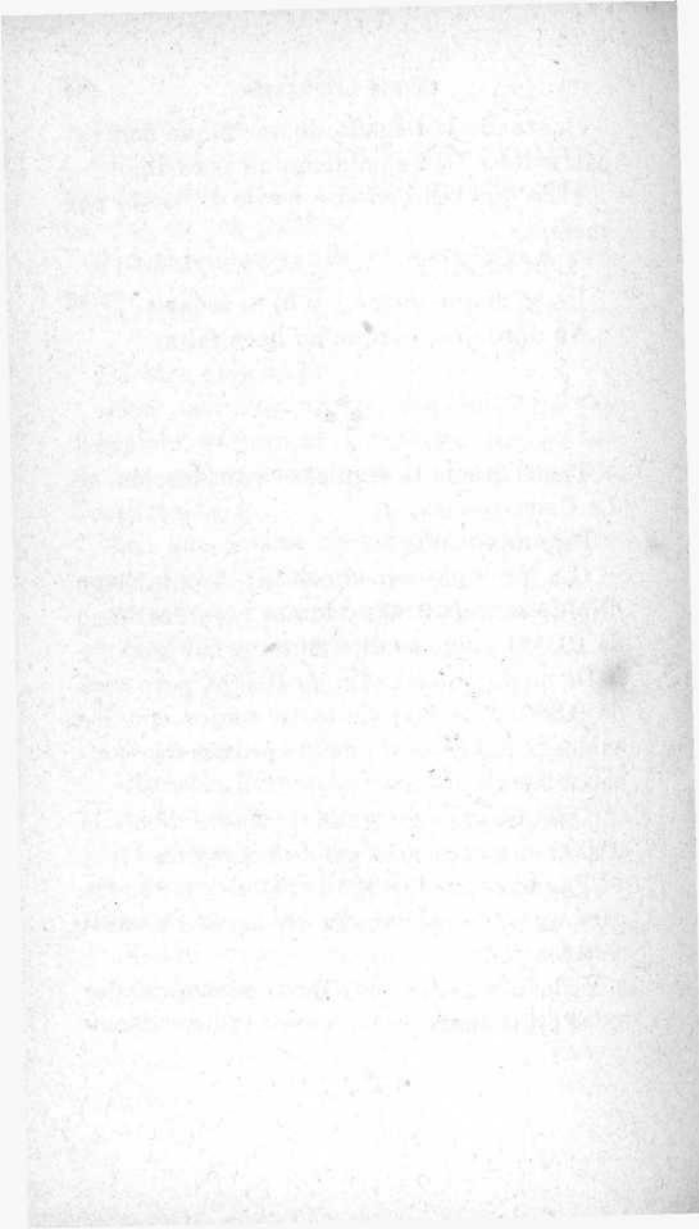
«La próxima expedición al Archipiélago filipino será de 9.800 y *tantos* hombres, y no de 10.000, como se dijo en un principio.»

De modo que no será de 10.000, pero será de 9.800 y *tantos*; tantos ó tontos con los cuales la expedición puede aproximarse mucho á 9.900.

¡Qué pecado tan grande! ¡Haber dicho de 10.000 no siendo más que de 9.800 y *tantos*!...

¡Paguen ustedes Ministros de la Guerra para que se entretengan en hacer de estas rectificaciones!

Y ¡lean ustedes periódicos para ¡aprender todas estas cosas!



¡Ya escámpa!

Y seguían lloviendo desatinos.

Entre los *ecos de todas partes* que publica un periódico de la noche, me he encontrado con esto que sigue:

«En Alemania están muy *extendidos* los salones, provistos de aparadores automáticos para poder almorzar ó merendar, sin necesidad de que el camarero nos haga *desgañitarnos en dar palmadas.*»

¡Dios mío!...

¿Dará palmadas en el gañate el autor de ese *eco*?... ¿O tendrá el gañate en las palmas de las manos?...

Ni lo uno ni lo otro. Es sencillamente que el autor de ese *eco* no sabe lo que es *desgañitarse*.

No sabe que ese verbo viene de *gañate* ó

gañón y que significan deshacerse el *gañate* á fuerza de dar gritos.

El cree que *desgañitarse* es lo mismo que apurarse ó cosa así.

¡Vamos, que es un caso parecido al del otro de la *genuflexión dorsal!*

Aunque aquel desbarraba por no saber latín.

Y este desbarra por no saber latín ni castellano.

¡Y escribe para el público!

Pues hijo... ¡ni Doña Emilia!

*
* *

El mismo diario, en el mismo número, que era el correspondiente al 25 de Marzo, día de la Anunciación de Nuestra Señora, como si hubiera querido solemnizar la fiesta desbarrando, publicaba en letras muy gordas á la cabeza de un telegrama de París, en que se describía minuciosamente la fiesta de la *mi-careme*, este otro disparate:

«EL JUEVES LARDERO»

¿Jueves *lardero* el cuarto jueves de Cuaresma?...

¡Ave María Purísima!...

No, hombre, no. El *jueves lardero* es el de la semana de sexagésima, el anterior al *domingo Gordo*. Y llamar así, solemnemente, *jueves lardero* á un jueves de Cuaresma, aunque sea á aquel en que se celebra la fiesta ridícula y anticristiana de la *Media-Cuaresma* en París, es una solemne majadería.

Aun cuando los franceses llamen *gras* al jueves cuarto de Cuaresma, que lo dudo, tampoco esto autorizaría ni disculparía el llamarle en un periódico español *jueves lardero*, porque este nombre, castellano castizo, corresponde á otro jueves, al anterior á Carnaval, mientras que el jueves cuarto de Cuaresma no es entre nosotros más que el jueves cuarto de Cuarema, pues la profanación de la Cuaresma que describe el corresponsal no se ha usado nunca en España, ni tiene nombre castellano.

¡Llamar á un jueves de Cuaresma *jueves lardero!*...

¡Cuidado que es gana de disparatar!...

Porque ya sé yo que á los corresponsales en París y á los *estiradores* ó *rellenadores* de telegramas en Madrid hay que permitirles que ignoren muchas cosas. Pero si no sabían cuál es el *jueves lardero*, que no hubieran puesto ese epígrafe...

Y ese epígrafe, ¿habrá sido cosa del corres-

ponsal de París, ó habrá sido cosa del *estirador* de Madrid?...

No lo sé; pero me inclino á creer lo último, porque me han dicho que anda en esa tarea de rellenar telegramas y en la de los *ecos de todas partes* en el aludido periódico, el autor de aquello de «se oyó dos chupadas», y de aquello otro de «no podía menos que suceder».

Así se explica que el mismo periódico nos diera una vez la noticia telegráfica de que «el general Weyler pasó *la noche de Nochebuena* en Arroyo Grande», noticia que á cualquiera le hacía exclamar: «Grande será el arroyo, mas, por grande que sea, no será mayor que el desatino.

Y lo que es esto de *la noche de Nochebuena* seguramente no vino telegráficamente de Cuba, sino que fué obra del rellenador de Madrid.

* * *

El mismo autor en otro periódico, después de decir que «*Clarín* es principalmente cuentista», sigue *filosofando*:

«Y ahora ¡oh queridos enemigos de ambos!—*Clarín* y yo—ya sabéis que si él perdiera el seso (lo cual no permitirán Dios y él mismo) hasta el punto de *cambiar* conmigo, ya sabéis,

digo, que no debe tomársele en cuenta, ni contra él ni contra mí, aunque á los dos nos tuviera muy sin cuidado, lo cual es seguro y muy razonable».

Declaro formalmente que no entiendo una palabra.

*
* *

El mismo escritor del *se oyó dos chupadas*, etcétera, hablando de una traducción de *Los domadores*, de Sellés, ha dicho: *Los domadores del que se rebela contra la sociedad es la sociedad misma»...*

Así *Los domadores... es...*

Por cierto que disertando otro día sobre el mismo asunto, y después de advertir que los domadores, según Sellés, son los niños, añadía como adorno:

«Tengo yo una domadora chiquitita que destroza el castellano»...

Naturalmente.

¿Qué ha de hacer el ángel de Dios, si no ve otra cosa?

*
* *

Ahí va un párrafo de un novelista, de cuyas obras cuentan que son todas traducidas en el extranjero mal apenas se han publicado aquí:

«Alzó los hombros sin responder, y apartando de mí los ojos con desdén tiró *nuevamente* del cordón. Luego se recostó *cómodamente*. El carruaje partió y yo comencé á caminar *lentamente* hacia mi casa.»

Bueno: vaya Ud. con Dios.

Pero entienda Ud. que en castellano no se dice *alzó los hombros*, sino «se encogió de hombros», y tampoco se ponen tres adverbios en *mente* en tres renglones.

Verdad es que como usted escribe para afuera...

*
* *

Otro escritor, que se las suele echar de arcaico, se metió hace poco, igual que el de atrás, á dar nombres clásicos á ciertos días, y salió también muy malamente.

Trataba de enseñarnos que no era nueva la broma carnavalesca de tirar papeles recordados, cosa que ya sabíamos, y empezó diciendo:

«Como cosa novísima *tenemos la costumbre*, que por lo menos en Madrid, no más que de dos ó tres años á esta parte se ha extendido, de arrojar estos días de Carnaval...»

Parece que *tenemos la costumbre* nosotros, y parece que la costumbre que tenemos es la de *arrojar los días*...

Y sin embargo, no es ninguna de las dos cosas lo que el apreciable escritor ha querido decir, sino que la costumbre de arrojar recortaduras de papel la juzgamos novísima.

Pero no es esto lo peor, ni con mucho.

Bastante más malo es esto otro:

«A juzgar por lo que dicen ellos (los escritores del siglo xvii), del *domingo de Cuasimodo* al *miércoles Corvillo* no había reja ni celosía desde que no se asaltara á los más apuestos y engorguerados lucidos al uso, no sólo con las ya mentadas *recortaduras de papel picado*, sino con huevecillos y otras fruslerías de sutilísima cera hechos y de agua de olor repletos...»

¡Bueno, bueno!... Es decir, bastante; porque bueno no es nada de lo copiado.

Mas dejando aparte las trasposiciones esas, mandadas retirar ya hace mucho, y la doble albarda de las «*recortaduras de papel picado*», y la impropiedad con que está puesto el *desde que* por «desde la cual» ó «desde donde», pues *desde que* significa tiempo y no lugar, vamos á lo más grave, á lo de llamar *domingo de Cuasimodo* al *domingo de Antruido*.

¿Y ahí llega nada más el conocimiento de lo antiguo en el apreciable escritor indicado?...

Pues no digamos que se extiende mucho.

Porque el *domingo de Cuasimodo* no es el *domingo Gordo*, como el arcaico escritor quiere dar á entender, sino el domingo de Pasquilla, el domingo primero después de Pascua de Resurrección, que se llama de *Cuasimodo*, porque empieza así, *Quasi modo geniti infantes...* el introito de la misa.

Y que el aludido escritor llama domingo de *Cuasimodo* al domingo de Carnaval, no tiene duda, puesto que afirma que, «desde el domingo de *Cuasimodo* al miércoles *Corvillo* (que es el miércoles de *Ceniza*), era el período de las bromas. De manera que si llamara domingo de *Cuasimodo* al que lo es realmente, resultaría el absurdo de que en el siglo xvii duraba el Carnaval casi todo el año redondo, ó sea desde la octava de Pascua de Resurrección hasta el principio de la Cuaresma del año siguiente.

Y siendo esto inadmisibile, hay que convenir en que se ha equivocado el arcaico escritor nada menos que en ocho domingos, trasladando el de Pasquilla al lugar del *Gordo* y poniéndole, por tanto, ocho semanas antes de donde está realmente.

Y digo lo mismo al autor de esta equivocación que al de la otra del *jueves lardero*, y lo mismo que á los militares que hacen divi-

siones territoriales disparatadas en el Ministerio de la Guerra.

No creo yo que sea pecado mortal, ni caso raro en los malaventurados tiempos que corren, ignorar cuál es el domingo de *Cuasimodo*, cuál es el jueves *lardero*, cuáles eran los límites de los reinos de Castilla y de León, y hasta dónde se extendían el de Aragón y el de Valencia. Pero es cosa muy fea llamar Valencia á la Mancha, llamar Castilla la Vieja á León y á Asturias, llamar á Soria Aragón, llamar domingo de *Cuasimodo* al domingo *Gordo* y llamar jueves *lardero* á un jueves de Cuaresma.

Para no incurrir en tan graves desaciertos, hay un modo sencillo y hasta compatible con la ignorancia.

Los que no conocen los nombres antiguos de las cosas, que no los usen.

¿Quién les pregunta los años que tienen?...

*
* *

El mismo escritor es el que nos cuenta:

«Aunque hacía varios años que la bondadosa Majestad de Carlos IV acostumbraba á pasar las fiestas de Pascua en *algunos* de los Reales sitios, *aqué*l había querido *hacer*, como

entonces se decía, la Nochebuena en su palacio de Madrid.»

¿Como entonces se decía? Y ahora también se dice.

Hacer la Nochebuena en tal parte, en casa, fuera de casa; se dice mucho, y está bien dicho.

Lo que no se dice ahora, ni se decía entonces es ese *aqué* anfibológico que no se sabe si es el Rey, ó el año ó el sitio.

Ni se decía ni se dice aquello otro de que el Rey acostumbraba á pasar las fiestas de Pascua en *algunos* de los Reales sitios, sino en *alguno*; porque no es de creer que Carlos IV pasara las Pascuas en varios sitios á la vez.

*
* *

En otro periódico he leído:

«*A tiempo* que nos dolíamos de la perniciosa imprevisión del general Beranger, que ha dejado transcurrir año y medio sin hacer nada de provecho, demandábamos días pasados, ante lo apremiante del conflicto con los Estados Unidos, continua labor en el Ministerio de Marina.»

Y otra vez:

«*Á tiempo de coger la pluma* para decir cuatro palabras acerca del estreno de *La Wal-*

kyria, recibimos la siguiente carta que interpreta...» etc.

No se dice *á tiempo*; se dice *al tiempo*. Para significar simultáneamente, á la vez, al mismo tiempo, se dice *al tiempo*.

Al tiempo que nos dolíamos, etc.

Al tiempo de coger la pluma, etc.

A tiempo es otra frase muy distinta que significa: en buena ocasión, con oportunidad, etc... y se usa comúnmente con los verbos llegar, venir, andar, acudir, etc., como en el refrán «más vale *llegar á tiempo* que rondar un año.»

*
* *

Por aquello de *quandoque bonus dormitat...* etc. (que así es como dijo Horacio en su carta á los Pisones y no *aliquando bonus...* como suele hacerle decir el vulgo... literario), escribió un día un amigo mío que no pertenece á ese vulgo, sino á la aristocracia del ingenio, lo que sigue:

«Leí anteayer, querido *Kasabal*, y con el gusto que tienes bien acostumbrados á tus lectores, los delicados párrafos en que evocas recuerdos de aquella *Norma* que tanto deleitó á nuestros mayores.»

Como ven ustedes, lo subrayado no dice lo

que el autor quería decir, ni ninguna otra cosa; no tiene sentido.

Y un poco más abajo, añadía:

«En vez de darte una *lata* verbal, prefiero decirte todo ello por escrito.»

Tampoco esta construcción es castellana, sino francesa.

Y la denuncio, como la anterior, para que, á pesar de la legítima autoridad que tiene su autor, nadie las imite.

Se dice: «prefiero decírtelo todo ello por escrito».

*
* *

Un periódico de maestros, en tiempo de elecciones:

«Es menester pensar bien á quién se da el voto: *no dejar sorprenderse.*»

¡Y pensar que el periódico que así escribe se llama *La Escuela!*...

La que puso maestro Ciruela será.

¿Qué castellano enseñarán estos maestros á los niños?...

Y luego hay quien está clamando todos los días para que se pague á los maestros y se les aumente la paga...

Para enseñar á escribir así cobran demasiado.

*
* *

Ha dicho otro periódico:

«Para celebrar junta extraordinaria, es *estatuario* que acudan 30.000 acciones, ó sea la mitad del capital...»

Estatuario es el que hace estatuas. Eso que quiere decir el periódico será *estatutario*...

Y si no se quiere emplear palabra tan fea, se puede suplir diciendo: «es de estatuto».

También se puede decir «es reglamentario», aunque estatuto y reglamento no sean del todo sinónimos.

O decir sencillamente, es necesario...

Todo menos eso del *estatuario*...

¿De dónde ha podido sacar este periódico esa tontería?...

— ¿De dónde? — me replicó un amigo que me estaba oyendo leer y comentar la palabra. Pues... del Diccionario de la Academia.

— ¿Lo dices de veras?...

— De veras. Miralo...

Y efectivamente; el Diccionario de la Academia enseña el disparate de que es *estatuario* lo que consta de estatutos!...

Uno más.

*
* *

Dice otro periódico encarándose con los gobernantes:

«*Decidirse vosotros á hacer algo bueno y veréis cómo responde el país.*»

Este periódico no sabe que hay un modo llamado imperativo que es para estos casos.

Y cuenta que esta ignorancia de usar el infinitivo en lugar del imperativo está muy generalizada en Madrid.

Donde se habla peor que en ninguna parte.

Poco hace, en una recepción académica, entró una mamá muy solemne con tres niñas muy peripuestas, y no hallando cuatro sitios seguidos en ninguna fila de sillas, dijo á las dos niñas mayores que estaban un poco más adelante:

—*Ponerse vosotras ahí.*

Como aquella *académica*, pues debía de serlo, habla y escribe por ahí mucha gente, suprimiendo el imperativo.

*
* *

Acaso por eso, y para desquite, el Sr. Fernández Bremón le usa en ocasiones en que no debe usarse, pues dice en un cuento bastante soso, como suelen ser los de su cosecha:

«*Cuando huyáis, no volved la vista atrás nunca...*»

«*No volváis*», Sr. Bremón; ahí se dice *no volváis*, en subjuntivo.

*
* *

Entre los muchos libros que se han publicado en estos años últimos con anotaciones, comentarios, etc., al nuevo Código Civil, casi todos tan malos como el Código mismo, y es ponderación, porque el Código es rematadamente malo, hay uno que dice en la portada: «Código Civil comentado, etc..., por Q. *Mucius Scevola*...»

¡Qué barbaridad!

¡*Quintus Mucius*, en ablativo!

¡Qué comentarios hará á las leyes quien tan radicalmente desconoce las lenguas en que han sido escritas!

Ya si dijera: *Su autor, Quintus Mucius, etc...*

Siempre estaría mal, porque siempre sería contra el uso constante en nuestro idioma de poner con la terminación en o los nombres latinos, como Ovidio, Virgilio...

Pero decir: *por Quintus Mucius*, poner la preposición *por* de ablativo, y luego *Quintus Mucius* en nominativo...es el colmo de la insipiencia.

* * *

Verdad es que tratándose de un Código tan desventurado, que por falta de sintaxis hace obligatorio el matrimonio á todos los católicos, incluyendo á los curas, y á las monjas, y á los frailes, pues define el matrimonio

canónico diciendo que es el «que *deben* contraer *todos* los que profesan la Religión Católica», natural era que los comentarios tampoco fueran cosa fina.

¿Qué persona de entendimiento se iba á entretener en comentar tonterías y absurdos?

Tal para cual.

Apeo literario.

Casi siempre los escritores que han alcanzado gran celebridad han tenido en trueque la desgracia de que el vulgo indocto les cuelgue milagros que no hicieron ni pensaron hacer en su vida.

El más desgraciado por esta parte ha sido, entre nosotros, Quevedo, á quien no hay desvergüenza ni procacidad que la común majadería no le atribuya. ¡A él, que era tan caballero y tan cristiano!

Después de Quevedo y muy cerca de él sigue Espronceda en esa escala de infortunio, siendo de notar que al poeta extremeño no se ha contentado la ignorancia con atribuirle de viva voz las tonterías y las barbaridades como al ilustre recluso de León, sino que se ha atrevido á imprimírselas. Es decir, que los falsos testimonios y las injurias contra

Espronceda los ha levantado y proferido el vulgo iliterario por escrito y con publicidad, según se dice en la jerga criminal corriente, y valiéndose de la imprenta, lo cual hace la ofensa mucho más grave.

Por ahí anda un libro impreso en esta Corte, ya de segunda vez, en 1882, con el título de *Páginas olvidadas de Espronceda*, libro del que hace poco me ha caído un ejemplar entre las manos, y he visto en él no pocas páginas que así son de Espronceda como mías.

No hablemos de la *Desesperación* famosa, que no hay hortera presumido, ni militar de poca graduación, ni estudiante desaplicado que no se haya aprendido de memoria, para prorrumpir á lo mejor en tono terrorífico:

«Me gusta ver el cielo
con negros nubarrones...»

No hay que hablar tampoco de otras porquerías que, con el nombre del gran poeta, salieron hace años de una llamada *Imprenta mitológica* que se suponía establecida en el *Olimpo*. La versión poco más que tabernaria que atribuye esas cosas al insigne y malogrado autor del *Canto á Teresa*, del *Himno al sol* y de la *Elegía á la Patria*, no merece refutación seria.

Pero hay otros errores que la merecen y la necesitan.

Por ejemplo:

En el mencionado libro de las *Páginas olvidadas de Espronceda* se lee, en la 24, lo siguiente:

«A...

MADRIGAL.

«Son tus labios un rubí
Partido por gala en dos,
Arrancado para ti
De la corona de un Dios.»

Bueno; pues ni Espronceda escribió ni se acordó de escribir nunca semejante *madrigal*, ni esa cuarteta es suya, sino de Zorrilla.

En el primer tomo de poesías que publicó Zorrilla aquí en Madrid, hacia fines del año de 1837, ocho ó nueve meses después de haberse dado á conocer al público en el entierro de Larra, hay una composición, la séptima del tomo, titulada *Oriental*, que empieza:

«Dueña de la negra toca,
La del morado monjil...»

La sexta estrofa de esta composición es el supuesto *madrigal* de Espronceda, sin haber hecho en ella más que dos ligerísimas va-

riantes, las de decir «son tus labios» en lugar de «tus labios son» y «arrancado» en lugar de «le arrancaron», pues la estrofa original dice:

«Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos;
Le arrancaron para ti
De la corona de un Dios.»

Íntegra fué reproducida la *oriental* mencionada, con esta cuarteta, en el tomo I de las *Obras de D. José Zorrilla*, impresas en París, en casa de Baudry, en 1847, y otra vez en 1852, á vista del autor, que corrigió, según él mismo afirma, esta segunda edición de sus obras completas, donde cualquiera puede leerla y quedar convencido.

De lo que no se convencerá nadie fácilmente, porque el caso parece increíble, es de que personas que presumen de tener cultura literaria, y que por su cargo deben tenerla, hayan leído tan poco ó con atención tan escasa como se necesita para dejar correr y aun apadrinar eso de que una cuarteta indubitada de Zorrilla sea un *madrigal* de Espronceda.

Lo digo porque el precitado libro de las páginas olvidadas, publicado por vez primera en 1873, lleva un prólogo del colector, suscrito con iniciales que corresponden al

nombre y apellido de D. Gumersindo Laverde, catedrático que fué de Instituto.

Verdad es que otros catedráticos de Instituto y aun de Universidad han atribuído á Zorrilla en manuales de retórica versos del venezolano García de Quevedo, que se parecen á los de Zorrilla como al huevo la castaña. Y no digo como el huevo á la castaña, que es la frase popular, porque entonces parecería que la castaña eran los versos del poeta valisoletano, y es al revés, que la castaña son los del de Venezuela.

Volviendo á lo del *madrigal*, no cabe suponer que siendo de Espronceda la cuarteta la incluyera Zorrilla en su composición, porque en este caso, muy inverosímil, pues ninguna necesidad tenía de aprovechar versos ajenos quien tan afluyente era y tanta facilidad tenía de hacerlos hermosísimos, la hubiera puesto en letra bastardilla y hubiera indicado su procedencia. Menos todavía cabe la suposición de que Zorrilla quisiera de mala fe apropiarse una cuarteta de Espronceda, su amigo del alma, que estaba en Madrid al publicarse aquel primer tomo de sus versos.

Nada: no cabe suponer sino que algún pisaverde ignorante recitó en alguna tertulia cursi la cuarteta de Zorrilla atribuyéndosela á Espronceda, y algún erudito á la violeta

que la oyó recitar la recogió por de Espronceda, la bautizó de *madrigal* y la dió á la estampa.

Hay que convenir en que con esta impos-
tura no iba Espronceda perdiendo gran cosa.
Pero de todos modos, conste que es una im-
postura, que no hay tal *madrigal* de Espron-
ceda.

Y vamos á otra menos inofensiva.

En el mismo libro de las páginas olvidadas
ocupa las 171 y siguientes hasta la 177 una
composición que lleva el título de *Arrepenti-
miento*, y el subtítulo de *A mi madre*, compo-
sición que á vuelta de algunos escrúpulos se
le atribuye también á Espronceda.

Tampoco es suya.

Llena como está de prosaismos y de giros
pedestres, no se necesita para negarla tan glo-
riosa paternidad más que leerla.

«Triste es la vida cuando piensa el alma,
Triste es vivir si siente el corazón;
Nunca se goza de ventura y calma
Si se piensa del mundo en la ficción.»

.....

«No hay que buscar del mundo los placeres,
Pues que ninguno hay en realidad...»

.....

«Pero yo te abandoné;
 Por seguir la juventud
 En el mundo *me interné...*»

.....

«Si, madre, *yo no creí*
Que fuese cierto tu aviso...

.....

Porque es triste vivir si *piensa el alma*
 Y *mucho más* si siente el corazón...»

¿Quién podría creer que esos versos, con ese *me interné* desolador y con todos esos prosaismos, eran hermanos, ni parientes siquiera, de estos otros?

«¡Ah! de tu luz, en tanto yo viviere,
 Quedará un rayo en mí, blanco lucero
 Que iluminaste con tu luz querida
 La dorada mañana de mi vida.»

No; no podía ser de Espronceda ese pecaminoso *arrepentimiento*. Semejante suposición, aunque no hubiera datos seguros en contrario, debía ser rechazada *à priori* por imposible.

Pero además, yo sé ciertamente que esa composición no es de Espronceda, porque es de otro escritor bien conocido que la publicó reunida con otras en colección que lleva su nombre. Esa composición es de D. Juan Rico y Amat, el autor de la *Historia política y parlamentaria de España*.

Alla por los años de 1866 al 1868, siendo yo estudiante, á la vuelta de una cacería del monte de Val-de-Rodezno, perteneciente al condado de Luna, que poseía entonces Doña Bernardina Fernández de Velasco, duquesa de Uceda, pedí en Vegas del Condado al ilustrado farmacéutico de aquella villa D. Francisco Mancebo un libro para leer por la noche, y me dió uno, cuya portada decía: «*Poesías serias y satíricas de D. Juan Rico y Amat*, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Madrid, imprenta de Repullés, 1842.» En aquel libro leí por primera vez ese *Arrepentimiento*.

Ocho ó diez años después volví á encontrar en un Almanaque la misma composición atribuida ya á Espronceda bajo la fe de este libro de las *páginas olvidadas*, que reprodujo las paparruchas de la *Imprenta mitológica* con imperdonable ligereza; y como recordaba perfectamente haber leído aquellos versos entre los de Rico y Amat, me quedé como quien ve visiones. No sabía qué admirar más, si la desvergüenza del inventor de la patraña, ó la candidez de los que la aceptaban y contribuían á extenderla.

Porque quiero suponer que el libro de *Poesías serias y satíricas* de Rico y Amat, del que en estos días he visto otro ejemplar

en la librería de D. Victoriano Suárez, quiero suponer que dicho libro, impreso precisamente en el mismo año en que murió Espronceda, sin ser entonces muy leído, quedara pronto olvidado y se hiciera raro. Pero los que se meten á desenterrar *páginas olvidadas* de autores insignes, deben haber leído mucho, hasta lo más olvidado y lo más raro.

Sin mucha lectura, y no teniendo tampoco el suficiente discernimiento para conocer cuáles obras pueden ser de un autor determinado y cuáles no pueden serlo, corren gran peligro de ser engañados y engañar á su vez á otros admitiendo y patrocinando imposturas como estas del *madrigal* y del *Arrepentimiento*.

FIN

PROTESTA

Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

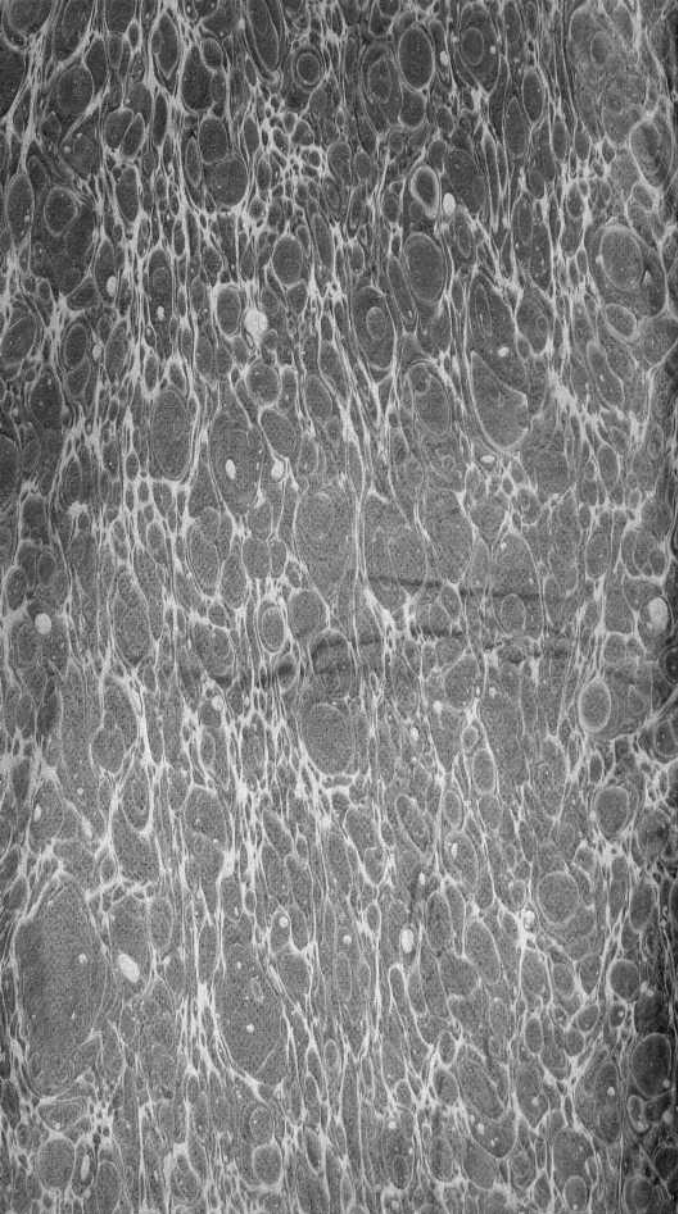
ÍNDICE

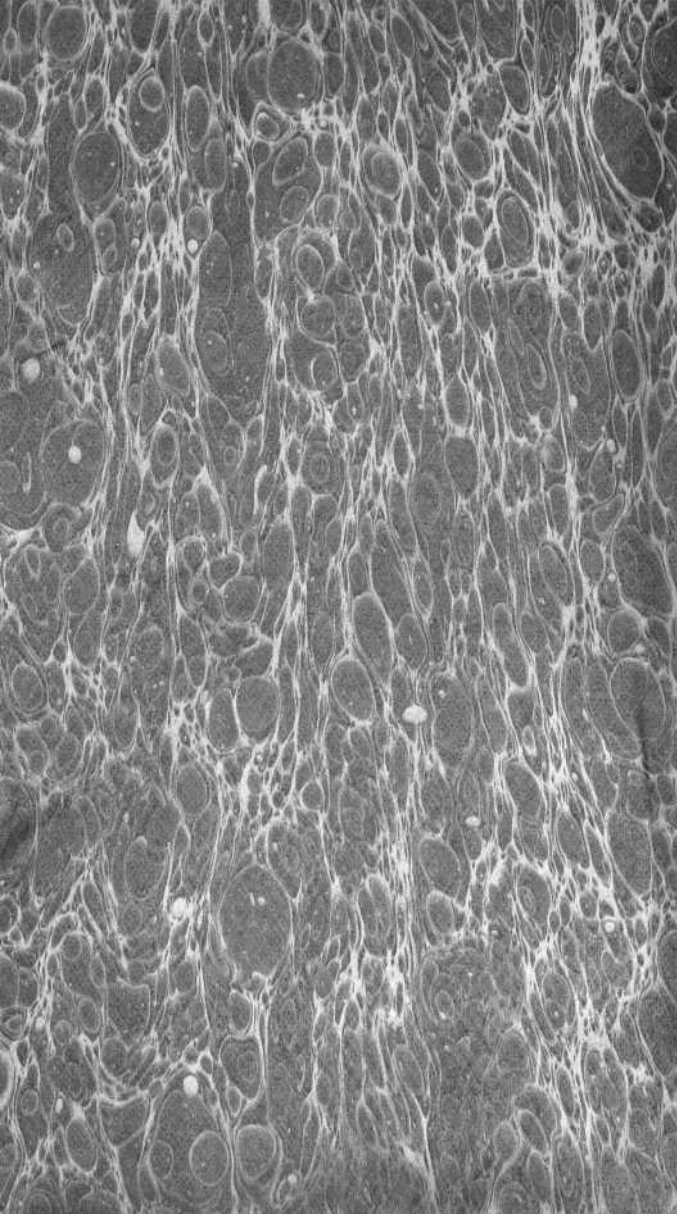
	<u>Págs.</u>
I. — Música ratonera	5
II. — Engaño manifiesto	21
III. — Erre que erre	29
IV. — El baile del oso	39
V. — Academiquerías	49
VI. — El Album de Mondáriz	57
VII. — Sigue el Album	69
VIII. — Cosas de Doña Emilia	84
IX. — Literatura hispano-americana	109
X. — El mismo asunto	125
XI. — Monstruosidades	145
XII. — Una revista literaria	169
XIII. — Se salvó el país	187
XIV. — Carta sin sobre	195
XV. — Cantos rodados	207
XVI. — Banquetes postales	219
XVII. — ¿Para qué sirve el latín?	229
XVIII. — Des-trozo poético	239
XIX. — Noticias	243
XX. — ¡Ya escampa!	261
XXI. — Apeo literario	277

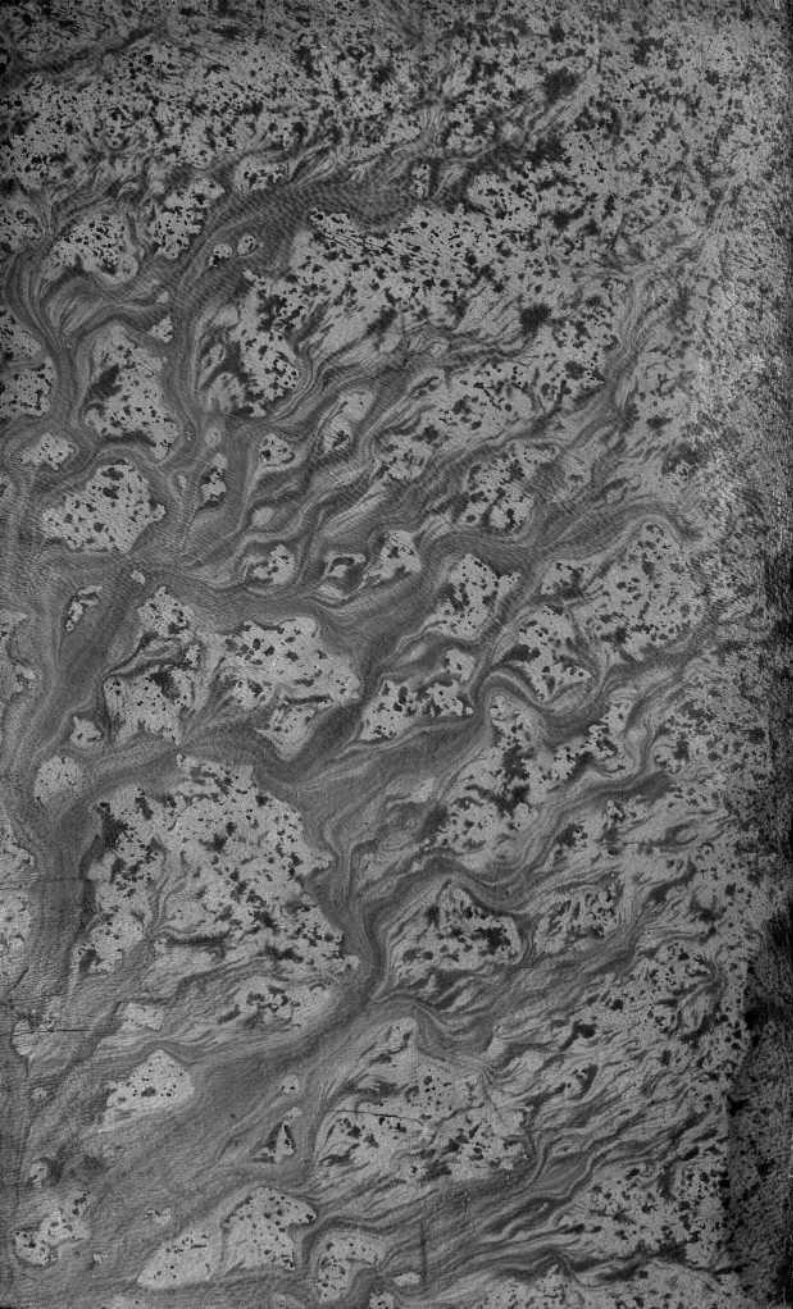
*Se acabó de imprimir este
libro en Madrid, en el
Asilo del Sagrado
Corazón de Je-
sús, el 18 de
Julio de
1899.*













VALBUENA

VALBUENA

DES-TROZOS

LITERARIOS

VALBUENA

VALBUENA



VALBUENA

G 205562